



EN EL

AZUL

DE TU

Virada

JASMINE ROGERS



En el azul de tu mirada

Jasmine Rogers

Primera edición en digital: mayo 2017

Título Original: El azul en tu mirada.

©Jasmine Rogers

©Editorial Romantic Ediciones, 2017

www.romantic-ediciones.com

Foto de portada: ©massonforstock ©sborisov

Diseño de portada: SWDising

ISBN: 978-84-16927-38-8

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



*A los que están y a los que no, porque por cada uno de ellos, soy lo que soy.
Por vosotros, nacieron esta historia y muchas más.*

PRÓLOGO

La noche pasaba y no lograba conciliar el sueño así que salí del dormitorio, para dirigirme a la biblioteca y leer un poco. Quizás de esta manera conseguiría no pensar y caer rendida, pero tuve la sorpresa de encontrarme allí con Aidan.

—¿Tampoco puedes dormir? —me preguntó.

—La verdad es que no.

Se levantó y se dirigió al mueble bar para servirme una copa. No pude dejar de observarle. Solo vestía unos finos pantalones de pijama, resaltando la tenue luz de la estancia, la desnudez de su espalda y de su torso fibroso en cada uno de sus movimientos. Pensé que sería mejor volver a la cama. La tentación era demasiado fuerte.

Fui hacia la puerta y me disculpé:

—Siento causarte molestias, pero creo que me marchó a dormir.

Se acercó rápidamente hacia mí para cerrar la puerta, quedando atrapada entre esta y él, creyendo morir de deseo cuando sentí el calor de su cuerpo contra mi espalda, y escucharlo susurrar con su aliento ardiente sobre mi cuello.

—Di que no me amas y dejaré que te vayas. Di que todo lo que pasó en España ya lo has olvidado.

—No me hagas esto, Aidan.

—Responde, por favor.

Giré para enfrentar mi rostro al suyo, y fijando mi mirada en sus azules ojos confesé:

—Te amo, y si en algo han cambiado mis sentimientos, ha sido para amarte aún más que antes.

Para mi sorpresa, me alzó en sus brazos y salió de la biblioteca.

—Aidan... —susurré.

—Sssshhh.

Mi corazón comenzó a latir fuertemente, porque en sus ojos, y en cada reacción de su cuerpo a nuestro contacto... sabía hacia dónde me conducía.

Cruzamos el umbral de su dormitorio, y mientras me posaba lentamente sobre la cama, me inundaba de besos colocándose a la vez sobre mí.

Todo él me aturdí, su aliento, su forma de besarme... temiendo volver a sufrir de nuevo cuando nos marchásemos. Pero el deseo que seguía sintiendo por él, era innegable e inevitable, y no sería yo quien le apartase de mi lado.

—Déjame amarte, pero para siempre. No quiero más ratos, te quiero siempre, completa. —Sus susurros me quitaron todo el temor.

Le besé como nunca, sintiendo cómo sus caricias abrasaban cada centímetro que sus manos recorrían de mi cuerpo mientras me desnudaba poco a poco, haciéndome temblar y que mi piel se erizara respondiendo intensamente a cada contacto con su piel.

Y aquella noche de nuevo, nos entregamos totalmente el uno al otro, con ansia, con desesperación, con todo el amor y pasión contenida en aquellos años y que ya me había demostrado hacía unas semanas, reafirmando con rotundidad que lo nuestro nunca se apagaría, nunca...

CAPÍTULO 1

Cuatro años atrás...

—¡Gracias a usted! —exclamó con aire amable la voz que se escuchaba tras el teléfono.

Nos despedimos y finalicé la llamada. A continuación, me dispuse a dar saltos como una loca en medio del salón. Ana, mi compañera de piso me observó con los ojos como platos.

—Eso es... ¿que sí?—me preguntó.

—¡Sí, sí, sí, sí! —grité como una loca.

Ana se unió a mis gritos, y seguimos saltando, gritando y riendo juntas durante un buen rato, hasta que cansadas, nos lanzamos exhaustas hacia el sofá.

—Cuenta, cuenta —dijo Ana emocionada.

—Londres, Ana. ¡En una semana! —contesté. Y volvimos a gritar y a reír.

Hacía casi un mes que mi contrato de trabajo en la cafetería había finalizado, para tristeza de Lorreine, la dueña de la misma, y sobre todo para mí, ya que, en las semanas siguientes, “PARÍS, MON AMOUR”, cerraría sus puertas dejando treinta años de esfuerzo, amor y dedicación, encerrados detrás de ellas.

Había trabajado dos años en aquella pequeña pero preciosa cafetería decorada con un estilo muy parisino, con sus grandes ventanales que te invitaban a observar la gente pasar, deleitándote con un estupendo café bañado con sirope de caramelo y esa gran cantidad de espuma de leche que debías retirar forzosamente con tu lengua de la comisura de los labios cada vez que tomabas un sorbo del mismo. Aaahhh... observar el bullicio de la ciudad, mientras que la tranquilidad dentro de la cafetería hacía volar tus pensamientos... “PARÍS, MON AMOUR” era... otro mundo.

Pero a Lorreine, aquella mujer de pelo blanco y mirada decidida, y después de tantos años sacando adelante su preciosa y acogedora cafetería... le había

podido la crisis y la apertura de una enorme y moderna cafetería, a unos cincuenta metros. De esas que te preparan el café para llevar, sin mucho mimo ni dedicación, pero con precios “low cost” y mensaje de “hola, buenas tardes, aquí su café. El siguiente, por favor”.

Dos semanas antes de que se convirtiera en un hecho el no poder volver a trabajar en la cafetería, Lorreine nos había reunido a todos al concluir la jornada en el “PARÍS, MON AMOUR”, y con lágrimas en los ojos, nos había comunicado la mala noticia.

Apesadumbrados, y después de barajar entre todos las posibilidades que Lorreine ya había estudiado en días anteriores, regresamos a nuestras casas, sabiendo lo que el futuro próximo nos deparaba.

Aquella noche, en la cama, no paré de dar vueltas y vueltas, pensando, desvelada... y recordé la opción que antes de aceptar el puesto de camarera en “PARÍS, MON AMOUR”, había tenido en mente. ¡Londres! Trabajar en Londres. Finalizando mis estudios de psicología, nos hablaron de agencias que podían conseguirte trabajo en diversas zonas de Reino Unido a cambio de alojamiento en alguna de las residencias que poseían allí. La agencia ganaba un dinero por la estancia, y tú podías trabajar en el Reino Unido y perfeccionar a la vez el idioma.

Pero en aquel entonces me surgió la posibilidad de poder realizar un curso para poder impartir clases de español a extranjeros; y a la vez, la oportunidad de trabajar en la cafetería, así que ambas cosas se convirtieron en mi primera opción.

Pero ahora sí, ahora había llegado la hora de volar... y la oportunidad de poder trabajar en una de las tabernas del centro de Londres, y sin más, dije: ¡SÍ!

—Bueno, pues una semana para preparar mi equipaje —dije a Ana, echándome para atrás en el sofá.

Ana me miró, y me preguntó con semblante serio:

—Cris... ¿qué le dirás a Álex?

—¿A Álex? Pues nada, que me voy a trabajar a Londres, qué voy a decirle.

—¿Y nada más? —dijo Ana frunciendo el ceño.

—Ana, por Dios —contesté a mi gran amiga, haciendo que mis ojos se pusieran en blanco—. Hemos salido juntos durante cinco años, pero eso terminó. Amigos, nada más —añadí, haciendo aspavientos con las manos.

Álex y yo habíamos salido juntos cinco años, pero llegó un determinado momento en el que me di cuenta de que ya no le amaba, y seguir juntos, solo nos haría más daño, tanto a él como a mí, porque yo ya no podía darle todo lo que él quería: compartir nuestras vidas. Supongo que lo que me hacía seguir con él, era la pura costumbre, el hecho de acomodarnos a una relación que debió terminar mucho tiempo atrás. No podía negar, sin embargo, que me sintiera insegura, y que el hecho de no amar a nadie, me hacía sentir una extraña sensación de vacío.

No buscaba a ningún compañero para compartir mis sentimientos, pero sí anhelaba encontrarlo, ansiaba el sentir esos abrazos, esos besos y esas caricias, esa comprensión, sensibilidad y ternura que hacía ya meses que al lado de Álex habían desaparecido.

Sin embargo, muchos de nuestros amigos, incluso el mismo Álex, conservaban aún la esperanza de que algún día volviésemos a ser novios otra vez. Para mí, esa opción, no era ya para nada factible.

CAPÍTULO 2

Hacía tres semanas que había llegado a Londres, y mi primera experiencia en el camino del aeropuerto de Heathrow a la residencia, fue llegar tiritando y como una sopa a la misma, pero... ¡qué felicidad de lluvia!

Era finales de septiembre cuando cogí el avión que me conduciría de Málaga a Londres. Perfecto, soleado y caluroso día en Málaga. Yo, perfecta y cómoda con mis vaqueros, mi camiseta azul de tirantes y unas sencillas y frescas zapatillas de verano. ¡Genial para el viaje!

Y como no había sido previsora... había llegado a Londres con... ¡quince grados menos de diferencia de temperatura, nubladísimo y lloviendo a mares! ¡Y mi chaqueta querida y súper deseada en aquel preciso instante, en el interior de una de las maletas facturadas! ¡Ja! ¡Inmejorable llegada a Londres!

En el mismo aeropuerto, tomé un taxi que me condujo directamente a la residencia en la que me alojaría. ¡Lo fantástico? Que la agencia te ofrecía un período de prueba, dándote opción a cambiar de opinión por si no te adaptabas al cambio. En mi caso, mi idea era aprovechar al máximo la estancia. Hmmm... y después de que el taxista me comunicase el precio del viaje, lo primero que haría después de acomodarme en la residencia, sería... ¡pedir información sobre todas las líneas de metro de la ciudad!

¡Y allí estaba yo! Con mis maletas delante de la recepción de aquella inmensa residencia y cuya zona exterior era increíblemente hermosa. De típicas fachadas victorianas, de piedra rosa, grandes ventanales blancos, y enormes jardines de césped cuidadosamente tratados, pero con la apariencia bucólica que le otorgaba las marrones hojas caídas de los árboles ocultando casi su verde color.

El otoño en Londres ya estaba muy presente, contrastando aquel escenario presente ante mis ojos con el que había dejado atrás para iniciar mi aventura británica.

Me parecía estar en una película. De aquellas películas de las que siempre me había imaginado ser protagonista. La típica chica inglesa, paseando con sus libros por la residencia, y leyendo innumerables y fantásticas historias,

mientras daba de comer pequeños trocitos de pan de su propio sándwich, a alguna traviesa ardilla que bajaba correteando de algún enorme y poderoso árbol al notar su presencia.

Aunque siendo realistas... mi aspecto de mujer con cuerpo curvilíneo, alta, de ojos negros y pelo rizado color azabache, no se podía decir que fuese precisamente el estereotipo de chica inglesa. Pero... ¡y lo bello que era soñar!

Además, ¡ya no era un sueño! Ahora estaba allí, y, sí, era la protagonista esta vez, de mis sueños, de mis aventuras, de mi película... pero yo, al fin y al cabo. PROTAGONISTA DE MI PROPIA VIDA.

—Buenos días —me dirigí al hombre que se encontraba en la recepción. Bajito, poco pelo peinado hacia el lado izquierdo de su cabeza... pero con una mirada amable y cálida—. Me llamo Cris, Cris Ballester, y me envía la agencia London Job.

El hombre bajito de la recepción, me miró largamente, y como si hubiese despertado de un pequeño letargo, me contestó:

—Oh, sí, señorita Ballester. Estábamos esperando su llegada —dijo amablemente.

Se dio la vuelta para coger una llave con un número de habitación, 305, y salió de la pequeña recepción alargando su mano hacia la mía, en gesto de saludo.

—Mi nombre es Anthony, Anthony Davis. Encantado de conocerle, señorita Ballester. Venga por aquí —dijo, mostrándome el camino y agarrando una de mis maletas.

Quedé sorprendida cuando el señor Davis comenzó a mostrarme cada estancia de la residencia y observar que su decoración interior era totalmente diferente a la exterior.

Poseía estancias amplias, con decoración moderna y luminosa, mobiliario blanco combinado con colores rojos y verdes... que, aunque a primera vista podían resultar una rara combinación, se encontraban perfectamente coordinados.

Un enorme salón con una preciosa chimenea y también un enorme televisor de plasma, daban paso a una pequeña cafetería y a otra amplia estancia de juegos y lectura; a un comedor común con una gran cocina con todos los electrodomésticos y utensilios de cocina imaginados y por imaginar, y rodeando a dichas estancias, anchos pasillos que conducían a las habitaciones.

Y por fin, llegamos a mi habitación. Bueno, nuestra habitación, ya que había preferido compartirla con otra chica. Estaba acostumbrada a convivir con

otras personas, así que no tendría problema allí, e incluso quizás era lo más conveniente, ya que podíamos compartir, además de habitación, nuestras experiencias y vivencias.

¡Qué decir! Me encontraba súper nerviosa delante de aquella puerta.

Mi bajito recepcionista señor Davis, llamó a la puerta, y enseguida esta se abrió. Una chica pelirroja sonriente saludó y me dijo calurosamente:

—¡Bienvenida, compañera de habitación!

—Ho... hola —contesté tímidamente. Tanta simpatía, sinceramente, me abrumaba.

La chica pelirroja en cuestión, se llamaba Shirley. Parecía muy agradable y extrovertida y eso me gustó. Como posteriormente me contó, Shirley era de un pequeño pueblecito de allí mismo del país, Sheffield, pero se alojaba en la residencia porque estudiaba en Londres. Sabía español, hecho que me alivió enormemente, ya que había vivido un tiempo en Sevilla, y era una de las asignaturas optativas que había cursado en sus estudios.

La habitación era preciosa. Acogedora, sin desentonar claro está, con la decoración interior de la residencia. Tonos claros combinados con verdes y rojos; dos camitas; un cuarto de baño completo y muy coqueto; dos altos y espaciosos armarios; dos mesas de estudio; un pequeño televisor de plasma, y una pequeña cocina con nevera. ¡Era un mini apartamento! Y un precioso ventanal desde donde se podían admirar los jardines de la residencia, y su imponente y viejo roble, se convertía para mí en lo más preciado de mi habitación.

Feliz, inmensamente feliz, comencé a deshacer mi equipaje, mientras mi simpática compañera Shirley, me ponía al día de todo sobre la residencia y de su vida.

Al tercer día de llegar a Londres, comencé a trabajar en una pequeña taberna cercana, de la que los primeros días quería salir corriendo, porque no entendía ni palabra, y... ¡eso que yo pensaba que mi inglés era bueno! Pero ahí estaba yo, ¡resistiendo y aprendiendo!

Una noche, trabajando en la taberna, y mientras mi compañero Thomas y yo limpiábamos el desastre que habíamos organizado al caérsele una bandeja bien llenita de vasos y copas, me quedé ensimismada.

Un grupo de personas entró en la taberna, y se situaron en una de las esquinas de la barra. Sus movimientos, el gesticular de sus rostros y de sus manos... no

eran como los de cualquier persona que podías toparte por la calle.

Pero pronto desperté cuando Thomas me dio con la bandeja en la cabeza.

—¡Ayyy! —exclamé, frotándome donde la bandeja había impactado.

—¡Espabila!, que el jefe nos está observando.

—¿Quiénes son Thomas? —le pregunté mientras le servía dos pintas de cerveza negra a unos clientes.

—Son actores. De cine, de teatro... a veces vienen a tomarse algo cuando finalizan los ensayos de sus obras. Es más común verlos en Carlston's Tavern, donde el ambiente es completamente "entre bambalinas", pero sí, alguna vez se dejan caer también por aquí —me dijo como algo normal—. ¿Ves al hombre tan elegante que está apoyado en la pared al lado de la barra?

—Mmmm... no. —Observé, pero no se veía nada entre tanto tumulto.

—Fíjate bien. Voy a servirle —me dijo Thomas.

No le aparté la vista de encima, hasta que se colocó al lado del hombre que me había indicado.

—¡Ostras! —exclamé. ¡Era Aidan Bradley! El famoso actor. Las piernas me temblaban, y las manos se me habían helado. ¡Me encantaba ese actor! Tenía innumerables fotos de él, y había seguido todas las películas que había protagonizado.

Ayyy, ayyy, ayyy... y lo tenía frente a mí. Resoplé y resoplé.

—Chica, te has quedado sin palabras. —Se rió mi compañero al verme.

—Hombre... ¡ya veo que tú te mueves como pez en el agua! —Reí—. Pero yo no estoy acostumbrada, y menos, a ver a mi actor favorito delante de mí como si nada... ¡Ay!

—¿Quieres conocerlo? —Sonrió pícaro.

Por poco me atoro con mi propia saliva cuando escuché a Thomas insinuarme semejante cosa.

—No, no, no, qué vergüenza. —Sacudí mi cabeza.

Thomas volvió a reírse.

—Si quieres, algún día te acompaño para que veas la casa que tiene aquí en Londres. —Me guiñó Thomas.

—¿De veras? —le pregunté emocionada y con los ojos como platos.

—¡Claro! Bradley, cuando ensaya y estrena sus obras de teatro aquí en Londres, pasa esas temporadas en una casa que tiene en la ciudad —me contestó—. La verdad es que has tenido suerte, porque hacía bastante tiempo que no se le veía por aquí —añadió mientras secaba unos vasos.

Seguimos trabajando, pero no podía dejar de observarle. Su pelo entre negro

y canoso, le hacía sumamente atractivo, contrastando con unos ojos azules que en la pantalla te enamoraban. Sus movimientos eran impecables, y rebosaba carisma y elegancia en cada sonrisa que esbozaba.

De repente, noté que me observaba, y aparté la vista. Seguí trabajando intentando no volver a mirarle, pero había algo que me obligaba a llevar mi vista hacia él.

Volví a notar que me observaba.

Aparté de nuevo la vista, y me prometí que no caería de nuevo en la tentación de poner mis ojos sobre él.

El resto de la noche pasó rápida, y cuando llegó la hora de que Thomas y yo termináramos nuestro turno, Aidan Bradley y el resto de actores seguían en la taberna. El apartamento de Thomas estaba situado cerca de la residencia, así que me acompañaba cada vez que nuestros turnos coincidían, que en realidad era... casi siempre. Y en cuanto llegué a mi habitación, ¡no pude esperar a contárselo todo a Shirley!

En realidad, la experiencia no había sido para lanzar cohetes, pero a mí me quitó el sueño toda la noche.

Bradley era un famosísimo actor de cuarenta y seis años, conocido por sus importantísimas películas y obras de teatro, y también desgraciadamente por sus dos tumultuosos divorcios de sendas mujeres que achacaban como consecuencia de los mismos, el poco entusiasmo de Bradley en ambos compromisos, y a su poca dedicación, debido al trabajo. A mí eso me daba igual. Me importaba él como actor. Lo admiraba, y poseía algo que te atraía enormemente como un imán y que no sabía cómo explicar.

Al día siguiente y para mi sorpresa, Thomas vino temprano a la residencia. Estaba medio dormida, cuando sentí un almohadazo contra mi cabeza.

—¡Aaayy! —Me quejé. Cogí la almohada que me había atacado y me la coloqué encima de la cara. ¡Tenía sueño! ¡Quería dormir!

Pero de repente, tiraron de ella para quitármela. Alargué las manos para volver a apoderarme de ella. ¡Imposible! Brghhh...

—¡Qué! —gruñí enfadada.

—Vámonos ya, ¿qué haces todavía durmiendo? —me preguntó Thomas.

¿Irnos? ¿Dónde? ¿Habría perdido parte de la memoria durante la noche?

—Pero... ¿habíamos quedado? —le pregunté a Thomas con cara de perdida. La verdad era que no lo recordaba.

—No, no habíamos quedado —afirmó Thomas riendo cuando vio mi rostro de incredulidad—. Solo que pensé que podríamos pasar el día por Mayfair, y terminarlo viendo la casa de Aidan Bradley como te prometí.

—¡Nooooo!

—¡Sííí! —asintió él.

Comencé a saltar de emoción, y salí corriendo para ducharme y vestirme.

—¡Ponte cómodo! —grité desde la ducha.

Shirley también se apuntó a la visita, y en una media hora, nos pusimos en marcha hacia Mayfair, que se encontraba en la zona norte, la más elegante de Londres.

Para mí, aquello era alucinante no, lo siguiente. Todo el barrio estaba lleno de lujosas y exquisitas tiendas, de barullo de personas de un lado hacia otro... Thomas y Shirley me mostraron el impresionante hotel London Ritz, estuvimos en Piccadilly Circus... boh, ¡impresionante todo! Sin palabras. Y una de las geniales experiencias que no olvidaría... visitar Hatchard's Library, en el número 187 de Piccadilly, ¡la librería más antigua del Reino Unido!

¡Fantástica! Con su fachada color verde oscuro... sus letras en dorado... su interior que parecía transportarte a otro mundo... ¡cinco plantas! ¡Cinco!, detrás de esa pequeña fachada verde oscura, se escondía un completo edificio repleto de libros, a cuál más interesante, y llenas de historias, sinopsis, vivencias... Cuántos escritores habrían pasado por el número 187 de Piccadilly, cuántas presentaciones, firmas de libros, cuántas palabras leídas, cuántos sentimientos...

Después de detenerse el tiempo por unas horas para mí, nos dirigimos antes de que se nos echara el día encima, a una zona concreta de Mayfair, llena de impresionantes y lujosas casas victorianas. Thomas se detuvo frente a una de ellas, y me miró, a la vez que hizo un ademán con su mano, como si nos la estuviera presentando.

¡Y allí estábamos! Me encontraba ante aquella enorme casa, fascinada... ¡era preciosa! Con su estilo victoriano como todas las demás; de tres plantas, fachada color beige de enormes ventanales blancos, puerta blanca con varios peldaños de acceso a ella... y una enorme reja negra que la rodeaba.

Comencé a andar a su alrededor para admirarla y, tan absorta me sentía, que ni siquiera observé que de la zona trasera de la casa, salía un coche dirigiéndose directamente hacia mí. El ruido del frenazo, hizo que diera un salto y saliese de la carretera, y mientras intentaba recuperarme del susto, quedé petrificada al ver que del coche salía... ¡Él!

—Señorita... ¿se encuentra bien? —me preguntó preocupado.

Cuando salí de mi estado de asombro pude contestar:

—Sí, no se preocupe. Aún no me acostumbro a la ciudad. Lo siento. —Sentí que mis mejillas ardían de repente. ¡Diosss, mi rostro debía ser un auténtico poema!

—¡Oh, no! Quien lo siente soy yo. Iba un poco distraído.

Shirley y Thomas se acercaron corriendo.

—¿Estás bien? —me preguntó Thomas.

—Chicos, ¡el autobús! —gritó Shirley de repente.

Miré hacia el otro lado de la calle. Nuestra línea de bus se acercaba, y era la última línea ese día hacia la residencia.

Aún turbada, le dije a Aidan Bradley:

—Te... tengo que irme. Gracias por su atención. —Oh, por favor, tenía delante de mí a uno de los mejores actores del universo, y, ¿solo se me ocurría decirle eso? ¡Y de salir corriendo hacia aquel maldito bus!

—¡¡Espera!! —gritó él.

Subimos rápido al autobús y miré a través del cristal de la ventana. Y allí estaba Aidan, quieto como un poste mirándome. Mi corazón latía como un loco, y pensé por un momento que se me saldría del pecho.

—¡Ja, ja, ja, ja! Impresionante tu encuentro con Aidan Bradley... ¡ja, ja, ja, ja!

Thomas se desternillaba de la risa.

—¡Calla! —Reí, propinándole un tortazo en la nuca.

Pero siguió riéndose de la situación.

—Nunca pensé que lo vería tan de cerca... —dije ensimismada.

—¡Y tan de cerca! —contestó Thomas.

Al llegar a la residencia, y si aún no podía pasar más vergüenza antes de finalizar el día, Shirley y Thomas contaron lo sucedido a toda persona que nos cruzábamos mientras nos dirigíamos a nuestra habitación.

Ya en la puerta se despidió:

—Bueno, nos vemos mañana en la taberna. ¡Descansa y sueña con Aidan! —
Rió.

—¡Hasta mañana! —le contesté dándole un golpecito con los nudillos en el hombro.

Thomas estaba como un auténtico cencerro, cada vez me convencía más de aquello, pero era buenísima persona, y el haberle conocido fue lo mejor desde que había llegado a Londres.

Shirley había decidido permanecer un rato en el salón de la residencia, pero yo después de una buena ducha, me tumbé sobre la cama, mirando hacia el techo y con las manos cruzadas sobre mi pecho. ¡Estaba rendida!

Pensé que podría dormir pronto, pero no fue así. Di vueltas y vueltas, pero seguía sin poder conciliar el sueño, porque solo venía a mi mente, el momento de ver a Aidan bajarse del coche y tenerlo frente a mí.

Su mirada, sus ojos tan llenos de magia me tenían hipnotizada. Como intentando convencerme, me dije a mí misma, dándome unos golpecitos en la cabeza:

—Vamos Cris, sueña dormida que mañana tienes que levantarte temprano y volver a la vida real.

CAPÍTULO 3

Al día siguiente, todo transcurrió con total normalidad en la taberna. Solo por la mañana, antes de salir de la residencia y mientras desayunábamos, había notado a Shirley bastante nerviosa, inquieta; pero cada vez que le preguntaba, solo me respondía:

—Si Robert puede, lo sabrás después. No quiero fastidiar la sorpresa si no va a ser posible. —Y a continuación me señalaba con su dedo de la mano levantado, como en advertencia—. Pero no te entretengas cuando salgas de trabajar. ¿Y puedes decirle a Thomas que venga? —me decía ruborizándose... porque a Shirley se le notaba a leguas de distancia que él le gustaba.

—Ok. ¿Y dónde le digo a Thomas que vamos? —Shirley me miró con ojos fulminantes, así que dejé de preguntar haciendo un gesto de... ¡me rindo!

Estuve intrigada e intentando averiguar a qué se refería, pero nada, era imposible saber qué se traía entre manos. Pero algo sí tenía claro. Si íbamos a salir con Robert, no lo haríamos por zonas cercanas a la residencia.

Robert era un chico norteamericano de veinticinco años, que llevaba dos veranos trabajando en Londres, porque según él, desde su estancia allí la primera vez, la ciudad le había cautivado. Además, era un joven aspirante a actor, que buscaba su oportunidad en el teatro, y la mejor forma de conseguirlo, era presentándose a infinitos castings, y colándose en las contadas fiestas que se celebraban en Londres y sus alrededores. Era un gran chico, alocado y responsable a la vez. Normalmente llamaba la atención por su forma de vestir, pero... ¡aquello era Londres! Tenía coche propio, por lo que no dependeríamos de ninguna línea de “underground” ni de “bus” (los taxis por su coste, para mí, habían pasado a pertenecer a otra dimensión).

Terminada la jornada laboral y mientras Shirley se vestía, me di una buena y refrescante ducha para posteriormente vestirme de manera informal, pero sin perder elegancia, dejando mi pelo negro y rizado, suelto, secándose al aire.

Shirley apareció tras la puerta del baño, impaciente:

—¿Estás lista? —dijo Shirley.

—¡Síííí! —contesté, angustiada ya por la impaciencia de mi amiga.

—Pues, ¡correee... que Robert y Thomas ya están abajo esperando!

—¡Aaargghhhh! —Resoplé, mientras con mis manos hacía en el aire el gesto de estar estrangulando algo.

Salimos de la habitación, y poco después para alegría de Shirley, de la residencia.

—¿Pero me vas a decir dónde demonios vamos? —pregunté nerviosa.

—A una taberna que conocen Robert y Thomas.

—¡Buaff! —Volví a resoplar bajando los hombros en señal de desilusión—. ¿Esa era la sorpresa?

—Nooo, hay más. ¿Recuerdas la taberna de la que Thomas te habló?

—¿Carlston's Tavern? —pregunté incrédula—. Pero ¿cómo vamos a entrar?

—No lo sé. —Se encogió de hombros y no explicó nada más.

Los chicos nos esperaban fuera del coche, y a los pocos minutos, emprendimos el camino hacia Kensington.

Llegamos a aquella peculiar taberna en Queensway, atestada de gente en su entrada. Al parecer, aquella noche se celebraba una fiesta en la taberna, hecho que hacía aún más difícil el poder entrar, por lo que mi pensamiento en ese momento era que habíamos ido hasta allí para nada. Pero Robert, se acercó a un muchacho enorme y vestido de negro de los pies a la cabeza, y de aspecto bastante intimidante que se encontraba en la puerta de entrada a la taberna.

Comenzaron a hablar, Robert se volvió hacia nosotros, y nos hizo una señal para que fuésemos hacia allí. Pasamos sin ningún problema al interior, ante la mirada atónita y las quejas de las demás personas que se encontraban esperando en la fila para poder entrar. Robert se acercó a mí, me guiñó el ojo y dijo:

—¿Qué os había dicho? —Notó mi cara de sorpresa y añadió—: Es Maxwell, uno de mis compañeros de apartamento.

—¿Tu... tu compañero de apartamento? —le pregunté, asintiendo él.

“¡Es la leche!”, pensé yo.

Allí estaba, rodeada de actores del teatro londinense. Eran personas como cualquiera con las que podías cruzarte por la calle, pero, sin embargo, en ellos, en sus rostros, existía cierto aire bohemio, cierto carisma que para mí los hacía tan especiales.

Todo se rodeaba de ambiente teatral y cineasta, de una forma sencilla pero atrayente. Y allí me quedé plantada, ensimismada, observando aquel ambiente de taberna tan típicamente inglesa, pero a su vez, tan llena de glamour.

Me dirigí a la barra donde pedí una buena y helada cerveza. Robert estaba

allí, conversando con varios muchachos, y cogiéndome de la cintura, comenzó a recitar un pequeño texto de Hamlet.

Esa era su verdadera vocación, y encima con varias cervezas que se había tomado de golpe, ya no lo paraba nadie.

Sentí un empujón en mi espalda y me volví rápidamente.

¡Otra vez él!

—Lo siento —se disculpó Aidan Bradley educadamente, pero de repente prosiguió—: ¿Tú? —Me miró sorprendido.

—Debes pasarte todo el día diciendo lo siento —comenté, así sin más.

—Creo que solo contigo. —Sonrió.

Me zafé de Robert, y seguí conversando con él.

—Un poco pesado, ¿no? —dijo, dirigiendo su mirada a Robert.

—No, solo un poco bebido. —Sonreí yo.

Se acercó a la barra, pidió dos cervezas negras, me miró y ordenó:

—Vamos a una mesa, es más tranquilo.

Miré a mi alrededor, pero no había nadie de las personas que le acompañaban.

—¡Eh!, es a ti, vamos —afirmó.

—¿A mí? —Me señalé yo misma con mi propio dedo.

—Sí, a ti —afirmó.

Asombrada, nos dirigimos hacia una de las mesas donde la gente conversaba tranquila y alegremente. Nos sentamos, colocando la cerveza delante de mí.

—¿Cómo sabes que esta es la cerveza que me gusta? —le pregunté nuevamente sorprendida.

—Intuición, quizás. —Bebió un sorbo de la suya y siguió hablando—: Bueno, si casi te atropello ayer, al menos tengo derecho a saber tu nombre.

—Cristina, pero me llaman Cris —dije, observando el vaso de cerveza.

—Cris solo, o...

—Cris Ballester. —Sonreí.

—Por tu físico, tu nombre y acento, no eres inglesa, ¿verdad?

—Nooo. Soy española.

—¿Y qué haces aquí? —siguió preguntando, curioso.

—Esto parece un interrogatorio —dije un poco molesta.

—No pretendo que te sientas incómoda —contestó levantando su mano en señal de disculpa.

—No son tus preguntas, sino tu forma de preguntar. Creo que tus maneras no son las adecuadas —me sinceré—. Me quedé sin trabajo allí en España, me

salió la oportunidad de poder trabajar aquí y de poder perfeccionar mi inglés... y, ¡hacia aquí volé! Adoro Inglaterra, siempre la he adorado, siempre ha tenido algo especial para mí, quizás por sus paisajes, su clima, su paz... Desde hacía unos años la idea de venir rondaba por mi cabeza, pero firmé un contrato de trabajo allí, e inicié unos estudios de profesora de español para extranjeros, así que se pospuso dicha idea por un tiempo. Pero... ¡aquí estoy!

—Te habrá sido duro dejar tu ciudad —dijo convencido.

—Pues... sinceramente, no. Siempre ha sido mi sueño viajar, ir de un lado a otro... es la sensación de libertad lo que me condujo a venir aquí. Allí me sentía ahogada, necesitaba respirar.

—Curioso. A mí me sucede igual, y por eso soy actor. Rodaje aquí, rodaje allá... son pocas las temporadas que disfruto en mi país.

—¿Y qué haces en Londres? Las últimas noticias sobre ti, te ubicaban en Los Ángeles, rodando una nueva película —pregunté curiosa.

—Oh, se ha aplazado el rodaje unos meses y mientras, ensayo una nueva obra de teatro. Me ofrecieron el papel de protagonista y dije... ¿por qué no? No sabía cuándo se reanudaría el rodaje, así que acepté. Dentro de unos días se estrenará en el Lyceum Theatre. ¿Te gustaría asistir al estreno?

—Sería cumplir dos grandes sueños. Conocer el Lyceum Theatre, y asistir a una de tus obras, pero sintiéndolo mucho, económicamente no me es posible.

—Ya buscaremos una solución —dijo tranquilo y con aire de misterio.

Pero una mujer de unos cuarenta años se acercó a nosotros y comenzó a conversar con Aidan. No pude más que observar sus gestos, tímidos y bondadosos, con una mirada llena de calidez, de haber conseguido todo lo que tenía que alcanzar, aunque en él existía cierta inquietud, algo que no podía describir. A pesar de sus cuarenta y seis años, no dejaba de irradiar sensualidad, seducción... poseyendo un atractivo que mezclaba juventud y madurez, además de elegancia y complejidad, unido a una gran sencillez. Ese era Aidan Bradley, en una sola palabra: ÚNICO.

Estaba tan ensimismada en él, que no me di cuenta de que Thomas me llamaba. Se acercó a mí y me dijo:

—Cris, tenemos que irnos. Shirley se ha indisputado.

—¿Qué sucede? —le pregunté asustada.

—Que ha bebido más de la cuenta.

Aidan observó cada movimiento de Thomas y mío, a pesar de seguir conversando con aquella mujer. Le miré, me levanté del asiento, y Thomas me cogió de la mano para marcharnos.

—Tengo que irme. Me alegro mucho de haberte conocido, y para mí ha sido maravilloso. Gracias por esta noche. ¡Adióóósss!

—¿Siempre vamos a despedirnos así? —preguntó desconcertado.

No pude decir nada más, porque Thomas tiró de mí, pero levantándose, me preguntó a voces:

—¿Dónde te alojas?

—¡En la residencia Westminster! —grité.

Salimos a toda carrera de allí. Shirley se encontraba ya en el coche, con la ventanilla abierta, bastante mareada. Robert estaba casi en la misma situación, así que Thomas fue el que condujo el coche hasta la residencia, donde Shirley se llevó un buen rato en el baño echando hasta su primera papilla. Le preparé dos manzanillas dobles, una buena ducha, y la acosté en su cama.

Después de ducharme también y ponerme el pijama, me tumbé en la mía, y no pude dejar de pensar en aquella noche. No llevaba aún un mes en Londres, y en menos de una semana, había coincidido con Aidan Bradley en dos ocasiones. ¿Casualidad o destino?

Por la mañana, Shirley se encontraba mucho mejor, y nos fuimos juntas a desayunar a la pequeña cafetería que había en la residencia.

Robert apareció, y muy misterioso, me entregó un sobre con mi nombre escrito.

—¿Qué es esto? —le pregunté.

—Aidan le entregó este sobre anoche a Maxwell cuando nos fuimos de la taberna.

Lo abrí curiosa. En él había una pequeña nota y una entrada para el Lyceum Theatre. ¡Era para el estreno de la obra de Aidan: MUCH DO ABOUT NOTHING!

En la pequeña nota, unas frases y una firma:

“DESEO HACER TODOS TUS SUEÑOS REALIDAD.
SERÁS MI MEJOR CRÍTICO. NO FALTES.
TE ESPERA. AIDAN”.

Con ella, había un pase también para camerinos.

¡¡Uff!! En mis veintinueve años, era el mejor regalo que podían haberme

hecho. Me quedé perpleja con aquella nota, al igual que Shirley, que había metido las narices en el contenido a mi espalda.

—¡Chicaaaa! ¡Qué suerte tienes! Esta semana no puede haber sido más perfecta para ti... —dijo emocionada.

—Has debido caerle muy bien, porque con lo raro que es... —continuó Thomas que se había unido a la reunión.

—¡No digas eso! Solo ha querido preservar su intimidad —replicó Robert.

—¡Oh, callaos ya! —dije irritada—. Es una invitación a una obra de teatro, no a escribir un libro sobre él. Si no le gusta hablar de su vida privada, es de admirar, no todos los actores tienen que ser tan... públicos.

Ciertamente, poco se sabía de su vida. Era temperamental, poco dado a demostrar sus emociones, carismático. Había contraído matrimonio dos veces, y en las dos ocasiones se había divorciado. Lo demás, era reflejo de su carrera.

Problemático en sus primeras apariciones teatrales y cineastas, sí, pero se había arrepentido y había vuelto atrás en su comportamiento, consiguiendo en los últimos años guiones con los que su carisma, su fuerza como actor, unido a su gran talento y un poder especial de enamorar a la cámara, hizo que se convirtiera en uno de los mejores actores de Hollywood, y del mundo cinematográfico.

Había conseguido ser respetado y admirado, basando toda su vida en su carrera como actor.

CAPÍTULO 4

La obra resultó ser un éxito total. Cada una de las interpretaciones de los actores había sido maravillosa, espectacular. Las personas que abarrotaban aquel grandioso teatro al completo, se levantaron de sus asientos para aplaudirles, y me emocioné como una tonta cuando salieron al escenario para el saludo final.

Aidan me miró y sonrió. Se encontraba exhausto, destilando éxtasis por cada poro de su piel y cada chasquido de su mirada; así como el placer del triunfo que recompensaba tantos ensayos. La luz de sus ojos y su abierta sonrisa hacían ver cuánto adoraba aquello.

El telón se cerró, pero el público de la sala volvió a clamar por la presencia nuevamente de los actores. Así lo hicieron, y los aplausos se sucedieron minuto tras minuto. Poco a poco, el telón cayó de nuevo sobre el escenario, y los actores desaparecieron tras él.

Todo en el teatro eran murmullos, y rostros emocionados. Transcurrieron al menos diez minutos hasta que el teatro comenzara a desalojarse y casi media hora para poder llegar a camerinos, entre barullos e impedimentos para entrar. Aun así, y con pase, un gigante guardia de seguridad, me condujo hacia el camerino de Aidan Bradley. Llamó a la puerta, abrió la misma, y dijo:

—Disculpe señor Bradley, pero esta joven afirma estar buscándole.

Volvió su vista atrás, se levantó y se dirigió hacia nosotros.

—¡Por fin! Pensé que no vendrías. —Llevó su mirada hacia el guardia de seguridad prosiguiendo su conversación—. No te preocupes, yo le envié el pase.

—Sin inconveniente. —Dio marcha atrás y salió de la habitación.

Aidan me indicó un asiento a su lado, mientras él seguía desmaquillándose.

—En estrenos como el de hoy, hay muchos jóvenes que falsifican pases de camerino para poder hablar con nosotros. A veces, hacemos la vista gorda. —Sonrió guiñándome un ojo pícaramente.

—Debo darte las gracias por tu invitación para la obra, pero no entiendo por qué lo hiciste —le comenté sinceramente.

Me observó apesadumbrado, aunque su rostro cambió rápidamente de expresión.

—Solo dime qué te ha parecido la obra.

—En dos palabras: Exquisita, genial. Podría asegurar que una verdadera obra de arte. Tendréis muy buenas críticas de los periódicos y la verdad es que no es para menos.

Se lo decía todo de corazón. Hacía mucho tiempo que no asistía a una representación teatral de aquellas características y pensaba que no la olvidaría en mucho tiempo.

—¿Qué opinas de mi interpretación? —dijo, curioso e impaciente.

—Sinceramente, excelente. Aunque no sé por qué tu interpretación en cine es mejor, eso no quita que hayas estado imponente.

No pude evitar soltar una carcajada al notarlo tan ansioso.

—Vamos, ¿a qué esperas para seguir? —contestó.

—Está bien, lo siento. Me ha impresionado tu capacidad de darle vida al personaje. No parecía que lo interpretarás, parecía que el personaje y tú erais uno solo, tu pasión, tu intensidad... y tu forma de moverte en el escenario. Adoro esa agilidad, como si una pantera estuviese en tu interior. Sencillamente, PER-FEC-TO —concluí.

Sus ojos se iluminaron como los de un crío y rió de buena gana. Vio mi incredulidad, pero siguió riendo.

—¿Podrías decirme qué te hace tanta gracia? —pregunté entre asombrada y alterada.

De pronto paró de reír tan súbitamente como había comenzado.

—Estaba contento con mi interpretación, pero nunca pensé que pudiese emocionarte tanto.

Me ruboricé por haber mostrado tanta pasión en mis palabras, aunque noté en cierta forma que no me había equivocado al ser tan clara con él.

La puerta se abrió y un hombre entró en el camerino.

—Pensé que estarías solo —dijo el hombre extrañado—. Volveré más tarde.

—No, James, pasa —exclamó Aidan—. Cris, te presentó a James Miller.

El señor Miller estrechó mi mano y dijo:

—Encantado, señorita.

—Le felicito por su interpretación y por su última película. ¡Fue genial!

—Muchas gracias, me satisface enormemente que le gusten mis trabajos. ¿Y mi personaje en...?

Pero Aidan le interrumpió dirigiéndose a mí alegremente:

—Buena cosa has hecho. James nunca se cansa de hablar sobre cada una de sus películas. ¿Qué querías? —preguntó, dirigiéndose al hombre.

Los dos comenzaron a conversar mientras yo les observaba. James Miller era un hombre de unos cincuenta años, estupendo y reconocido actor, aunque desaparecido de los estrenos, durante al menos diez años. Su lucha contra el cáncer en esos años, había causado mella en él, pero tan pronto su recuperación fue total, su vuelta a las pantallas no se hizo esperar.

Me encontraba tan ensimismada, mirándolos a ambos, que no aprecié la llamada de Aidan.

—¡Cris! —chasqueó sus dedos con preocupación.

—¡Oh, lo siento!

—Quería preguntarte si serías mi acompañante en la fiesta de la obra.

—Debo volver pronto a la residencia, mañana tengo que trabajar y no puedo llegar muy tarde —dije apenada.

—No te pido toda la noche. Además, después te devolveré sana y salva a casa —insistió.

—Está bien —contesté.

La tentación era enorme, y pocas veces se daba aquel ofrecimiento, así que... ¿por qué no aceptar?

—Ya lo has oído, James. Seremos dos en la fiesta.

El hombre se despidió y salió del camerino.

Poco tiempo después nos encontrábamos en la taberna tan exclusiva a la que había acudido con Shirley, y donde se celebraba la fiesta. Todos los actores de la obra habían asistido, y cada uno de ellos me fue presentado por Aidan.

Me agradó especialmente un joven llamado Joseph, al que todo el mundo le conocía como Jou. Moreno, cuerpo atlético, aunque no muy alto, de ojos verdes y una enorme y blanca sonrisa. Era muy vivaracho, e iba de un lado a otro de la taberna. No tendría más de veintitrés años, joven actor de la compañía y demasiado nervioso.

Cuando Aidan tenía que alejarse, él se acercaba a mí, entablando siempre una conversación diferente en cada ocasión.

Mientras nos tomábamos dos cervezas sentados en una de las mesas, Jou comenzó a imitar a cada uno de los actores que se encontraban allí presentes, mientras Aidan conversaba con una mujer en la barra sin quitarnos la vista de encima.

Jamás me había reído tanto como aquella noche.

—Para, para, por favor. Te juro que me duele la mandíbula de tanto reír —le supliqué a Jou.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó el joven.

—Genial, no me extraña que lleves en esto desde los doce años, pero hay alguien a quien no has imitado —le desafié—. Te falta Aidan.

—Todos tenemos nuestras excepciones, y la mía es que no puedo imitarlo. Sí puedo imitar sus gestos o algunas muecas, pero nunca su forma de ser.

—¿Cómo es posible? —pregunté curiosa.

—El mismo es un imitador nato. A veces me pregunto en qué momento es Aidan porque cuando menos te lo esperas, su carácter cambia. Te concede el tiempo suficiente para conocerle superficialmente, pero no para profundizar en él. Pocas personas han tenido ese privilegio, créeme.

Su voz sonó contundente y con un deje de tristeza.

—Te gustaría saber mucho más de él, ¿verdad?

—Ciertamente sí. Para mí es el más grande y me gustaría parecerme a él a su edad.

Zarandeeé su mano sobre la mesa mientras le aseguraba:

—Seguro que lo consigues.

Volví mi mirada hacia Aidan. En ese instante, mantenía conversación y risas con un hombre de unos treinta años, rubio, muy guapo, pero que me puso la carne de gallina solo verlo. Algo de él no me gustó, y era extraño, porque nunca me dejaba llevar por las primeras impresiones.

Intenté no darle importancia, y seguí hablando y escuchando a Jou.

Al rato, sentí una mano sobre mi hombro. Me volví y allí estaba él.

—Siento interrumpir, pero ya es hora de marcharse.

—Bueno. —Me levanté y me acerqué a Jou para despedirme de él, mostrándome encantada de haberle conocido.

Aidan se despidió también del muchacho al que volvería a ver a la mañana siguiente. Jou se dirigió a mí y me preguntó:

—¿Podríamos vernos otro día?

Aidan nos miró a ambos consecutivamente.

—Claro que sí, cuando quieras —contesté alegre.

—¿Dónde puedo localizarte?

Le apunté mi número de teléfono móvil en una servilleta del pub, y a

continuación le dije:

—Este es mi número, pero también puedes localizarme en la residencia Westminster. Pregunta por mí, y enseguida me darán el mensaje.

—Lo haré. Espero verte muy pronto —me respondió sonriendo.

Salimos de la taberna y nos encaminamos hacia el coche de Aidan, para ponernos en marcha camino a la residencia.

—Aidan... ¿por qué le resultó extraño a James que estuviese en tu camerino?

—Porque el día de estreno de una obra, después de la representación, me gusta estar solo y reflexionar sobre cómo ha transcurrido la noche —dijo sin apartar la vista de la carretera.

—Entonces... ¿por qué me invitaste a estar allí?

—Pues porque sentí la necesidad de celebrar contigo esta noche.

—¿Has hecho esto en muchas ocasiones?

Me miró con esos ojazos azules, como titubeando en responder o no, pero finalmente lo hizo:

—Es la primera vez. Te soy sincero si te confieso que ni siquiera mis esposas han estado presentes después de las obras en mi camerino.

Me sentí halagada y también a la vez aturdida. De repente, Aidan desvió el tema:

—Jou y tú os lo habéis pasado maravillosamente a juzgar por tus risas.

—Nunca he conocido un chico como él. ¿Crees que llegará lejos en el teatro?

—Sí. Y en el cine si se lo propone. Le sobran talento y ganas, además de saber muy bien dónde tiene puestos los pies.

—Te admira mucho, ¿sabes? —le confesé. Pero solo volvió su rostro hacia mí y me sonrió.

Llegamos poco después a la residencia. Salimos del coche y me acompañó hasta mi habitación, contemplando a nuestro paso, los rostros de sorpresa de algunos de mis compañeros cuando pasábamos por delante.

—No hacía falta que me acompañases hasta aquí —le aseguré.

—Esta noche eras mi responsabilidad hasta el último minuto. —Rio—. Ahora será mejor que me marche. Supongo que necesitarás dormir. Buenas noches y... gracias por acompañarme.

Y acto seguido y por sorpresa, me besó en la mejilla para dar después media vuelta.

—¡Aidan! —grité.

—¿Sí?

—Gracias a ti por esta noche.

Dudé preguntarle lo siguiente, pero algo me forzó a hacerlo:

—¿Volveré a verte? —pregunté ruborizada.

Su rostro se iluminó, y un gesto de tranquilidad y alegría asomó a él.

—Eres mi profesora de español, ¿recuerdas?

Y comenzó a andar de nuevo, yéndose sin hacer ningún ruido, y con toda la elegancia que una persona puede destilar por su cuerpo.

De pronto, caí en sus palabras: ¿Profesora de español? ¿Yo? ¿De Aidan Bradley? ¿Desde cuándo?

Abrí y cerré la puerta de la habitación tras de mí dejándome caer en ella de espaldas resoplando, y soltando el aire que había aguantado cuando Aidan se fue.

—¡Cuenta! —Escuché de repente en un grito de Shirley encendiendo la luz, lo que consiguió que yo pegara un salto del susto.

—¡Joder, Shirley! ¿Pero tú no estás dormida siempre a esta hora? —le dije, llevándome una mano al pecho.

—Sí, claro. Que te crees que voy a quedarme dormidita cuando mi amiga ha pasado la tarde y parte de la noche con uno de los más grandes actores del mundo. Y ha asistido a su obra porque él la ha invitado... y ha asistido a su camerino porque él también ha querido... ¿y qué más? Seguro que has estado en la fiesta de estreno... —me dijo con cara pícaro entrecerrando sus ojos.

—Mmmmm... síiiii... —contesté remolona.

—¡Ahhhhhhh! —Y Shirley comenzó a saltar y a gritar.

—¡Shhhh! —Le tapé la boca con mi mano y riendo le aseguré—: Te lo contaré todo, pero ¡no grites locaaa!

Y tranquila, en parte, comencé a contarle todo a Shirley.

CAPÍTULO 5

Por la mañana, fui temprano a trabajar a la taberna, donde Thomas también me preguntó, y a ratos le conté la historia, porque esa mañana hubo mucha clientela.

Pero para mi sorpresa, a última hora de la mañana, recibí una visita inesperada. Aidan...

Thomas y yo nos encontrábamos en la barra cuando llegó, y mi compañero y amigo me miró y me dijo:

—¿Casualidad? —Y a continuación se dirigió a una de las mesas.

—¡Buenos días! —me saludó Aidan sonriente.

—¡Buenos días! —le contesté yo—. ¿Qué desea el señor Bradley? —le pregunté en tono de burla.

—Un... buen café de esos con espuma de leche que sé que preparas tan bien —dijo alegre.

—¿Cómo lo sabes? —me sorprendí.

—Observo... y los rumores corren. No hay muchas chicas españolas en Londres que sepan preparar el café así, y que además sus clientes vayan presumiendo por las demás tabernas y pubs del café que lo han tomado.

—¿En serio? —dije incrédula.

—¡En serio! —contestó Aidan.

—Pues... ¡marchando! —Sonreí.

—Cris... —comenzó a hablar Aidan—. Me gustaría proponerte algo —dijo con un halo de misterio.

—Uyy, uyy, uyy —Pensé—. Dime —contesté escamada.

—Llevas un mes en Londres, y seguro que apenas habrás visto nada de la ciudad.

—Pues la verdad es que no. Solo cuando sucedió lo del frenazo de tu coche, que Thomas, Shirley y yo, pasamos el día en Mayfair y que, por cierto, Hatchard's me enamoró —dije llevándome una mano al corazón.

—Pues, te quería proponer... si te gustaría conocer conmigo la ciudad.

¿Había oído bien? ¿Aidan me proponía mostrarme la ciudad? ¡Por poco se me cae el café que estaba preparándole!

—Es una broma, ¿no? —afirmé.

Me miró molesto y me preguntó:

—¿Por qué dices eso?

—Vamos, Aidan. No nos conocemos de nada, y en menos de una semana, ya me has invitado a tu función, a la fiesta, y ahora, ¿a conocer Londres? ¿Por qué?

—¿Tienen que existir razones para todo? —me preguntó.

—He preguntado yo primero —insistí.

—Me caes inexplicablemente bien, genial, me siento maravillosamente a tu lado. Me gusta tu transparencia, tu sencillez, tu sinceridad... no sé... es algo difícil de explicar y que no puedo entender. Una sensación extraña desde que te vi.

Sus ojos mostraban como una cierta inquietud, y nervioso comenzó a dar golpecitos en la madera de la barra de la taberna.

Y yo debía reconocer que tenía la misma sensación que sentía Aidan. ¿El por qué? Imposible descifrar, pero la verdad es que me apetecía enormemente conocer Londres con él.

—Está bien. Tú dirás —dije levantando los brazos dándome por vencida.

—Verás —comenzó a explicar ya feliz—, yo tengo actuación en el teatro de viernes a domingo, y estoy totalmente libre de lunes a jueves. Podríamos aprovechar el tiempo que tú no trabajes.

—Pues... miércoles por la tarde y jueves completo tengo libre esta semana —comenté—. El resto de días me toca estar aquí. —Reí.

—¿Te parece bien que te recoja el miércoles a las tres de la tarde en la residencia? —me preguntó Aidan.

—¡Estupendo! A las tres te esperaré fuera.

Y Aidan sonrió feliz. Después de terminar su café, se despidió de mí hasta el miércoles.

Thomas, al verlo marcharse, se acercó a mí, pero cuando estuvo a mi lado y fue a abrir la boca para decir algo, puse mi dedo sobre sus labios.

—Sshh. ¡No digas nada!

Y con puntualidad inglesa, el miércoles a las tres de la tarde, y aparcado delante de la puerta de la residencia, ahí estaba el Mazda negro CX5 todoterreno de Aidan. ¡Y no sabía cómo, siempre tenía la suerte de que hubiese aparcamiento allí mismo cada vez que iba a la residencia!

Allí estaba él, apoyado sobre la parte lateral del coche, con unos simples vaqueros negros y una camiseta azul de manga larga, ¡guapísimo! A pesar de sus cuarenta y seis años y su atractivo pelo canoso, parecía mucho más joven. Era alto y un poco fibroso, y eso se notaba a través de la camiseta.

—¡Buenas tardes, señorita! —me saludó al ver que bajaba por las escaleras de la entrada—. ¿Lista para disfrutar un día y medio en Londres con este humilde caballero? —preguntó sonriendo pícaramente.

—Listííííísimaa, señor Bradley —contesté riéndome.

Y acto seguido, se despegó del coche para abrirme la puerta del copiloto y hacer un gracioso ademán con su mano derecha para que entrase en él.

Eso hice, sentándome en el cómodo asiento de piel negra del todoterreno, mientras Aidan cerraba la puerta y se dirigía hacia el asiento del conductor.

Miré hacia la ventana de mi habitación y reí al ver a Shirley tras de ella, haciéndome gestos de *ok* con sus dedos y dando saltos de repente.

¿Y yo? Pues nerviosísima, hecha un flan, emocionada y feliz a la vez.

—Vaaamoss allá —habló Aidan poniendo en marcha el coche.

—¿Dónde vamos, Aidan? —pregunté curiosa.

Me miró y me contestó:

—No te voy a decir nada —dijo con ojos brillantes y sonrisa traviesa.

Así que resignada, alcé las manos en el aire, a lo que Aidan siguió riendo.

Después de un buen rato conduciendo y de conversar y bromear sobre cómo había transcurrido para los dos la mañana de aquel día, llegamos a un edificio de madera blanca, casi circular, a orillas del Támesis, y en el que en su exterior había mucha gente haciendo fila para entrar en él.

—Esto es... —comencé a hablar con los ojos abiertos como platos.

—Shakespeare's Globe, ¡sí, señor! —afirmó orgulloso—. Hoy se celebra una de las últimas funciones del año hasta el próximo mayo, y pensé que quizás te gustaría asistir a ella. —Y se acercó, susurrándome—: Hamlet.

Mis ojos se abrieron más aún.

—¡Sí, sí, sí, sí! —respondí apretando los puños y dando pequeños saltitos, a lo que Aidan soltó una carcajada.

Y cómo no, Aidan ya tenía las entradas para la función que se iba a representar aquella tarde en el Shakespeare's Globe. ¡Todo él era impresionante! De madera blanca en casi la totalidad de su exterior, contrastaba con su interior en maderas color caoba y cerezo, rojas columnas y techos azules que parecían simular al cielo.

En forma de O, con bancos de madera cubiertos en las gradas que rodeaban el escenario y totalmente desprovisto de techo en toda su zona central, donde muchos espectadores preferían ver la obra de pie, frente al escenario.

Según pudo contarme Aidan, y por investigaciones mías sobre Londres y sus monumentos, Shakespeare's Globe fue destruido por un incendio durante una representación en 1613, y después de varios siglos e intentos y construcciones, abrió de nuevo sus puertas para seguir representando las obras de Shakespeare, en 1997, bajo el nombre de Shakespeare's Globe Theatre.

Nos sentamos en las gradas, y antes de que comenzara la representación, personas que se encontraban en las mismas gradas que nosotros, se acercaron para pedirle autógrafos a Aidan y hacerse fotos con él.

¡Uff! Me chocó bastante, porque era la primera vez que le pasaba estando juntos. Y pensé para mis adentros observando su talante, su naturalidad y su simpatía, que quizás yo en su lugar, no llevaría tan bien esa fama.

Creo que no estaría hecha para ser famosa, y sonreí sin darme ni siquiera cuenta.

—¿Qué te hace sonreír? —me preguntó Aidan cuando regresó donde yo estaba.

—Oh, nada. Solo pensaba que yo personalmente, no serviría para ser famosa, y poder sonreír cada vez que alguien me pidiese un autógrafo, o una foto... si, por ejemplo, tienes un día gris... ¿cómo lo haces para disimular? ¿No te dan ganas de escapar? —le pregunté angustiada.

Pero Aidan soltó una carcajada repentina y acarició mi pelo mientras me hablaba.

—Cris, soy actor, y he llegado a mi posición, además de por mi trabajo, por mi público. Y por eso, me debo a ellos. Y aunque tenga un día gris, o negrísimo, siempre tendré una sonrisa para ellos, y un minuto para una foto. Porque sin el apoyo y el cariño de ese público, los actores no somos nada. — Y seguidamente suspiró—. Y, ¿sabes? A veces me apena constatar que algunos de mis compañeros de profesión, se olvidan, cuando ya están en lo más alto, que llegaron ahí porque un público exigente y entregado, valoró su trabajo. He visto a muchos de ellos tratar con desdén a algunos admiradores cuando se les

han acercado, y eso... es acabar poco a poco contigo mismo —prosiguió apenado—. No somos dioses, y estar cerca de nuestro público, te hace ser una persona como cualquier otra, que es aquello que realmente somos. Y en esta profesión, es bueno que a veces te bajen del Olimpo, cuando ya piensas que estás sentado en él.

No supe qué decir. Se hizo un silencio entre los dos mientras nos mirábamos fijamente el uno al otro. ¡Oh, por favor! Mi corazón se quería salir del pecho cada vez que Aidan me miraba así. Y no sabía si salir corriendo, o lanzarme y besarle infinitamente...

«Cris, desvarías enormemente», pensé para mí. Y sacudí mi cabeza intentando alejar ese pensamiento de mi mente.

Pero en ese instante comenzó la función, olvidándome por un buen rato de dónde estaba y de aquello que pensaba, porque todo “Hamlet” me hipnotizaba.

Casi tres horas después, “Hamlet” finalizaba, y a pesar de esa larga duración, como con todas las obras de Shakespeare, se me había hecho súper corta.

Adoraba... ¡amaba!, la literatura inglesa, y poder asistir a una obra de Shakespeare en Londres y nada menos que en Shakespeare’s Globe, había sido un auténtico sueño cumplido que nunca se me habría pasado por la imaginación cumplir.

—¿Qué te ha parecido? —me preguntó Aidan.

—¡Uaaa! ¡Genial, maravilloso, precioso, fantástico, excelente, estupendo, portentoso, magnífico, extraordinario...!

Aidan comenzó a reír como un loco, y añadió:

—¿Algún sinónimo más? —Y siguió riendo.

—Mmmm... —Comencé a pensar con el dedo puesto en mi labio—: ¡Admirable, y soberbio! ¡Fascinante! —añadí alzando el mismo dedo al aire—. ¡Una gozada! —Sonreí—. Solo puedo decirte... ¡gracias, gracias y gracias! —dije, mirándole con brillo en los ojos...

—Me alegro muchísimo que te haya gustado tanto, de verdad —aseguró Aidan. Y de repente, me cogió de la mano para salir del teatro.

¡Yo de su mano! Buufff, ya me derretía por completo de nuevo. Viví flotando en el aire, el pequeño momento de ir cogidos de la mano porque pensé que Aidan no quería que nos separásemos y perdiéramos en el tumulto de personas que se formó para abandonar Shakespeare’s Globe.

Pero para mi sorpresa, seguimos cogidos de la mano mientras dábamos un

pequeño paseo a orillas del Támesis antes de volver al coche. Impresionantemente, no hablábamos. Nos mantuvimos en silencio, observando el río, sin separar nuestras manos, hasta que Aidan me preguntó:

—¿Tienes hambre?

—Un poco —respondí. Mi estómago ya comenzaba a acostumbrarse a los horarios ingleses.

—¡Yo mucha! —contestó Aidan, y reímos a la vez—. ¡Está bien... te llevaré a un restaurante que te encantará! —Y dicho esto nos dirigimos al coche arrancado su potente motor.

CAPÍTULO 6

Compartimos impresiones sobre la obra durante el camino hacia el restaurante, pero yo no podía olvidarme del contacto de nuestras manos ni de su ternura y suavidad al tomar la mía.

Llegamos al barrio de Clerkenwell, uno de los más modernos de Londres.

Había estado allí con Thomas y Shirley una vez, así que después de cenar, daría una sorpresa a Aidan, invitándole a una famosa taberna del barrio para tomarnos alguna de sus buenísimas cervezas.

Me encantaba la multiculturalidad que se podía vivir en aquel barrio y en uno de sus famosos mercados, el de Spitafields, donde aquel día con Thomas y Shirley, habíamos comprado curiosas cosas que... ¡no pensaba encontrar nunca!

—Te voy a cambiar el apellido por ensimismada, y te llamaré... ¡Cris Ensimismada! —dijo Aidan interrumpiendo mis pensamientos.

Reí por sus ocurrencias, y respondí:

—Es que recordaba el día que pasé en el mercado de Spitafields con Shirley y Thomas. Encuentras tantas cosas interesantes... pero me chocó un poco lo temprano que cerraban. ¡A las cinco y media! —dije mirándole con cara de asustada—. Es una de las cosas que varían bastante de España a Inglaterra, y a la que, al principio no me acostumbraba. A lo mejor quería comprar algo que se me había olvidado, no me acordaba de los tempranos horarios de cierre, y cuando llegaba a las tiendas, ya estaban cerradas, ¡ji, ji, ji, ji!

Aidan reía y reía, y un poco enfadada le pregunté:

—¿Por qué te ríes?

—Porque me hace gracia las diferentes muecas que haces con el rostro a medida que hablas cuando estás emocionada, o concentrada en algo. Cuando trabajas también lo haces —respondió—. ¿Nunca te has dado cuenta? —me preguntó. A lo que yo le respondí:

—Evidentemente, no. No puedo verme a mí misma —dije muy segurísima, a lo que Aidan volvió a reír.

Comenzó a reducir la marcha del coche, y aparcó cerca de una fachada *muyyy*

blanca. Era un restaurante, llamado St. John, cuyas letras negras resaltaban sobre tanto color immaculado.

Entramos en el restaurante, donde el color blanco era una continuación de fachada y paredes interiores a excepción de las marrones sillas de madera y su suelo gris, pero incluso los manteles que caían sobre sus mesas eran de un blanco puro purísimo, y sus cubiertos brillaban relucientes.

Un simpático hombre con gafas redondas y negras, se acercó a nosotros alegremente (luego supe que era el dueño del restaurante), saludando efusivamente a Aidan, para a continuación de presentarnos, estrecharme a mí también la mano.

Evidentemente, ambos hombres se conocían. Nos llevó a una mesa en una zona tranquila del pequeño restaurante mientras hacía un gesto a uno de los camareros con un chasquido de dedos.

¡Y antes de que nos hubiésemos terminado de sentar, dicho camarero apareció con una botella de vino, mientras el curioso personaje y dueño del restaurante, ya había desaparecido excusándose! ¡Eso sí podía llamarse discreción!

Aidan me miró y rió, y no quise ni imaginar la cara de flipadísima que debía tener en ese momento.

Nos entregó también la carta para pedir lo que quisiéramos cenar, pero Aidan me aconsejó:

—Normalmente, suelo pedir entrante y primer plato, porque pido un único postre, pero si quieres... podemos elegir dos platos y dos postres, ¿y compartimos? —dijo brillándole los ojos.

—Porque supongo que por los postres que hay en la carta y tu gran interés, están de *mueeerrrtee*, ¿o me equivoco? —pregunté.

—No, no te equivocas. —Rió.

—Pues... me parece estupendo. Prefiero compartir también. Así podemos probar variado. —Sonreí guiñándole un ojo—. Pero elige tú, porque no sé qué puede estar más rico.

—¡Tooooo! —aseguró Aidan mordiéndose el labio. Y ambos nos echamos a reír.

Aidan me sugirió para que le pidiese al camarero... olla de ternera con remolacha en vinagre, y pato braseado con repollo rojo.

Pedí al camarero, y cuando este se marchó, Aidan me preguntó:

—¿Te gusta el restaurante?

—¡Me encanta! —respondí—. Y veo que ya has estado aquí antes.

—Sí. Me gusta venir aquí de vez en cuando, y sabía que te gustaría. He

observado que tus gustos y los míos son muy parecidos y eso me encanta.

—¿Por? —pregunté curiosa.

—Pues porque no había coincidido nunca con alguien que se pareciese tanto a mí... ¡y es un verdadero alivio! Porque por una vez, haciendo todo lo que me gusta y me apasiona, sé que la persona que está a mi lado no va a comenzar a “refunfuñar” por todo.

Cuando me confesó aquello, mi cara se volvió del color del tomate más rojo del universo.

—¿Te has ruborizado? —me preguntó Aidan.

—No, es que... yo tengo esa misma sensación desde que te conocí. De hecho, no suelo aceptar tantas invitaciones como tú me has hecho desde que nos conocimos, la verdad —me sinceré.

—Ni yo tampoco hago tantas invitaciones, pero contigo es diferente.

Aidan y yo nos miramos fijamente, pero la magia de esa mirada y la electricidad que sentí, se esfumaron en el preciso instante que el camarero hizo su aparición con los platos que habíamos pedido.

—¡Madre mía, cómo huele eso! —dije, haciéndome la boca agua...

Aidan rió y muy caballerosamente, me sirvió en mi plato.

—¿Y tú Aidan? ¿No estás con ninguna mujer ahora? —le pregunté.

—Sí —dijo muy seguro. Y todo mi gozo en un pozo—. Contigo —prosiguió.

—Qué tonto eres —le respondí tirándole la servilleta a la cara, a lo que comenzó a reír—. Sabes a lo que me refiero.

Su semblante se volvió serio y se hizo un silencio, pero después de tragar aquello que tenía en la boca, se limpió los labios con la servilleta y contestó:

—No. Desde mi segundo divorcio, no.

—¿Ninguna aventurilla? —le dije remoloneando.

—Nada.

Y le miré con cara sorprendida e incrédula.

—¡No me mires así!, ¡es la verdad!, ¡lo juro! —dijo, alzando su mano y colocándola en su corazón—. Puedo hacer el papel de seductor en las películas, y tener esa fama también en la vida real, pero no lo soy en absoluto. Me cuesta abrir mi corazón y me cuesta fiarme de las personas. No soy ningún picaflor si era eso lo que pensabas.

—Oohh no, solo... solo que al haber estado casado dos veces y como dices, tener esa fama, pensé que...

—¿Qué?, ¿que me acostaba con cualquier mujer que conocía de la noche a la mañana?

—Lo siento si te he molestado. Quizás no he sabido cómo enfocar la pregunta —me disculpé.

—No tienes que disculparte. Es lógico que, si no me conoces bien, tus únicas referencias sean aquello que puedes leer en las noticias, las revistas... e incluso ver en la televisión. Pero no te creas mucho todo lo que ves, porque así es el mundo de los actores. A veces se dice más de lo que realmente se hace. —Y acto seguido hizo una pequeña pausa—. Me casé joven la primera vez, supongo que estábamos enamorados de una manera más infantil. Yo comenzaba en este mundo y ella no supo llevarlo bien. Y terminó existiendo un vacío entre los dos. Chispa, comprensión, apoyo... o quizás solo una base que realmente no tuvimos desde un principio. A veces la juventud te hace idealizar y pensar que cuando estás enamorado, te encuentras por encima de todo, pero llega el momento de que te das cuenta de que no es así, y entonces todo se resquebraja.

—Aidan, si no quieres contármelo, no pasa nada. —Me sentí un poco avergonzada en ese momento por haber preguntado algo tan íntimo.

—No, no. No pasa nada. Al contrario, quiero que me conozcas más. Quiero que no haya muros entre nosotros —y prosiguió—, y unos años después, conocí a mi segunda mujer, de la que pensé que al conocernos ya siendo yo un actor reconocido, sería más fácil todo. Ella era abogada, profesión un poco... más bien bastante, diferente a la mía, pero nos queríamos, y cuando su trabajo se lo permitía, me acompañaba a algunos rodajes o ensayos, hasta que... —hizo una pausa.

—Hasta que, ¿qué? —dije en un impulso.

—Hasta que una tarde después de finalizar un rodaje y dirigirme al hotel en el que iba a encontrarme con ella, no estaba sola.

Mi boca se abrió más de lo que las comisuras me permitían.

—Ese día fuimos juntos al rodaje, y un compañero suyo del bufete le telefoneó para avisarle de que tenía que quedar urgente con Lisa, ese era, bueno, es su nombre, porque habían surgido unos cambios importantes en un caso en el que estaban trabajando juntos. —Tomó un sorbo de su copa—. Así que se marchó antes al hotel. Yo pensaba que llegaría bastante tarde, por lo que le dije que, si finalizaban pronto y el sueño le vencía, que no se preocupase por mí y que no me esperase despierta.

Su mirada se ensombreció de repente.

—Pero los rodajes en exteriores se suspendieron por la fuerte lluvia que comenzó a caer, y aunque estaban pendientes unas tomas en una cafetería, el

director tomó la decisión de continuar el rodaje a la mañana siguiente, así que regresé al hotel. Cuando abrí la puerta de la habitación, escuché el agua de la ducha cayendo, así que me dirigí al cuarto de baño quitándome la camisa para darme una ducha con Lisa. Pero cuando entré en el baño, fui yo el que se llevó la sorpresa. Lisa estaba duchándose, sí, pero no sola, sino con su compañero de caso en el bufete. Y este no le frotaba la espalda precisamente —dijo con una sonrisa irónica.

Yo había dejado de comer. No podía probar bocado mientras me relataba lo sucedido. Qué fuerte me parecía.

—Y... ¿y qué pasó? —pregunté asustada.

Aidan rió al ver mi cara de espanto y continuó:

—No corrieron ríos de sangre ni nada por el estilo. Se sorprendieron al verme aparecer, y salieron asustados y apresurados de la ducha. Yo les esperé fuera en el salón de la suite a que se vistieran. Él se marchó, sin ni siquiera tener la decencia de disculparse y sin atreverse a mirarme a la cara, y Lisa sin embargo, me pidió perdón de todas las formas posibles habidas y por haber, pero aguanté sus explicaciones con sangre fría, una sangre fría que ni siquiera pensaba que podía tener. Cuando terminó su discurso, le dije que se marchara de la habitación, del hotel y de mi vida, y que por supuesto, por la mañana, tendría noticias de mi abogado y de los papeles del divorcio que tendría que firmar. Evidentemente, le advertí que no se negara a nada en las condiciones que se plasmaran en el acuerdo de divorcio, ya que ella llevaría las de perder.

—¿Y? —volví a preguntar.

—Esa habitación se desocupó. Lisa se marchó y yo abandoné también aquel hotel. A la mañana siguiente, los papeles del divorcio ya estaban redactados y listos para que Lisa los firmara. Intentó ponerse en contacto conmigo para disculparse de nuevo, pero no le sirvió de nada. Acordamos que no habría escándalo por parte de ninguno de los dos, y hasta hoy. De eso hace ya cuatro años.

—¿La sigues queriendo?

—No. Tengo buenos recuerdos de nuestra época feliz, pero nada más. Es más, no le guardo rencor —dijo indiferente—. En estos años, me han relacionado con varias mujeres, pero más de la mitad han sido invenciones o mujeres que han querido sacar algún provecho. Creo que de las ocho o nueve féminas con las que se me ha relacionado, solo con dos de ellas, he tenido algo que ver, pero nada serio. Conocernos, tomar algo, quedar alguna vez... pero nada más.

—¿Cómo tú y yo, ahora? —le dije sin poder resistirme.

Aidan me miró apesadumbrado.

—No, no, no. Por favor, no pienses eso. Ya te he dicho que todo es diferente contigo.

—No puedo saber eso ahora mismo, Aidan. No soy tan confiada como crees o pueda parecer —le contesté un poco dolida.

—No tienes que creerme si no quieres. Te entiendo. Pero con el tiempo te lo demostraré, no tengo prisas —dijo misterioso.

En aquel preciso instante, el camarero nos trajo las cartas de los postres. Y lo preferí así, porque la situación se estaba volviendo tensa. Podía darle a Aidan la oportunidad de conocernos, pero no le daría la oportunidad de hacerme daño.

—Los postres los elijo yo —dije firmemente.

—¡Perfecto! ¡Sin objeción alguna! —dijo Aidan sin parar de reír y alzando los brazos como si se rindiera.

—Mmmmm, a ver, a ver... —Y con el ceño fruncido y la punta de la lengua sobre mi labio superior, elegí dos postres para compartir con Aidan: Chocolate terrine y cremé fraiche, y el otro, pear y pistacho Pavlova. Es decir, tarrina de chocolate y crema fresca, y tarta Pavlova de pera y pistacho. ¡Ufff!, cuando el camarero nos sirvió aquellos dos postres, los ojos se me querían salir de las orbitas. ¡Pintaza, madre mía!

—¡Ohhhh, da pena comérselos! —le aseguré a Aidan haciendo un gesto de dolor.

—¡Ja, ja, ja, ja! La verdad es que has sabido elegir estupendamente, Cris —afirmó Aidan.

Y a pequeñas cucharadas de placer, aquellos maravillosos postres desaparecieron de los platos y endulzaron las dolorosas palabras de Aidan recordando su pasado amoroso.

—¡Y ahora soy yo la que quiere llevarte a un lugar! —dije en un pequeño grito, nerviosa—. Bueno, en realidad, yo te digo cómo se llama y tú nos llevas, porque tú eres el que conduce, ji, ji, ji. ¡Pero te invito yo!

—Pero... —comenzó a decir Aidan.

—¡Ni peros ni nada, te invito YO!

—Está bien. ¡Cómo te pones! ¡Como para decirte que no, ja, ja, ja, ja!

Aidan pagó la cuenta mientras le decía el nombre de la taberna en la que quería invitarle a alguna cerveza: Jerusalem Tavern. Una taberna de afamado renombre en la ciudad, en el barrio de Clerkenwell en la que se degustaban diversos tipos de cerveza, a cada cual mejor.

—Mmmm, buen sitio. Me encantan sus cervezas —me comentó Aidan.

—¡Me alegro entonces que coincidamos de nuevo en gustos! —afirmé.

Cuando salimos del restaurante, nos dimos cuenta de que estaba lloviendo con intensidad. Claro, en la mesa donde habíamos cenado, apenas se veía el exterior y no nos habíamos percatado de aquello. Salimos corriendo hacia el coche donde Aidan esperaba para abrirme la puerta, cuando de repente, no sé cómo, me resbalé y... ¡Ploff! En el suelo me vi.

Aidan salió corriendo hasta donde yo me encontraba y de donde intentaba levantarme, pero... ¡mierda, no podía!

—¡Cris, Cris!, ¡por dios!, ¿estás bien? —me preguntó preocupado Aidan al verme en el suelo.

—Cre... creo que sí —dije.

Pero cuando Aidan me levantó del suelo e intenté apoyar el pie en él... ¡no pude!

—Ouhhh, ¡mierda! —me quejé.

—¿Te duele el pie? —preguntó insistente Aidan.

—Sí, no puedo apoyarlo en el suelo.

Aidan miró mi tobillo izquierdo, el cual, estaba hinchándose rápidamente.

—Sabes que te voy a llevar al servicio de urgencias del hospital más cercano para que te examinen ese tobillo, ¿verdad? —dijo amenazante.

—No, no, no. No hace falta Aidan, de verdad. Llévame a la residencia. Quizás descansando y reposando el tobillo toda la noche se pasará.

—Ah, no —dijo Aidan con tono de cabezonería—. No creas que voy a dejarte así como así en la residencia. Primero vamos a ir a urgencias, y me da igual lo que me digas.

—Está bieeeeeen —dije. Aidan no se iba a quedar tranquilo y la verdad es que me dolía bastante como para llevarle la contraria.

Poco a poco y con suavidad, Aidan me ayudó a entrar en el coche y rápidamente puso rumbo al servicio de urgencias del hospital más cercano.

Nos atendieron enseguida y en el área de traumatología me realizaron una radiografía del tobillo. Resultado: un esguince bastante fuerte.

Bueno, ¡por lo menos no estaba roto!, así que respiré tranquila. Aidan seguía preocupado a pesar de todo e intenté tranquilizarlo.

—No pasa nada Aidan, de verdad. Tres semanas de recuperación, reposo, antiinflamatorios... y, ¡listo! —le dije.

—Sí, pero... ¿y tu trabajo? Todo por mi culpa. ¡Y ahora estarás sola en la residencia, sin poder moverte! ¿Y quién va a cuidar de ti? —preguntaba, y

preguntaba, y preguntaba...

—Aidan... en el trabajo tendré que solicitar la baja, no me queda más remedio. Estaré en la residencia, reposando, pero Shirley está conmigo, en la misma habitación. ¡Y sé cuidar de mí misma! ¡Hace mucho tiempo ya! Y no ha sido culpa tuya. ¡Podría haberle pasado a cualquiera! El suelo estaba muy resbaladizo...

—No, no, no. Insisto. ¡Ya sé qué vamos a hacer! —exclamó Aidan, con un enorme brillo en la cara.

¡Ay, madre! Miedo me daba qué podía haber maquinado en aquella cabecita.

—Tengo una casa de campo en los Cotswolds. Una villa. Los días que no tenga función, puedo cuidar de ti y estar todo el día a tu lado, y el tiempo que tenga función, pueden hacerlo Candance y su marido. Son un matrimonio encantador, que trabaja para mí en la villa, y viven allí también. Se encargan de todo su mantenimiento, y para mí son también mi familia —dijo convencido.

—¡Estás loco! De verdad, Aidan, puedo apañármelas sola en la residencia. Y ya te he dicho que está Shirley también.

—¿Y cuándo Shirley no esté? —siguió Aidan con su cabezonería—. No, vendrás conmigo a la villa. Por favor. Me sentiré más tranquilo si aceptas mi ofrecimiento.

—Está bien. Pero con una condición.

—Dime.

—Si en unos días, no me encuentro a gusto, o noto que soy un incordio en la villa, regresaré a la residencia —le dije convencida a Aidan.

—Muy bien. Me parece correcto.

Y dicho esto, y con la pierna semiescayolada y algunos medicamentos recetados, nos dirigimos a la residencia a buscar mis ropas y efectos personales.

CAPÍTULO 7

Y ahí estaba Cris Ballester. Sentada en el asiento de atrás del súper coche de Aidan Bradley, con mi pierna semiescayolada sobre el asiento.

Shirley me ayudó a preparar mi maleta para la temporadita que pasaría en la campiña inglesa. Ella y Thomas me habían jurado y perjurado que cuando Thomas tuviese día libre vendrían a verme y pasar conmigo el día, a pesar de que la casa de campo de Aidan se encontraba en los montes Cotswolds, a unas dos horas de Londres.

Me sentía nerviosa pero también segura con Aidan. Era una locura que después del poco tiempo que nos conocíamos, fuese a pasar el tiempo de reposo en su casa de campo, pero cuando estaba a su lado me sentía bien, inmensamente bien y con la extraña sensación de conocerle de toda la vida.

Estaba feliz, pero no podía evitar sentirme un poco apenada porque Aidan se sentía culpable de mi caída, y así me lo demostró preocupándose en preguntarme, ¡cada cinco minutos!, si me encontraba bien, si me dolía, si me mareaba... pero era imposible que con todas las medicinas que había tenido que tomar, ¡me doliese algo!

Además, los paisajes que podía ver a través de las ventanillas del coche, eran tan maravillosamente preciosos y hechizantes, que fui todo el viaje ensimismada. Esos campos tan verdes y mojados por la llovizna, acompañada de una leve bruma, y una brisa, que, aunque suave, era culpable de que hojas marrones cayeran de los árboles... me hacían sentir que me adentraba en un cuento.

Habíamos pasado ya la hora y media de camino, cuando ese enorme campo abierto, comenzó a estar cercado por vallas de madera pintadas de un marrón oscuro.

Salimos de la carretera principal, para introducirnos en una ancha vereda con verdísimos setos a ambos lados que ocultaban la continuación de dichas

vallas. Al final de la vereda, un muro de piedra blanco se alzaba a cada lado, y en el centro de los dos muros, se elevaba una ancha y alta cancela de madera color caoba, y yo... cada vez, abría más la boca, como hipnotizada.

Aidan miró hacia atrás y dijo feliz:

—¡Ya hemos llegado!

Sacó un mando a distancia de la guantera del coche, apretó un botón y la cancela de madera comenzó a abrirse.

Estaba oscureciendo cuando llegamos a Rainbow Cottage. Curioso nombre el que quedaba plasmado a la entrada de la villa.

—¿Rainbow Cottage? —pregunté a Aidan.

—Cuando deje de llover, conocerás la explicación a su nombre —dijo sonriendo y con aire misterioso.

No dijo nada más, y ahí me dejó con la curiosidad como solía hacer. ¿Quién no sabía que después de llover, sale el arcoíris, para rodearlo de tanto misterio?

Pero cuando pude divisar la casa, el arcoíris, la lluvia y todo... se desvaneció de mis pensamientos, porque aquello era, en una sola palabra... ¡MÁGICO!

Antes de llegar a la casa, y a ambos lados del camino de grava y arena, se alzaban preciosos rosales de diferentes colores, a cuáles más hermosos.

Begonias, hortensias y campanillas de invierno, completaban los preciosos jardines que rodeaban la impresionante casa que teníamos delante. De dos plantas, con techos abuhardillados... fachadas de color verde por las enredaderas que las recorrían al completo, y cuya tonalidad variaba según la brisa que hacía girar sus hojas; grandes ventanales a través de los que se vislumbraban las luces ya encendidas de la casa, y que le daba un toque más mágico aún.

—¡Haaalaaa! —exclamé—. ¿E...es...ta es tu casa de campo? —le pregunté.

—Sí, esta es. —Asintió con la cabeza.

—¡Madre del amor hermoso! ¿Y cuándo aparecen los duendes? —dije asombrada.

Aidan comenzó a reír de buena gana, mientras detenía el coche frente a la blanca puerta de entrada de la casa, y después de haber dejado atrás una enorme y redonda fuente gris.

Una mujer rubia de unos cincuenta y cinco años, bajita, un poco rechoncha y

con una simpatiquísima y amable sonrisa en su rostro, apareció al abrirse aquella puerta. Acercó una silla de ruedas hacia el coche, de donde Aidan ya me estaba ayudando a salir.

—¿Silla de ruedas y todo? —pregunté asombrada.

—Alguien de por aquí ya se ha fastidiado alguna vez una pierna. ¡Ayyy!, si yo te contara... ¡ja, ja, ja, ja! —Rió Aidan—. ¡Y por algo te dije que aquí estarías muy bien cuidada y que no te faltaría de nada! —prosiguió.

Ya dentro en el vestíbulo, Aidan nos presentó. La simpática mujer se llamaba, como ya me había dicho anteriormente Aidan, Candance, y se hacía cargo de la casa de campo. De su cuidado, mantenimiento... y de tenerla a punto cada vez que Aidan decidía pasar temporadas allí.

Vivía en una pequeña casita anexa a la principal, y se encargaba también de cocinar, según Aidan, buenísima comida inglesa.

—Encantada, Candance —afirmé tímidamente estrechándole la mano. Había aprendido que en Inglaterra no eran muy dados a saludar con dos besos en las mejillas como teníamos por costumbre en España.

Candance estrechó la mía y respondió:

—Encantada, Cris. Me alegra por fin tener una mujer en la casa. Hacía muchísimo que una figura femenina no venía a esta casa, y, ¡ya era hora!

—¡Oh, pero yo...! —Me ruboricé.

Aidan rió, porque Candance había creído que él y yo éramos pareja, explicándole que nuestra relación era solo de amistad, y todo lo que había sucedido el último día que habíamos estado juntos. Pero... creo que Candance no se lo creyó del todo.

—Vamos, mientras Candance termina de preparar la cena, voy a enseñarte tu habitación, y al menos el primer piso de la casa, hasta que puedas subir las escaleras —dijo Aidan, mientras se hacía cargo de llevarme en la silla de ruedas.

Rainbow Cottage era hermosa y mágica, tanto por fuera como por dentro.

Nos encontrábamos en el vestíbulo, y frente a la misma puerta de entrada, se alzaba una ancha escalera de madera color cerezo que dividía en dos el primer piso. Del mismo color y material, el suelo; en contraste con las blancas paredes de las que colgaban estratégicamente cuadros en cristal de bellas flores.

Nos dirigimos hacia las habitaciones que se encontraban a la derecha de dicha escalera, adentrándonos primeramente en un enorme salón con el mismo suelo de madera color cerezo que el vestíbulo y dividido claramente en dos:

Una zona de estar, con una gran alfombra beige central sobre la que pisaba una ancha mesa de madera y unos amplios sofás de ante gris en tres de sus lados, rodeando dicha mesa donde, frente al sofá central, una acogedora chimenea en la que la leña ya chisporroteaba agradable en la estancia dentro de la inmensa y única pared de piedra gris del salón, ya que el resto de paredes eran del mismo color blanco que la alfombra y el vestíbulo, una de ellas con un enorme televisor de plasma negro con altos techos blancos y combinados con vigas de madera del mismo color que el suelo, y una segunda zona en el salón que era una especie de comedor, con una ancha y larga mesa de cristal transparente, sobre alfombra beige que combinaba con la alfombra de la zona de estar, y ocho macizas sillas de madera de cerezo tapizadas en piel color gris. Impresionante con sus enormes ventanales, perfumado y colorido con las numerosas velas y jarrones de flores naturales que adornaban por completo el salón. Y a la derecha de la chimenea, con un enorme ventanal solo para él, un piano. Precioso, negro, brillante y reluciente en aquella elegante y acogedora estancia.

—¿Tocas el piano? —le pregunté asombrada.

—Hace mucho que no —contestó Aidan, pero su rostro se ensombreció—. Sigamos.

La cocina fue la segunda estancia que visitamos. Sobria, enorme, de azulejos y muebles blancos de cristaleras, en las que resaltaban sus electrodomésticos color gris metalizado, y con una gran isleta central para cocinar mucho más cómodamente, e impregnada de los buenísimos olores que salían de los fogones encendidos por Candance.

El primer piso de la casa, se completaba con dos enormes dormitorios con sus aseos completos, otro aseo más, comunitario, y una especie de... despacho biblioteca.

Curiosa decoración la de esta última habitación, ya que en un lateral se hallaba una gran mesa de estudio, con una enorme pared trasera llena de libros, y en su parte central, tres sofás blancos, pegados a grandes ventanales, con una mesa baja central de cristal sobre alfombra gris, estando colocadas sobre dichos sofás y arriba de los ventanales, estanterías colgantes llenas de libros con escalera incluida. Y como en todas las estancias, sus techos altos, blancos, con vigas de madera, le otorgaban solemnidad, sobriedad y claridad natural.

—Es una pena que no puedas disfrutar tanto de esto —comenté.

—Eso pienso yo también muchas veces. Pero ¿sabes? Cuando me retire,

viviré aquí, en Rainbow Cottage. Compré, reformé y decoré todo esto no para pasar aquí el poco tiempo que desgraciadamente me permite el ser actor, sino porque en un futuro, y espero que no sea muy lejano, me mudaré aquí definitivamente y mi casa de Londres será la que pase a ser solo de fines de semana, o para vivir en ella cuando tenga que estar allí.

—Es una auténtica pasada, Aidan —afirmé.

—Sí, pero solo conoces una pequeña parte de Rainbow Cottage. Si mañana ha dejado de llover, te llevaré en la silla de ruedas a que conozcas el resto —dijo Aidan guiñándome el ojo—. Bueno, voy a mostrarte tu habitación antes de que Candance nos llame para cenar y se enfade porque no estemos listos —comentó haciendo muecas de miedo con su rostro, por lo que no pude evitar reírme.

—¿Hace mucho que trabaja Candance para ti? —le pregunté.

—Uff, muchísimo. Desde mi primer matrimonio. Además, fue algo curioso, porque ella en realidad trabajaba para Amber, mi primera mujer, pero cuando Amber y yo nos divorciamos, Candance prefirió seguir trabajando aquí en Rainbow Cottage. Nos separan diez años de diferencia, pero la considero como una auténtica madre, y a su hijo Andrew, como mi hermano pequeño.

—¿Candance tiene un hijo? —pregunté.

—Sí. Andrew tenía diez años cuando Candance comenzó a trabajar conmigo... hace dieciséis años ya —dijo calculando en voz alta—. Y hace dos, finalizó sus estudios de veterinaria.

—¿Y está casada? —pregunté curiosa, aunque antes de finalizar la pregunta, recordé que Aidan me había comentado que del mantenimiento de la villa se hacía cargo un matrimonio.

—Con un buenazo de hombre, Phil. Lo conocerás en la cena. Imagino que ahora mismo estará en los establos dando de comer a los caballos —afirmó Aidan.

—¿Caballos? —Mis ojos se abrieron enormemente—. ¿También tienes caballos?

—¿Te gustan? —preguntó.

—Me en-can-tan. Son mi pasión —dije colocando las manos sobre mi corazón.

—¿Sabes montar?

—¡Sííí! —Me revolví en la silla de ruedas enfadada.

Aidan comenzó a reír al ver mi rostro de niña enojada.

—No te preocupes. Lo harás. ¡Pero cuando estés bien del todo! —contestó

como si estuviese sermoneándome.

—Mañana si no llueve los conocerás —dijo con voz firme.

—¡Buaff! —Resoplé—. Esta noche con tantas emociones no duermo. —Y me quejé como una cría, hecho que hizo que Aidan riera otra vez mientras abría la puerta de una de las dos habitaciones que estaban más cerca del salón.

Mi cara de sorpresa y mi boca abierta hizo que Aidan se acercase a mi oído y me dijese:

—No hay moscas en la casa, pero si hubiese algunas, ya te las habrías tragado todas. —Tras lo que soltó una sonora carcajada.

—¡Es que esto es la leche! —exclamé cuando vi la habitación.

¡Parecía que el salón se había trasladado allí!

Blancas paredes, suelo de madera del mismo color que el salón, con una enorme cama King Size en el centro sobre una alfombra beige, y un pequeño sofá de ante gris en el lateral de la habitación cerca de un gran ventanal, con mantas de piel de borrego colocadas encima. Una elegante mesa de estudio con flores frescas, techos altos con vigas de madera, y frente a la cama... pared de piedra, ¡con una pequeña chimenea!

¡Si no hubiese sido por la pierna medio escayolada, me hubiese puesto a saltar allí mismo!

¿Y el cuarto de baño? ¡Aaghh! me arañaba la cara, de verdad. ¡Hasta con bañera de hidromasaje!

—¿Las has decorado tú? —le pregunté.

—Antes de ser actor, trabajé un tiempo como interiorista. Con ello pude pagarme los estudios de interpretación.

—Pues tienes un gusto exquisito, y más mérito que lo hayas decorado tú mismo, porque más personal e íntima haces que sea la casa.

—¡Exacto! Todo lo que ves, soy yo —dijo con una suave mirada.

Candance apareció por detrás para decirnos que la cena ya estaba lista.

Nos dirigimos hacia el salón, donde en el tiempo que Aidan había tardado en mostrarme el resto de la casa, Candance había preparado la mesa para cuatro personas.

En ese preciso instante, hacía su aparición en el salón, un hombre que por un momento me recordó al señor Davis, mi querido señor recepcionista de la residencia. Pelo escaso, canoso, de mediana estatura, vestido con pantalones vaqueros, camisa de cuadros con mangas remangadas, y botas altas de montar. Su expresión era también de ser un hombre simpático, aunque no tan cercano como Candance.

De repente, una voz chillona se escuchó desde la cocina, sobresaltándome.

—¡Phillip Shaw Winter! ¡Cuántas veces tengo que decirte que no entres en la casa con las botas de montar puestas! ¿No tienes las zapatillas detrás de la puerta de entrada? —refunfuñó Candance.

Aidan y yo nos miramos con una sonrisa entre dientes por aquel pequeño sermón al hombre.

—¡Ya voyyy...! ¡No me he dado cuenta! —dijo mientras volvía sobre sus pasos, y se calzaba las zapatillas de detrás de la puerta, dejando las botas de montar en el mismo sitio.

Ya tranquilos en el salón, Aidan nos presentó y el buen hombre estrechó mi mano con la suya:

—Encantado, señorita, y bienvenida —dijo sonriendo.

—Oh, por favor, llámeme Cris —le sugerí.

—Pues encantado, Cris —dijo con una gran sonrisa.

Candance apareció con parte de la cena, y Phil y Aidan se dirigieron a la cocina para ayudarla. La simpática mujer había cocinado roast beef acompañado de verduritas, puré de patatas, y salchichas en salsa como especie de aperitivo. ¡Buenísimo todo, uff!

La cena pasó conociéndonos, con risas, preguntas... fueron unos momentos verdaderamente mágicos, como una familia verdadera, sintiéndome agradablemente bien y maravillosamente acogida.

Phil había llevado los caballos a los establos cuando la lluvia había comenzado a caer, preparando los boxes para que estuviesen cómodos y listos para el frío de la noche, y dándoles también de comer. La alegría en su rostro cuando hablaba sobre ellos, mostraba que le encantaba su trabajo y que no le costaba para nada hacerlo.

Cuando Candance trajo a la mesa el postre, un... ¡delicioso pastel de manzana!, Aidan preguntó al matrimonio por su hijo Andrew:

—Pude hablar hace poco con Andrew en Londres, y me dijo que... ¿estaba ahora viviendo en la ciudad?— comentó Aidan.

—Así es —contestó Phil—. Ha estado trabajando un buen tiempo en una clínica veterinaria allí en Londres, por lo que comenzó a compartir piso con dos chicos más. Ahora realiza unos estudios de perfeccionamiento que le ha solicitado la clínica para seguir trabajando allí, y hacerle un contrato indefinido.

—Estupendo entonces, ¿no? —se alegró sinceramente Aidan—. Estaréis contentos. Es un buen chico, Andrew.

—Muy contentos, sí —contestó Candance—. Aunque no le vemos mucho por Rainbow Cottage —dijo con cierto aire de tristeza.

Aidan se levantó de su silla, y se sentó al lado de Candance, abrazándola.

—Ayyy, mi gran y estupendísima mami. Piensa que está bien, que es su futuro, y que debes estar orgullosísima de él y de tener un hijo así.

—Pasa aquí algunos fines de semana, pero claro, para mi mujer, Andrew seguirá siendo siempre su niño pequeño. Nunca crecerá —afirmó Phil, también con añoranza en el fondo, aunque no lo quería demostrar—. ¿Y tus padres, Cris? ¿Qué piensan de que estés trabajando aquí en Londres? —me preguntó.

—¡Phil! ¡No seas curioso! —le riñó Candance.

Aidan no dijo nada. Al contrario, por su expresión, la pregunta que Phil me había formulado era una pregunta que él también se la había hecho pero que no se había atrevido a preguntarme.

—No, no pasa nada, Candance. Pues... mi padre falleció hace algunos años, y con mi madre no tengo muy buena relación desde que él falleció —contesté.

—Oh, lo siento —dijo Phil con resignación, y Candance le dio un tortazo en la cabeza.

—Terminé también hace dos años mis estudios de psicología, y comencé a trabajar en una cafetería. Por desgracia, la cafetería tuvo que cerrar sus puertas, y eso es lo que me trajo hasta aquí —y proseguí—, allí en España, hacía ya cuatro años que vivía con una gran amiga, así que mi madre no creo que haya notado mucho que no estoy. Además, tengo dos hermanas más, Zaira y Laura, que siguen viviendo con ella, y tiene una pequeña tiendecita de accesorios y complementos de moda en la que trabaja mañana y tarde —dije.

Pero Candance por su mirada y sus gestos, no asimilaba esa situación, así que proseguí:

—Yo colaboraba con mi madre en la tienda cuando terminaba de estudiar. Yo misma creaba las pulseras, anillos, collares... pequeñas joyas que ella vendía, y su pensamiento e intención era que cuando yo terminase los estudios de psicología, iniciase estudios en orfebrería y en diseño para seguir con ella en la tienda. Mi camino no era ese. Mi pensamiento e idea futura, es abrir una consulta de psicología infantil allí en España. Y una tarde, amenazó con echarme de casa, y antes de que lo hiciera, hice mis maletas y me fui.

En el salón se hizo un incómodo silencio durante unos minutos. Pero Aidan rompió el silencio con otra pregunta:

—¿Y novio que te eche de menos? —preguntó curioso.

Ante esta pregunta, el matrimonio de Candance y Phil, rieron, pero con unas risas un poco misteriosas.

—Pues tampoco —dije contundente—. Tuve una historia durante unos años, pero aquello por mi parte terminó. Seguimos siendo buenos amigos, pero nada más. Cuando llegué a Londres, tuve que hacerme con un número de teléfono móvil inglés, y Alex, que así se llama, ni siquiera lo tiene. Él tiene su vida y yo la mía.

La pierna comenzó a dolerme fuertemente, y Aidan al notar la expresión de mi rostro, me preguntó si me encontraba bien.

—Sí, sí. Pero imagino que ha pasado ya el efecto de las medicinas, que ahora me duele bastante la pierna.

Aidan se levantó de su asiento, y se dirigió hacia mí.

—Pues ya es hora de que descanses y te tomes las medicinas. El viaje ha sido largo y no te he dejado descansar desde que hemos llegado.

—Pe... pero... —me quejé.

—Ni peros, ni nada.

Y así, me llevó a mi habitación. Abrí la maleta y saqué el pijama.

—¿Quieres que avise a Candance para que te ayude a desnudarte? —me preguntó.

—No, qué va, me he lastimado la pierna, nada más. No te preocupes, de verdad —aseguré.

—¿Seguro? —volvió a insistir.

—*Aiich* que síiiii. Segurísima —asentí.

—Está bien —contestó Aidan—. De todas formas, voy a dormir en el dormitorio de al lado y voy a dejar la puerta abierta. Si necesitas algo, grita, llámame y vendré enseguida, ¿ok?

—Ok —contesté.

De repente se acercó a mí, y me dio un tierno y cariñoso beso en la frente. Sentí cómo mi cuerpo temblaba cuando le sentí cerca de mí y no pude evitar preguntarme por qué.

—Buenas noches, Cris —dijo a continuación.

—Bu... buenas noches —respondí.

Se dio la vuelta y salió del dormitorio. Me desnudé y me coloqué el pijama. Me tomé las medicinas y seguidamente llamé a Shirley, ya que tenía varias llamadas perdidas de ella en el móvil.

A la pobre la tenía preocupada porque no la había llamado al llegar, pero sinceramente con tantas cosas, no me había acordado.

Conversamos un buen rato, pero comencé a sentir el efecto de las medicinas, y del relajante que me había tenido que tomar, y nos despedimos hasta el día siguiente.

Miré a mi alrededor, recordando todo lo sucedido, y poco a poco me quedé profundamente dormida.

CAPÍTULO 8

A la mañana siguiente de llegar a Rainbow Cottage, me despertó entre nubes aún de inconsciencia, un agradable y maravilloso olor entre mezclado de dulce y salado.

Mmmm, en el tiempo que llevaba en Londres, me había resultado inmensamente fácil acostumbrarme y adorar aquellos desayunos compuestos por jugosas tiras de bacon, esponjosos huevos revueltos, salchichas, dulces tortitas y pan recién tostado... y ese maravilloso zumo de naranja recién exprimido, acompañado de un espumoso café con crema de leche...

Abrí los ojos, y miré a mi alrededor. Por un momento, había olvidado por completo dónde estaba hasta que el dolor en la pierna al intentar moverla, me lo recordó todo.

Desvié mi mirada hacia el techo. No era un sueño, estaba allí. En la casa de campo de Aidan Bradley, y en aquel espectacular dormitorio.

Entre las medicinas y el cansancio, tenía la sensación de haberme dormido hacía cinco minutos. ¡La noche había pasado en un *plis plas!*

En ese instante, llamaron a la puerta de la habitación.

—¿Se puede dormilona? —Detrás de ella sonó la voz de Aidan.

—Sí claro, pasa —dije sentándome lentamente en la cama. Me imaginaba a mí misma, despeinada, acabada de despertar, con mi poco seductor pijama de franela de ositos... pero una de las cosas que recordaba de mi relación con Álex era que siempre me decía que estaba bellísima al despertar, y que el mejor momento para saber que una mujer era hermosa era ese mismo. Sin maquillaje, sin artificios de ninguna clase... solo con aquellos rasgos que le había dado la naturaleza.

La puerta se abrió y detrás de ella apareció Aidan. ¡Él sorprendentemente también estaba en pijama, un precioso pijama de pantalón azul oscuro y de chaqueta azul clara que le hacía entrever parte de su pecho! ¡Súper atractivo! Se acercó poco a poco a la cama y se sentó a mi lado.

—¿Cómo has pasado la noche? —me preguntó.

—La verdad es que ha pasado volando. ¡Ni me he dado cuenta! Supongo que

las medicinas y el cansancio pudieron conmigo —respondí.

—Eso es bueno. ¿Preparada para desayunar?

—¿Así? ¿En pijama?

—¡Claro! ¡Estás en tu casa! —afirmó Aidan.

—Pero... me gustaría ducharme.

—Y lo harás, igual que yo, ¡ja, ja, ja, ja! Pero el desayuno se enfría, y nos podemos duchar después de desayunar.

Aidan me ayudó a levantarme de la cama, y sentarme en la silla de ruedas, dirigiéndonos a la cocina donde Candance seguía atareada con los desayunos.

Pero lejos de desayunar en la cocina o en el salón, Aidan y yo salimos por una puerta que había en esta primera, para visualizar saliendo de ella, un hermoso porche techado y con suelo de terrazo, una coqueta mesa de madera de caoba y sillas de hierro forjado decorado; lista y preparada para desayunar... y un hermoso jardín lleno de preciosas plantas y coloridas flores, y desde donde se visualizaban las verdes e interminables colinas que formaban los Cotswolds.

Cerca del porche había una piscina de tamaño mediano, cubierta con una especie de tela azul, protegida para el desuso de la estación en la que nos encontrábamos.

—¡Esto es... maravilloso, Aidan!

—Es... la paz y la tranquilidad personificada —dijo.

—No. Es el paraíso —añadí sin poder apartar la vista ante el paisaje que tenía ante mí.

En ese instante, Candance salió de la cocina portando un plato en cada mano con bacon y tortitas, dirigiéndose hacia la mesa de madera.

—¡A desayunar, parejita! —dijo Candance mirándonos, ante lo que Aidan y yo nos reímos.

El desayuno transcurrió tranquilo conversando los cuatro de las tareas que Phil iba a llevar a cabo en las cuadras con los caballos. Y Aidan y yo acordamos con él en que después de darnos una buena ducha después de desayunar, visitaríamos a los caballos y así me los mostraría.

De repente, la lluvia que había seguido cayendo toda la noche convirtiéndose en llovizna cuando desayunábamos, cesó, dejando paso al canto de los pajarillos que se posaban en los árboles y vallas cercanas, y aquellos que saltaban entre flor y flor.

—Cris... —habló Aidan.

—¿Sí?

—¿Querías saber por qué la villa se llama Rainbow Cottage? Mira hacia allí —dijo indicándome con el dedo de su mano, la zona de las colinas que se veían tan perfectas desde el porche techado.

—¡Qué preciosidad! —exclamé.

Un hermoso y enorme arcoíris había hecho su aparición al cesar la lluvia, llenando a los árboles de la villa con su resplandor de diferentes colores. Y a medida que la tonalidad del arcoíris se iba volviendo más fuerte, el paisaje se convertía en un verdadero círculo cromático. Nunca había visto algo así...

Las risas de Aidan y del matrimonio hicieron que despertara del estado de hipnosis en el que me había sumergido contemplando aquel fenómeno.

—Debo tener una cara de tonta ahora mismo... —dije ruborizándome.

—No te preocupes. Siempre pasa la primera vez que lo ves —respondió Candance—. Y aun no siendo la primera vez, te lo aseguro. Yo misma después de tantos años, me quedo ensimismada observándolo cada vez que sale ese precioso arcoíris, porque no hay palabras para describirlo.

—Sinceramente, no las hay —dije afirmándolo.

Cuando terminamos de desayunar, le pedí prestado a Candance, *film* transparente de cocina, para poder cubrirme la pierna semiescayolada y poder bañarme tranquila sin mojarla. Al principio, se quedó perpleja al pedírselo, pero tras su cara de sorpresa, le expliqué para lo que lo necesitaba, y riendo, me contestó: “Buen truco”.

Después de un relajante y apetecible baño, me vestí cómoda para dar una vuelta con Aidan por la villa.

Y allí íbamos los dos, hacia las cuadras, mientras Aidan empujaba la silla de ruedas donde yo iba sentada... súper romántico... bohhh.

Las cuadras estaban situadas en uno de los laterales de la villa. Construidas alrededor de un patio con suelo de piedra gastada rectangular con una pequeña fuente en el centro, tenían capacidad para siete caballos, pero en ese momento, en los establos habitaban cuatro caballos con sus balas de heno y bolsas de pienso, preparadas delante de cada box de cada uno de ellos.

Phil había estado limpiando cada box, y cada rincón de los establos. Todo estaba impecable, y los caballos... ¡eran una auténtica maravilla!

Cuando nos escucharon llegar, los cuatro asomaron sus cabezas por los boxes y relincharon como si estuviesen saludándonos.

—¡Ninguno se parece! —exclamé.

—No —dijo riendo Aidan.

Y fue colocando la silla de ruedas delante de cada uno para mostrármelos y presentármelos.

Ibis era una yegua torda, con crines negras, que tenía ocho años.

Manchita, como su nombre indicaba, era un potro todavía de dos años, con manchas blancas y marrones, y crines blancas.

Furia era negro como el carbón, y al igual que Ibis, también tenía ocho años.

Y con el último caballo que me mostró, sentí algo especial.

—Este es Bohemio —dijo cuando llegamos a él, un caballo de cinco años color canela con crines negras... tenía un triángulo blanco entre sus ojos y su piel relucía especialmente.

Cuando Aidan me acercó a Bohemio, caballo y yo nos miramos, y él mismo acercó su rostro para que lo acariciara. Me encantó desde el primer instante.

—¿Te gustan? —preguntó Aidan.

—Me encantan —respondí.

—Cuando estés mejor, montaremos juntos —dijo, con brillo en los ojos.

Y en ese instante que había vuelto mi rostro hacia Aidan para responderle, Bohemio relinchó y comenzó a darme golpecitos con su hocico en la cabeza.

—Le has gustado. —Rió Aidan—. Y es raro que Bohemio conecte así con personas que no conoce. Incluso con algunas a las que conoce ya, tampoco.

—Creo que ha sido mutuo. Me gusta mucho él también. ¿Podré montarlo?

—¿A Bohemio? Claro. —Y de repente se dirigió al caballo y le preguntó—: ¿Tú qué opinas, Bohemio?

Y en ese instante, el caballo color canela con crines negras y piel reluciente, asintió moviendo su cabeza de arriba abajo, y nosotros no pudimos más que echarnos a reír.

—Vamos, te seguiré mostrando la villa.

—Pero... ¿aún hay más? —pregunté.

—Ahora verás. —Y dando la vuelta a la silla, salimos de las cuadras para dirigirnos a un camino de piedra, donde al final, a unos cien metros, había un pequeño lago artificial, con un también pequeño merendero de madera, cuyos bancos del mismo material miraban hacia su transparente agua, con una pequeña escalera de madera construida que daba hacia el camino, y varios escalones que salían de la zona del merendero dirigiéndose hacia el lago, para bajar y subir directamente hacia él si querías bañarte.

—Aidan, de verdad, yo pensaba que esto existía solo en las películas.

—Pues no, esta es real, muy real.

De repente, subió al merendero y de uno de los dos bancos, levantó su asiento sacando de su interior una enorme manta que extendió sobre el suelo. Acto seguido, bajó hacia donde yo estaba, y me cogió en brazos. ¡Eso se estaba convirtiendo en una costumbre! Pero me sentía encantada cada vez que lo hacía y me acurrucaba en ellos...

Con cuidado, subió las escaleras y me sentó suavemente sobre la manta. Y él, para mi sorpresa y nerviosismo, se tumbó posando su cabeza sobre mis piernas.

Y yo... yo no pude resistir la tentación de acariciar su pelo y su rostro al tenerle tan cerca.

Aidan cerró los ojos.

—¿En qué piensas? —pregunté.

—No pienso. Siento. Y siento maravillas y cosas inexplicables al estar aquí contigo.

—Yo también. —Pero ese yo también, ante el que se quedó un poco desconcertado, se lo dije en español para enfriar un poco el ambiente, porque de lo que tenía ganas en aquel instante era de besarle, besarle en esos labios tan tentadores que poseía.

—¿Qué has dicho?

Y reí.

—He dicho, yo también, pero en español. Dijiste que sería tu profesora de español, así que en algún momento habrá que empezar.

Hasta la hora de almorzar, pasamos la mañana intentando que Aidan aprendiera palabras y frases en español, a lo que yo me partía de risa por su pronunciación y él se mosqueaba por reírme cada vez que repetía mal alguna palabra...

Y así repetimos al día siguiente, convirtiendo aquel merendero con vistas al lago, en uno de nuestros rincones, donde Aidan y yo compartíamos risas, caricias, y tiernas miradas que me encandilaban cada vez más.

CAPÍTULO 9

Salí fuera al jardín a respirar un poco de aire fresco. Era sábado, y Aidan ya se había marchado hacia la ciudad para representar la obra de teatro.

Me aburría enormemente las horas que él no estaba allí, y el haber pasado distraída todo el día anterior con Thomas y Shirley, y parte del mismo también con Aidan, hacía que me aburriese aún más. A eso tenía que añadirle el *enooooorme* sueño que me invadía, porque Aidan había decidido, en contra de mi voluntad, ir y venir desde Londres a Rainbow Cottage cada vez que había función. Algo que me preocupaba, y a lo que ya le había pedido por favor que no hiciera, pero como muy señor cabezota que era, no había hecho caso a mi negativa.

Así que hasta que no escuchaba sus pasos en la casa y entrar en su habitación, no me dormía.

Me había acostumbrado tanto, y en tan poco tiempo, a estar con él, que se me hacía un mundo no tenerlo en la villa, y eso no era nada bueno. Parecía que llevábamos toda una vida juntos, y debía reconocirme a mí misma que me había enamorado de él, y para colmo, los sueños eróticos que tenía desde que habíamos llegado a Rainbow Cottage, y en los que el protagonista total masculino era Aidan... no mejoraba la situación. ¡Y qué sueños, por favor!

Al mirar hacia mi derecha, a unos cuantos metros, vi una silueta conversando con Candance que me resultó muy familiar. ¡Era el joven que había visto hablando con Aidan la noche del estreno de la obra! No quería acertar en lo que estaba pasando por mi mente.

La rubia mujer que se percató de mi presencia, me saludó a lo lejos, y le dijo algo a aquel joven iniciando instantáneamente su camino hacia donde yo me encontraba.

—¡Buenos días, Cris! —saludó alegremente el encanto de mujer que era Candance.

—Buenas Candance, ¿qué tal? —contesté.

—Quería presentarte a alguien. Este es Andrew, mi hijo —dijo orgullosa—. Andrew, ella es Cris, amiga de Aidan.

—Encantado —habló Andrew alargando su mano para estrecharla con la mía.

—Igualmente —respondí haciendo lo propio...

Se veía un joven agradable, pero, aun así, cuando estreché mi mano, las vibraciones que me transmitió no fueron buenas, y era lo que me extrañaba de mí misma, que no me solía llevar por las primeras impresiones.

Rubio, de ojos verdes preciosos, era físicamente muy parecido a su madre. Poseía una sonrisa picarona, y no podía negar que era muy atractivo.

—No esperaba una compañía así en el fin de semana —comentó picarón.

«Bien empezamos», pensé para mí.

—¿Qué te ha pasado en la pierna? —preguntó curioso.

—Un esguince de tobillo. Pero espero que pronto me haya recuperado —aseguré.

—¿No te gusta Rainbow Cottage? —dijo sorprendido.

—¡Claro que me gusta! Es más, me encanta, pero no quiero tardar mucho tiempo en volver a mi trabajo en Londres.

Candance de repente habló:

—Bueno, pues como yo aún tengo muchas cosas que hacer, dejo juntos a la juventud —dijo feliz—. Andrew, cuídala...

Buuufff, como si fuera una cría que no pudiese cuidarse sola.

—No te preocupes mamá, lo haré. Hay que cuidar bien a las amigas de Aidan —dijo sonriéndome—. *Vaamosss...* —Y acto seguido, empujó la silla de ruedas hacia el caminito que llevaba al lago.

En ese instante, me juré a mí misma, que el lunes comenzaría ya a utilizar las muletas y valerme por mí misma.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Andrew.

—Sí, claro —respondí.

—Parece como si por tu reacción, ya me conocieras...

—No personalmente, pero sí te vi hablando con Aidan la noche de estreno de la función de teatro, en la taberna donde se celebró la fiesta posterior —le especificué.

—¿Ves? Mi instinto no me falla —afirmó muy seguro de sí mismo.

El resto del día, lo pasamos juntos dando pequeños paseos por la villa, ya que no quise estar mucho tiempo en el lago con él. Ese lugar era de Aidan y mío, y me sentía incómoda estando allí con Andrew. Terminamos la ruta en los establos, porque Andrew debía revisar los caballos.

Su trato con ellos era maravilloso. Los trataba con sumo cuidado... les dedicaba a cada momento palabras cariñosas... sonrisas y caricias que los caballos agradecían mostrando tranquilidad y yendo detrás de él cuando se separaba de ellos, excepto... Bohemio. Este no se separaba de mi lado, y parecía como si mirase de reojo a Andrew.

—Has tenido suerte de caerle bien —dijo Andrew percatándose de la simpatía que el caballo y yo teníamos el uno por el otro.

—*Síiii*. Algo me comentó Aidan sobre Bohemio y esa particularidad suya. — Sonreí—. Me enamoré de él desde que lo vi por primera vez —le confesé acariciando el rostro de Bohemio y dándole trozos de zanahoria.

—Nunca he conseguido montarlo —dijo Andrew.

—¿Nooooo? —dije sorprendida.

—No. No soy de su agrado. Cada vez que he intentado montarlo, me ha tirado al suelo, así que llegó un día en el que decidí no hacerlo más.

Acerqué mis labios al oído de Bohemio y bajito le susurré:

—Creo que tú y yo tenemos otra cosa en común. Yo también le habría tirado.

Y Bohemio relinchó pareciendo reír y entender las palabras que le había susurrado...

Andrew me habló sobre su trabajo como veterinario, su vida en Londres, lo mucho que echaba de menos a sus padres, pero sobre todo... a su madre. Me aseguró y prometió que pasaría más tiempo en la villa, y que cuando yo estuviese bien, montaríamos juntos a caballo.

¿Perdona? La verdad que se veía buena persona, educado, atento, cariñoso... pero... por favor, ¡que nos conociáramos de una mañana y una tarde y ya estaba incluyéndome en sus planes! En Inglaterra ya me había dado cuenta que el frío era solo el tiempo, ji, ji, ji...

De regreso a la casa, inesperadamente, el coche de Aidan aparcaba en el jardín.

—¡Aidan! —exclamé sonriendo. Y me dirigí sin la ayuda de Andrew hacia donde se encontraba él.

Andrew me observó, y creí notar cierto gesto de molestia en su rostro.

—¡Sorpresa! —dijo saludándome y besándome en la mejilla.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Pues... que la función se ha suspendido hasta nuevo aviso. Algunos de los actores han contraído un virus estomacal y no pueden actuar. Así es el teatro y sus contrariedades —explicó elevando sus hombros.

—Hola Aidan. —Escuché la voz de Andrew detrás de mí...

—¡Andrew! ¡Menos mal que viniste! —dijo alegre agarrando de los hombros al joven...

¿Menos mal que viniste? ¿Me estoy perdiendo algo?, pensé confundida.

—Imagino que tu madre se habrá alegrado mucho al verte —prosiguió Aidan—. No puedes tenerla tanto tiempo abandonada, Andrew.

—Y yo también me alegro mucho de haber venido —dijo Andrew con halo misterioso—, y con grata sorpresa encontrar aquí amigas como Cris.

—Andrew... —Aidan parecía solo con la forma que dijo su nombre, recriminar un poco al joven.

Y yo les interrumpí:

—Bueno, imagino que tendréis muchas cosas de las que hablar, así que yo voy a darme un buen baño y a descansar un rato a mi habitación —dije un poco molesta. Y me fui.

Los dos hombres me miraron y se despidieron hasta la hora de cenar.

Ya en el dormitorio, preparé el baño como todos los días con agua súper calentita y llena de espuma. Me coloqué alrededor de la pierna medio escayolada, el *film* transparente de cocina que Candance me había dado el primer día, y procedí a entrar poco a poco en el baño, para una vez sentada, colocar la pierna sobre el filo del mismo.

Aaahhhh... qué placer. Pero ni aún ese momento tan placentero había conseguido alejar mi enfado con Andrew.

¿Pero qué se había creído el muy imbécil? Si él estaba acostumbrado a tratar así a las mujeres, conmigo lo llevaba bastante crudo, porque esa actitud prepotente en los hombres era lo que yo más odiaba.

Y ahora entendía todo. Andrew estaba allí porque Aidan le había pedido que pasara un poco más de tiempo con sus padres y sobre todo con Candance, que lo echaba tanto de menos. Y quizás, había sido esa la conversación mantenida por ambos aquella noche que les vi juntos en la taberna.

Candance y Andrew podían ser madre e hijo, parecerse enormemente físicamente, pero sinceramente, el carácter y personalidad de Andrew dejaba mucho que desear, y no podía compararse en nada el amor y ternura que desprendía su madre, ni la educación y el respeto de su padre.

En el mismo momento que me dirigía a la habitación, decidí comenzar a utilizar las muletas con cuidado y poder ir yo sola donde me apeteciera en la villa, así que las saqué del armario y las coloqué encima del sofá cercano a la chimenea.

Después de un buen rato en el baño en el que había puesto a funcionar el

hidromasaje, salí de él con cuidado, sentándome en el borde para quitarme el *film* de la pierna. Rodeé mi cuerpo con una toalla y con cuidado me dispuse a abandonar el cuarto de baño para vestirme.

Pero al abrir la puerta... ¡por poco me da un infarto! ¡Allí estaba Andrew, sentado en el sofá, jugando con las muletas!

—¿Qué haces aquí, Andrew? —le pregunté enfadada—. ¿No te han enseñado a respetar las habitaciones de los demás?

—Me preocupé cuando te fuiste molesta —dijo con desdén. ¿Tendrá cara encima?

—Podrías haber esperado a la cena para preguntarme —contesté aún más enfadada.

Pero en ese mismo instante, la puerta del dormitorio se abrió y apareció Aidan. ¿Qué les pasaba a todos? ¿Dónde había quedado el sentido del significado de la palabra intimidad?

—Cris, quería... —Pero en ese momento, al abrir la puerta por completo, nos vio a Andrew y a mí con la toalla puesta, de pie cerca de él. Nos miró con una extraña expresión, volvió tras sus pasos, cerró la puerta de un portazo y, ¡se fue!

«¡Mierda, mierda, mierda!», pensé.

—¡Uuppss! —exclamó Andrew.

—¿Uuppss qué Andrew? ¡Dame las malditas muletas! ¡Voy a buscar a Aidan!
—Me dirigí hacia él tan rápido y tan enfadada que casi me caigo.

—¿Tanto te importa lo que piense Aidan? —dijo molesto.

—¡Lo que me importe o no, a ti no te incumbe! —grité arrebatándole las muletas con malas formas. Me aseguré la toalla mejor al cuerpo y me dispuse a salir del dormitorio, pero antes, me volví hacia él—: ¡Y cuando vuelva a la habitación, no te quiero aquí! ¡Y que sea la última vez que entras porque a ti te haya dado la gana! ¿Entendido? ¡Porque la próxima vez puede ser que no tenga solo palabras contigo!

Y antes de que Andrew pudiese contestar algo, me fui a buscar a Aidan al que encontré bebiendo un whisky en la biblioteca.

—¿Aidan? —pregunté.

Aidan me miró y dijo:

—Vas a coger frío. —Y como si nada, bebió un sorbo de su vaso—. Será mejor que te vistas para la cena.

Permanecía hierático, mirando a través de uno de los ventanales de la biblioteca.

—Está bien. Te veré en la cena. —Y me di media vuelta. No entendía nada del comportamiento de ninguno de los dos. El comportamiento de Andrew me había enfadado muchísimo, y el de Aidan, me había dolido. Sí, dolido. Parecía como si no le importase haber visto a Andrew allí y ni siquiera quiso saber, no me preguntó: ¡NADA!

Regresé a mi dormitorio, en el que, ¡menos mal! Andrew ya no estaba, porque si hubiese seguido allí, ¡le habría arriado con las muletas! Era muy pacífica, pero podía sacar mi mal carácter cuando hiciese falta. De todas formas, cerré la puerta con el pestillo, me dirigí a la cama y me tumbé boca arriba.

Volví la cara hacia la chimenea que brillaba con sus amarillas y rojizas llamas y por un momento, su chisporroteo hipnotizador hizo que no pensara en nada.

De repente, el día que iba a presentarse aburrido, se había vuelto de lo más extraño y agitado.

Las ganas de cenar se me habían pasado por completo, y encima pensar que tanto Andrew como Aidan iban a estar en la mesa, hacía que solo tuviese ganas de quedarme en mi dormitorio, leyendo un buen libro, y escuchando música mientras me calentaba con la lumbre de la chimenea.

Pero tenía que estar allí en la mesa. Aunque no fuese por ellos, sí debía hacerlo por Candance y Phil, así que... me vestí informalmente, y con las muletas me dirigí hacia el salón donde ya todos estaban esperándome.

—¡Con muletas ya! Cris... ¿no es muy pronto? —preguntó la rubia mujer, preocupada.

—No, no, no —dije—. Me hacía falta utilizarlas ya, Candance —afirmé.

La cena transcurrió tensa y casi en silencio. Escasas conversaciones sobre las tareas diarias realizadas, y sobre cuánto tiempo se quedaría Andrew allí.

Afortunadamente, volvía a Londres a la tarde siguiente, y desafortunadamente para mí, aunque me alegraba por Phil y Candance, Andrew amenazaba con repetir su estancia en Rainbow Cottage, más a menudo.

Aidan mantenía su postura hierática, dando la impresión de no estar en el salón. Andrew solo hablaba de él, bla, bla, bla, bla, bla... y yo, me sentía enfadada con uno y entristecida con otro, y solo con inmensas ganas de marcharme a la cama.

Y más ganas aún, cuando comenzó a llover fuertemente con unos truenos y relámpagos que desde que habíamos llegado a la villa, ni había visto ni escuchado. ¡Madre mía! ¡Qué estruendo y qué iluminación natural!

Terminado el postre, me disculpé en la mesa ante todos, alegando que quería

descansar después de aquellos dos últimos días más ajetreados. Aidan se levantó, y sorprendentemente dijo:

—Te acompaño. No te manejas bien aún con las muletas.

—No hace falta Aidan, de verdad —contesté.

—Insisto —dijo con rotundidad.

—Está bien, como quieras. Pero acompáñame antes a la biblioteca. Quiero buscar un buen libro para leer un rato antes de dormir.

Nos dirigimos a la nombrada habitación, y Aidan me aconsejó varios libros de buena literatura inglesa, con ilustraciones y encuadernaciones que eran verdaderas obras de arte. Ensimismada me encontraba en ellos cuando Aidan por un instante habló:

—Siento haberos interrumpido antes a Andrew y a ti.

Le observé, dudando por un segundo si responderle o no, pero finalmente me decidí a hacerlo.

—¡Es lo que intenté explicarte! ¡No interrumpiste nada! Estaba dándome un baño y cuando salí, allí se encontraba él sentado —le expliqué.

—¿Que hizo qué? —preguntó Aidan comenzando a enfadarse.

—Pues eso. Que estaba allí cuando salí del baño. Y no tuve tiempo de decirle que se marchara cuando apareciste tú.

—¡Andrew me va a escuchar ahora mismo! —dijo Aidan alterado dirigiéndose hacia la puerta.

Pero lo detuve antes de que llegara a salir de la biblioteca.

—¡No Aidan, por favor! —grité—. Ya le advertí que no volviese a hacerlo. No quiero que tengáis problemas por mi culpa, de verdad.

—No es tu culpa, Cris. Andrew no debe tomar una confianza que no se le da —dijo, e hizo una pausa—. Es un buen chico, pero sé cómo se comporta con las mujeres. Piensa que una vez lo conocen, todas van detrás de él aunque no sea así el caso, y contigo, no voy a permitir que sea así.

—Ya soy mayorcita, Aidan, y ya hablé con él cuando te fuiste. Y si hace caso omiso, yo también sé sacar mi mal carácter —contesté con el ceño fruncido.

Aidan sonrió y me abrazó.

CAPÍTULO 10

Pasaron las dos semanas obligatorias de llevar la semiescayola, y a pesar de tener bien el tobillo, el médico de Londres que me había revisado me aconsejó al trabajar en la taberna, estar dos semanas más descansando y realizando ejercicios de movilidad con él.

Así que, después de la consulta, y de tomar un largo café con Shirley, Thomas y Aidan, regresamos a Rainbow Cottage.

Fue delicioso en esas semanas, poder pasear por la villa, aunque despacio y con cuidado, ya sin muletas. Y fantástico a su vez, ayudar a Phil y a Andrew con los caballos. Bañarlos, cepillarlos, darles de comer... y cómo no, pasear montada sobre Bohemio.

Aidan montó a Furia cuando yo monté por primera vez a Bohemio, para pasear los dos juntos por las colinas de Rainbow Cottage. La experiencia fue maravillosa, repitiendo los paseos a diario, y lo que más me encantaba... cuando Aidan me ayudaba a bajar de Bohemio, y nuestros rostros y cuerpos se rozaban, para dirigirnos luego hacia la casa, cogidos de la mano.

Los días que Aidan no volvía hasta la noche, Andrew intentaba que él y yo hiciéramos lo mismo. Pero yo me excusaba con cualquier cosa para no montar con él, o pasear por Rainbow Cottage, o incluso acercarme con él al pueblo a por víveres para la villa.

Una noche, me encontraba observando a través de los ventanales de la biblioteca, tomando un sorbo de chocolate caliente, cómo las estrellas y la luna brillaban en lo más alto del firmamento. La lluvia que había caído durante todo el día, había cesado, dejando una impresionante calma y un cielo totalmente despejado.

Aquellos paisajes tan ingleses, aquella naturaleza tan bella, me atraían como si mi vida estuviese allí, como si en realidad todo mi ser hubiese estado incompleto, necesitando, anhelando, una plenitud que solo había conseguido al

llegar al Reino Unido.

—Esto es maravilloso, ¿verdad?

Me volví sobresaltada y vi detrás de mí a Andrew.

—Sí, lo es. Toda Inglaterra para mí lo es.

—¿Te sientes inglesa?

—Extrañamente, sí —le contesté.

—Me agradecería que te quedaras, para siempre.

Noté que se había acercado a mi espalda y di unos pasos hacia delante.

—No entiendo por qué razón —le dije cortante.

—Vamos, merezco al menos una oportunidad —prosiguió Andrew.

—Una oportunidad, ¿para qué?

—Me gustas mucho, Cris —dijo en voz baja.

—Andrew, pareces buen hombre, pero aparte de eso, creo que no te he dado razón alguna para esperanzarte, todo lo contrario.

—Lo sé, pero...

Dicho esto, se acercó a mi cuello e intentó besarme. Lo aparté bruscamente, pero en ese momento, Andrew y yo nos quedamos perplejos cuando vimos aparecer a un enfurecido Aidan.

No sé cómo, arrastró a Andrew por la chaqueta apartándolo de mí.

—¡Maldito hijo de puta! Te advertí que la dejases en paz —gritó Aidan.

Andrew intentó quitárselo de encima y a pesar de golpearle, Aidan lo empujó hasta dejarlo contra la pared.

—¡Aidan! ¡Suéltale! ¡No ha hecho nada malo! —le grité.

—He estado el tiempo suficiente como para entender el gran interés de Andrew de visitar tan seguido Rainbow Cottage, y no era por tu madre Candance, como tú y yo acordamos, ¿verdad, Andrew? —gritó Aidan con los ojos desencajados—. Vete, y no vuelvas en un tiempo por aquí —dijo soltando a Andrew del jersey.

El hombre se marchó rápidamente para seguidamente, Aidan acercarse a mí y abrazarme fuertemente.

—Ven aquí, no tengas miedo. ¿Estás asustada?

—No, no. Sorprendida. Nunca te había visto tan enfadado.

Levanté la vista hacia su rostro y pude observar un hilito de sangre brotando de la comisura de sus labios.

—Tienes... sangre —le dije.

Se palpó con los dedos y en su gesto vi que le dolía.

—No es nada.

—¡Espera aquí! —Y dicho esto, salí de la biblioteca y me dirigí hacia mi dormitorio.

En el botiquín pude encontrar un poco de agua oxigenada y algunas gasas.

Volví a la biblioteca rápidamente, donde Aidan se encontraba sentado en el sofá mirándome fijamente y con cara de curiosidad.

—¿Qué vas a hacer?

—Puesss... ¡curarte! —respondí decidida.

—¡Nooo! —gritó.

Abrí la boca de par en par sorprendida y le dije:

—¿Tienes miedo? O te quedas quieto o voy a tener que inmovilizarte —le amenacé.

—¿Ah, sííí...? ¿Y cómo vas a conseguirlo? —preguntó Aidan desafiante.

—Muy sencillo.

Aidan hizo el ademán de levantarse del sofá y no sé cómo, terminé sentada sobre él.

—¿Ves? Ahora estate quieto o si no, es cuando va a dolerte de verdad.

—¿Crees que tengo alguna oportunidad de librarme de este calvario? —dijo resignado.

—¡Calla! —ordené.

—Tú *gaaanasss*.

Comencé a limpiarle la herida pensando en el morado que tendría en poco tiempo y le pregunté:

—Aidan... ¿por qué te enfureciste tanto? Andrew es como tu hermano.

—Que sea como mi hermano, no le da derecho a tratar a ninguna mujer como si fuera de su propiedad. Y menos a ti. Le advertí que estabas bajo mi responsabilidad.

—Muchas gracias, pero sé cuidarme sola —contesté apretando un poco más la gasa mientras le curaba.

—¡Aahhh! —exclamó.

Aidan se abrazó a mi espalda en gesto de dolor, pero cuando miré a sus ojos, en ellos había un sentimiento que no podía explicar. ¿Fuego, quizás?

De repente le sentí nervioso, apartó bruscamente sus brazos y me apresuró para que me quitase de encima de él.

—Siento si te he hecho daño —me disculpé.

Se había colocado frente al ventanal, apoyándose en la pared de la habitación.

—¿Tanto te ha molestado que haya echado a Andrew? —me preguntó

enfadado.

—No, para nada. Solo que no eres mi padre.

—Sé perfectamente que no soy tu padre, aunque haya intentado fingirlo. Soy un hombre, Cris. Diecisiete años mayor que tú, pero un hombre y no soy para nada de piedra.

—¿Por qué dices eso? —pregunté angustiada y sorprendida a la vez.

—Puedo controlar mis emociones, pero cada vez puedo negarme menos todo aquello que siento. Y después de lo que ha pasado hace un rato, pienso que es una tontería ocultarlo más.

Se volvió hacia mí y dijo resignado:

—Te amo Cris. Y no me importa cuántos años nos separen.

¿De verdad estaba escuchando esas palabras salidas de los labios de Aidan?
¿De verdad no estaba soñando?

—Aidan... ¿Crees que yo he podido verte alguna vez como a un padre? Ni tus esfuerzos para ello, ni tu ternura y cariño eran suficientes para no sentirme atraída por ti. Yo también tengo sentimientos que no son solo los de una amiga. Y son muchas esas sensaciones. Si lo has reconocido tú, ¿por qué no hacerlo yo también? Sí, te amo. Y creo que desde el primer momento que te vi.

¡Madre mía! ¿Pero yo estaba diciendo aquello? Pensé que me había vuelto loca, pero si no lo decía en aquel momento que me sentía entre sorprendida, enfadada... no lo haría nunca.

Aidan me miró con relámpagos en sus ojos que se habían vuelto del color azul oscuro del cielo cuando se preparaba a caer una fuerte tormenta, haciéndose el silencio entre nosotros durante unos segundos que me parecieron eternos, hasta que decidí romperlo.

—Ahora si quieres que me marche, lo entenderé.

—No. Quiero que te quedes, pero jurándome que no se volverán a repetir gestos como el del sofá, porque la próxima vez puedes estar segura que no sabré cómo reaccionar.

Y dicho esto, y dejándome con la boca abierta sin poder hablar, se marchó.

Me dirigí rumbo a mi dormitorio poco después, pero no pude conciliar el sueño en toda la noche. El saber que me amaba, me tranquilizaba y me aturdí a la vez.

Yo igualmente le amaba, y le amaba con locura, pero ahora el problema se había vuelto mayor. Ambos sabíamos lo que sentíamos, cuáles eran nuestros sentimientos, y eran, para los dos, una bomba a punto de estallar, convirtiéndose ahora el estar cerca, en una prueba de fuego.

Mientras, nada me hacía pensar que Aidan se encontraba de pie en su dormitorio, batallando consigo mismo para no volver a mi lado.

A la mañana siguiente, decidí montar a Bohemio después de desayunar. Aidan al parecer, todavía no se había despertado, y Candance seguía su ritmo de trabajo con total naturalidad en la cocina, por lo que imaginé que Andrew, el cual ya no estaba allí, no le habría insinuado nada a su madre de lo que había sucedido la tarde anterior en la biblioteca. Era más, lo único sobre lo que Candance me había informado era de la visita de su marido Phil al pueblo para hacer unas compras al comentarle que quería montar a caballo un rato.

Me encantaba cabalgar y aquel día me hacía especialmente falta. Ensillé y preparé a Bohemio, que se había convertido en mi fiel acompañante, y que, aunque muy testarudo, conmigo siempre era todo dulzura. Siempre le llevaba algo de comer como trozos de manzana o alguna zanahoria, que con lo goloso que Bohemio era, le encantaban. Me gustaba jugar con él cada vez que le daba sus “caramelos”. Le acercaba la mano donde llevaba los trozos de manzana o las zanahorias y Bohemio comenzaba a olerlas. Entonces, me volvía de espaldas a él, y comenzaba a pegarme mordiscos en el pelo o a darme empujoncitos con su cabeza. ¡Ja, ja, ja, ja! Lo adoraba, y me hacía sentir relajadísima cada vez que estaba con él.

Salimos de las cuadras, para dar un paseo por el interior del camino hasta el lago donde me senté un rato en la hierba aún mojada de rocío.

Recordaba la tarde anterior, temiendo quizás un poco el encuentro con Aidan. No sabía cómo íbamos a reaccionar al vernos, aunque yo personalmente, después de lo que le había confesado, solo de pensarlo, me ruborizaba como una cría.

Pasado un buen rato, Bohemio y yo volvimos a las cuadras. Lo desensillé, le di una ducha, y comencé a cepillarle esa piel marrón tan brillante que tenía y que me encantaba tanto.

—Veo que te has levantado temprano hoy.

La voz de Aidan detrás de mí, me sobresaltó.

—Quería dar un paseo con Bohemio por el lago —le respondí mientras seguía cepillando al precioso caballo.

Se acercó y me tocó el cabello.

—¿Has montado con el cabello mojado?

—Sí. Me duché, desayuné y me vine a las cuadras.

—No quiero que enfermes, Cris.

Le miré el rostro y le dije:

—Veo que casi estás bien del labio.

—Mmm, gracias a ti. Ven, salgamos de aquí. —Me cogió de la mano y salimos de las cuadras.

Nos sentamos en el césped, apoyando su cabeza sobre mis piernas. No era la primera vez que lo hacía, así que no me sorprendió en absoluto.

—¿Es cierto lo que le dijiste anoche a Andrew? —me preguntó.

—¿El qué?

—Sentirte inglesa.

—Sí, así es. ¿Por qué?

—Simple curiosidad. —Me sonrió y no comentó nada más.

CAPÍTULO 11

Aidan no volvería esa noche a la villa, y Candance y Phil pasarían el fin de semana también en Londres asistiendo a una entrega de premios en la que habían galardonado a Andrew. La meteorología tampoco acompañaba mucho, ya que no había dejado de llover desde la noche anterior, así que me dirigí al salón donde pasé toda la tarde viendo películas protagonizadas por Aidan.

Observando cada uno de sus movimientos, me daba cuenta por qué le amaba tanto. Su gran elegancia y seguridad tanto en la gran pantalla como fuera de ella, había sido lo que poco a poco me había ido cautivando. Pero a pesar de que estas dos virtudes seguían latentes, esa seguridad en el último mes no existía, parecía como si sus barreras hubiesen ido poco a poco derrumbándose. Aunque... era tan introvertido y a veces solitario, que sabía muy bien cómo encerrarse en sí mismo, sin que apenas te percataras de ello si no estabas atenta.

Su madurez hacía ver que ese amor que sentía por él era una locura, pero dentro de esa locura, se incluían todos los sentimientos de pasión, ternura, deseo... que antes de conocer a Aidan no había sentido tan intensamente, ni siquiera por Álex.

Cuando vine a darme cuenta, eran ya las dos de la madrugada. Me dirigí al dormitorio para enfundarme en un corto camisón de satén gris perla, porque, al fin y al cabo, estaba sola en la casa, así que no tenía que ruborizarme delante de nadie. Volví al salón donde me preparé una copa y me senté sobre la alfombra delante del reconfortante fuego de la chimenea.

Todo allí en Rainbow Cottage y en Londres era tranquilidad, sin importarme reconocer que desde que había conocido a Aidan, ningún sentimiento de nostalgia hacia mi país, había nacido en mí.

Pasado un tiempo considerable, el sueño comenzó a invadirme irremediablemente, con lo cual tomé, creo, la acertada decisión de irme a la cama, pero al levantarme y darme la vuelta, me quedé estupefacta al encontrarme a Aidan allí de pie. En ese momento, deseé poder tener una bata cerca para cubrir mi cuerpo cubierto solo con aquel camisón escotado.

—No te he oído llegar—le dije ruborizada—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Tan solo unos minutos. Pensé que dormirías ya, y no quería despertarte. Decidí volver para no dejarte sola en la casa y he entrado en el salón porque creía que te habías dejado la chimenea del salón encendida.

Le observé atentamente igual que él a mí. Estaba grandioso con ese traje de chaqueta azul, con su camisa blanca y esos botones desabrochados dejando entrever parte de su pecho. Pensé que lo mejor sería marcharme a dormir porque la situación se tornaba comprometida.

—¿Esperabas a alguien? —preguntó mirándome de arriba abajo.

—¿A quién crees? —Me enfureció el hecho de que se le pasara algo así por la mente—. Si me disculpas, me voy a dormir. ¡Que descanses!

Me dispuse a marcharme, pero al pasar por su lado me agarró del brazo y me acercó a él.

—¡Ven aquí! ¿De qué tienes miedo?

—¿Debería tenerlo? —le contesté con arrogancia—. No puedo imaginar por qué. —Pero un escalofrío me recorrió el cuerpo al sentir el suyo tan cerca de mi piel.

—Porque no aguanto más. Para mí ya es demasiado tenerte cerca todos los días y solo poder besarte en la mejilla —susurró sensualmente a mi oído mientras con sus dedos recorría mi brazo con una sugerente caricia—. Creí convencerme de que podría evitar sentirme así, pero ya se acabó, me siento vacío si no estoy a tu lado, y no puedo dejar de pensar en ti cada segundo, cada minuto, de verte como la mujer que eres. Toda tú eres una tentación —dijo de nuevo susurrando.

Intenté darme la vuelta para alejarme de allí a pesar de sentir todo mi ser inmovilizado, pero Aidan siguió sujetándome y atrayendo mi cuerpo hacia el suyo hasta no dejar espacio alguno entre los dos, sintiendo cómo mis fuerzas no estaban nada dispuestas a ser mis aliadas en aquel instante.

—No te vayas —susurró de nuevo, iniciando un lento y suave recorrido con sus ardientes labios por el lateral de mi cuello, sintiendo su cálido aliento sobre mi piel, erizando cada poro de esa zona, y notando cómo mi cuerpo temblaba al completo bajo su contacto.

Cerré los ojos no pudiendo evitar que de mi boca se escapara un suspiro, pero de repente, Aidan se apartó y dijo:

—Aún estás a tiempo de decirme que no quieres seguir adelante.

—¿Qué es lo que deseas? —le susurré yo esta vez.

—Hacerte mía es lo que más deseo en este mundo.

—¿Y crees que lo voy a impedir? —le dije con una voz tan sensual que ni yo misma me reconocí.

Aidan me rodeó con sus fuertes brazos, suavemente al principio, apasionadamente después, contrastando con la lentitud e inseguridad con la que acercaba sus labios a los míos.

Pero esa inseguridad duró hasta el preciso instante en el que nuestras lenguas se unieron, volviéndose nuestros besos, ardientes, apasionados, locos, acompasados tras una respiración agitada que se apoderaba de ambos cada vez más y más.

Sentía sus caricias y sus manos deslizarse por mi espalda, presionando con sus dedos la piel cercana a mi columna, erizando cada centímetro de piel que recorría con ellos, volviéndome loca, provocando que le abrazara apasionada e introduciendo mis dedos en su pelo para atraer más aún su boca a la mía.

Aidan siguió bajando sus manos hasta llegar a mi trasero, introduciéndolas bajo el camisón y apretar con ellas mis nalgas con tanta intensidad que me obligó a colocarme de puntillas y que de mis labios se escapara un ahogado gemido.

Apartó su boca de la mía, dejándola ansiosa de repente, bajando sus labios hacia mis hombros y desnudándolos con los dientes de los tirantes del camisón.

Mis manos se deslizaron por su chaqueta, desprendiéndole de ella y terminando de desabrochar su camisa. Le separé de mí por un instante. Quería ver sus ojos ardiendo en tanta intensidad, tocar su piel sin ropa que lo separara de mi tacto y de mi vista, haciendo que lo que veía ante mí lo deseara aún más.

Aidan rió como el mismísimo diablo, y como tal, siguió abrasándome con su fuego, despojándome por completo del camisón, bajando sus labios mediante besos desde mi cuello hasta mis pechos, turnándose con ambos para saborearlos con su lengua haciendo que arqueara mi espalda y apretara mi cadera contra la de él. Mmmm... ¡Qué placer sentir el ardor de su sexo contra el mío! ¡Qué placer sentir su dura erección bajo el roce de mis manos al descender hacia él y desabrochar sus pantalones...!

Y poco a poco... descendimos hasta quedar tumbados sobre la alfombra donde solo la lumbre de la chimenea nos alumbraba y cuyos chisporroteos ahogaban cada uno de los gemidos que nuestras gargantas emitían.

Aidan bajó de nuevo sus labios hacia mi cuerpo, recorriéndolo con su lengua, y acercándola y alejándola de mi sexo húmedo y ardiente despojado con sus

hábilos dedos de mis braguitas.

No tardé en hacer lo mismo con su bóxer para dejar libre su miembro erecto y atraparlo con mi mano sometiéndolo a un suave vaivén primero, y un movimiento rápido y lujurioso después.

Me abrazó con fuerza, gimiendo extasiado, sintiendo todo su calor y su poder. Sus ojos por un instante, se clavaron en los míos pareciendo esperar una respuesta. Y asentí, deseosa, mordiéndome el labio inferior que mordió él también sin resistirse, colocándose sobre mí y penetrando poco a poco en mi interior. El deseo de sentirlo así, se había convertido en una imperiosa necesidad, creyendo volverme loca al notar el calor de nuestros sexos unidos junto con nuestros movimientos acompasados y compenetrados al máximo, para poco a poco, entre placer, caricias, gemidos y ardientes besos, llegar al éxtasis pleno que tanto habíamos deseado.

Cuando desperté, sentí la suavidad de las sábanas sobre mi piel. Aún estaba desnuda, pero... me encontraba en el dormitorio de Aidan. Recordé lo que había sucedido la noche anterior y una sonrisa me iluminó el rostro, estirándome entre las sábanas y oliendo en ellas el perfume de Aidan impregnado.

Llamaron a la puerta del dormitorio que estaba un poco entreabierta, tras la cual apareció Aidan portando una bandeja sobre las manos.

—El desayuno, dormilona.

—¿Todo eso es para mí? —pregunté, observando el vaso de zumo de naranja, la taza de café y el enorme plato con huevos revueltos, tortitas, salchichas y bacon que traía Aidan.

—¡Mmm! —asintió—. Yo ya he desayunado —dijo sonriendo.

—¡Adoro el desayuno inglés!

Se acercó a la cama y se sentó a mi lado. Me dio un largo beso en los labios que para mí fue el mejor desayuno.

—¿Has dormido bien? —me preguntó.

—Demasiado bien. Tanto que no sé cómo he llegado aquí —dije mirándole de reojo.

—Muy sencillo. Te cogí en brazos y te traje hasta mi cama. No podía dejarte escapar ni separarte de mi lado.

Desayuné un poco mientras él me observaba, pero opté por dejar la bandeja sobre la mesita y me recosté a su lado. Mientras me abrazaba, abrí su bata

para poder acariciar su pecho desnudo bajo ella. A pesar de su sonrisa le noté pensativo, con una pequeña sombra en sus ojos.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—Creo que es la edad.

—¿Por qué?

—Anoche... en un primer momento sentí miedo de fallarte, de no poder cumplir lo que esperabas.

—Pues... no debes preocuparte porque me hiciste sentir más de lo que nunca había sentido. Para mí fue maravilloso —afirmé.

—Lo curioso es que nunca tuve ese miedo hasta que te conocí. —Me miró fijamente y supe por su mirada que aquello que decía era verdad.

—¿Cómo puede decir eso un seductor como tú? —dije horrorizada—. A estas alturas no me puedes negar que muchas mujeres han caído bajo tu encanto.

—La madurez me ha hecho sentar la cabeza.

—No cambies de tema.

—Está *bieeeenn*. He conocido muchas mujeres, es cierto, y algunas sí que me han seducido o las he seducido yo —confesó guiñándome un ojo—. Pero siento que ahora es distinto.

—Te has casado en dos ocasiones, ¿cómo puedes tener miedo ahora de estar conmigo?

—Quizás porque nunca estuve tan enamorado como de ti. Quizás porque siento que no eres del todo mía, y eso me desvela todas las noches, y ahora que ha sucedido esto entre nosotros aún más —su voz se ahogó. Me costaba reconocer que tenía razón, toda la razón—. No te marches nunca de mi lado, Cris.

—Por favor, no hablemos de eso ahora. —Me levanté y le susurré—: Creo que voy a darme una buena ducha.

No podía ofrecerle una seguridad que ni yo misma podía darme a mí misma. En los últimos días, Zaira, mi hermana, se había puesto en contacto conmigo varias veces porque mi madre se había indisputado en diversas ocasiones, hecho que aunque mi hermana aseguraba tener bajo control, me tenía bastante preocupada.

Los miedos que me invadían con las llamadas de Zaira, regresaron de repente.

Me dirigí a mi dormitorio dejando un poco desconcertado a Aidan, donde me di una caliente y buena ducha. Mientras el agua caía sobre mí, no pude evitar

volver a la realidad. Aquello era un sueño que Aidan me había permitido vivir durante esos meses. Sabía que en un tiempo debería marcharme de nuevo a España, porque, aunque Aidan me lo pidiese y a mí personalmente me costase el alma dejarle, mi verdadera vida no estaba en Inglaterra. Una especie de presentimiento, me decía que algo en España no iba bien...

Ya vistiéndome, pude escuchar una melodía que provenía del piano del salón. Sin embargo, de repente dejó de sonar y pensé que quizás serían delirios míos. A los casi cinco minutos, la misma melodía volvió a mis oídos, lo que me hizo salir del dormitorio con la curiosidad de averiguar si era realmente Aidan aquel que tocaba aquella atrayente y maravillosa música.

Llegué al salón, donde Aidan se encontraba sentado al piano, tocando, absorto y ensimismado. Me senté a su lado, pero su único gesto, fue sonreír y seguir dando vida a una hermosa melodía. Nunca le había visto allí, al piano, pero era espléndida su forma de tocar, de hacer que cada nota llegase a lo más hondo de los sentimientos.

Le admiraba, y esa admiración me daba fuerzas para continuar aquella situación que cada vez nos implicaba aún más a los dos. Todo de él, sus gestos, su forma de hablar, cada movimiento de sus dedos sobre las teclas del piano haciéndolas suyas, sobre mi rostro o mi cabello, e incluso cada una de sus manías como ese chasquido de dedos, me fascinaba de tal manera que podía llevarme a observarle durante horas como si el tiempo no transcurriese.

Tal como había comenzado, de repente, dejó de tocar y me abrazó suavemente.

—¿Cuándo aprendiste a tocar así? —le pregunté.

—Muy pequeño.

—Desde que llegué nunca lo habías hecho y creo sinceramente, que deberías hacerlo más a menudo. Es absolutamente maravilloso, ¿sabes? La música me hace sentir y descubrir sensaciones que están muy dentro de mí, y tú sabes hacer que salgan al exterior —me sinceré.

—Aprendí siendo un mocoso, pero en aquellos años no existía tiempo ni medios para desarrollar aptitudes musicales. Lo cierto es que debería de tomarme mucho más en serio la música y componer, para cuando llegue el momento de mi retirada como actor, dedicarme por entero a ello.

Nos quedamos en silencio durante varios minutos, yo quizás ensimismada por el descubrimiento y él... por haber confesado su oculta pasión.

—Todo lo que tengo por tus pensamientos.

—Sería suficiente con un beso. —Sonreí. Me volví hacia él y me besó

dulcemente.

—Cumplida la parte del trato.

—A veces pienso que si viajé a Inglaterra fue expresamente para encontrarte.

—Pues agradezco desde lo más hondo del corazón si ha sido así —bromeó.

—No, en serio, es una sensación que me invade desde el primer día que te conocí, como si dentro de mí algo me dijese: le tienes delante, no sufras más por saber quién es. Y me sentí calmada, feliz, aun solo por haberte visto.

—Es curioso, porque hace semanas pienso que contigo llegó mi tranquilidad. Toda mi vida he llevado mi vista al pasado, buscando algo que no aparecía. Ahora no me hace falta mirar atrás porque estás aquí. Esa angustia ya no existe. Es como si tus manos, fuesen las dueñas de todo mi cielo y de mi universo entero.

«El cielo en tus manos...», pensé. «Bonito nombre para una partitura».

Ambos reímos y nos besamos, para acto seguido con sus labios, hacerse dueño de los míos.

CAPÍTULO 12

Pasaron las dos semanas de reposo, siendo ya hora de que regresara a Londres, a la residencia, y a trabajar en la taberna. Aidan y yo, como cada noche desde aquel maravilloso fin de semana, habíamos dormido juntos en su dormitorio, hecho que Candance había descubierto y por el que se sentía muy feliz, así que mientras él dormía, yo aprovecharía para hacer la maleta por la mañana, para regresar a la ciudad con Aidan, que tenía función aquella tarde.

—¿Qué estás haciendo? —Escuché tras de mí—. ¿Puedes decirme a dónde vas con esa maleta?

—Aidan...

—Responde —dijo en tono enfadado.

—A Londres, Aidan. Tengo que volver al trabajo ya, y a la residencia —respondí sin entender esa actitud.

—¿Por qué?

—¿A qué viene esa pregunta? Es obvio, vine a Londres para trabajar, y ya estoy bien del tobillo.

—Sí, pero... yo pensé que estabas bien aquí, conmigo —dijo.

—Y lo estoy, aquí me siento de maravilla. Es un paraíso, y el estar contigo... un sueño, pero Aidan, vine aquí con unas metas, y esos objetivos no los voy a conseguir aquí —respondí.

—Y si...

—No —añadí rotunda—. Sé lo que me vas a insinuar y ya te digo que no. El dinero que yo gane, lo ganaré por mí misma.

Por unos segundos, se hizo el silencio en la habitación. Hasta que Aidan habló:

—Está bien, trabaja en la taberna si es lo que quieres.

—No te estoy pidiendo permiso, Aidan. Está decidido si te parece bien, como si no —le respondí seria.

—Lo sé, pero cede al menos en una cosa.

—Dime.

—Quédate conmigo en la casa de Londres. Perfecto que vuelvas a la taberna.

Pero no vivas en la residencia, sino conmigo. Te quiero a mi lado todas las noches —dijo casi implorando.

—Pero... —comencé a hablar, pero Aidan no me dejó terminar la frase.

—Por favor.

—De acuerdo, viviré contigo en Londres. En el coche de camino a la ciudad, lo comunicaré a la agencia. Yo también quiero estar contigo todas las noches a tu lado, tonto. —Y dicho esto, me acerqué a él para abrazarle y besarle.

—Te amo mi vida —dijo así, sin más. Y como cada vez que decía esas palabras, mi cuerpo temblaba con todo lo que me hacía sentir.

Y así, volví a mi maravillosa rutina en Londres, bueno, toda mi rutina no, ya que como Aidan me ofreció, me fui a vivir con él a su casa con fachada victoriana, aunque los días que yo libraba en la taberna y Aidan no tenía función, regresábamos a Rainbow Cottage para disfrutar de aquel paraíso. Con Shirley y Thomas, que habían comenzado a salir juntos, recuperé todo el contacto de antes de la caída, y aunque a Shirley le entristeció el no tenerme ya de compañera en la residencia, se alegró por la relación que tenía con Aidan y que me hacía tan feliz. Y mi hermana... seguía poniéndome al corriente sobre la salud de mi madre y sobre pruebas que tenía pendientes por hacer. Ella era dura y nunca le habían gustado los médicos, mucho menos desde el fallecimiento de mi padre. Y eso era lo que me escamaba un poco más, ya que, si había accedido a acudir al médico, era porque realmente no se encontraba bien.

En Londres ya se rumoreaba que Aidan Bradley tenía una compañera en el amor, pero increíblemente, seguíamos viviendo nuestra relación tranquilamente, sin fotógrafos ni prensa que nos persiguiera. Eso me encantaba de Londres. Cada cual hacía su vida, sin importarle la de los demás, y adoraba cada vez que Aidan, me agarraba de la mano y me empujaba hacia el interior de un portal abierto o algún rincón oscuro en la calle para besarnos como dos auténticos adolescentes... ¡me llevaba al mismo cielo... y al infierno de deseo, y de placer también!

Una tarde, Aidan me dijo que quería darme una sorpresa al día siguiente, y que me recogería en la taberna en cuanto terminara mi turno, pero por mucho

que quise e intenté sonsacarle toda la noche, no quiso decirme nada. Así que me mantuvo con la intriga y con los nervios en el cuerpo, *toooda* la noche y *toooda* la mañana del día siguiente en la taberna.

A las dos y media de la tarde, puntualmente, Aidan llegaba a la taberna para recogerme.

Thomas había estado mofándose de mí toda la mañana, especulando sobre la sorpresa que Aidan quería darme, pero de la que no me había querido adelantar nada. ¡Solo me había advertido que preparase una pequeña maleta con ropa cómoda para el viaje y para pasar dos noches fuera de Londres!

Así que me tenía totalmente intrigada y dándole vueltas a la cabeza sobre dónde me llevaría, aunque imaginaba que no sería tampoco muy lejos. Al menos eso era lo que yo pensaba, porque el jueves por la mañana tenía turno en la taberna.

Aidan se acercó, y me besó tiernamente en los labios, y me preguntó:

—¿Lista? —dijo sonriendo.

—¡Lista! —respondí nerviosa.

Me había cambiado de ropa, y colocado unos estrechos, aunque cómodos vaqueros, un jersey lila de cuello alto, unas botas a media pantorrilla sin tacón, y mi abrigo beige de borreguito interior, súper adecuado para el frío londinense, y más aún con las nevadas de la última semana, porque la nieve había llegado a Londres, situación por la que me sentía como una niña pequeña cada vez que salía de casa o de la taberna y me agachaba en la nieve para hacer bolas con ella y lanzárselas a Aidan, a Shirley o a Thomas... ¡Qué feliz me sentí al sentir los primeros copos de nieve sobre mi rostro! ¡Y cómo no, también llevaba mi bufanda de lana de colores que tanto adoraba y que nunca me abandonaba!

Aidan y Thomas se saludaron, y este último le dijo riendo:

—Ahí lleva toda la mañana nerviosa e intentando adivinar lugares a los que se te haya ocurrido llevarla.

Miré a Aidan con ojos de corderito, pero solo se le ocurrió decir:

—¡Ja, ja, ja, ja, ja! Lo averiguará por el camino, y porque existen carteles de indicaciones, que si no... ¡no pensaba decirle nada! —Y miró a Thomas respondiéndole así, con ojos divertidos.

—¡Fooff! —Bufé—. Pues vaya dos tengo a mi lado. ¡Uno que me lleva no sé dónde y no suelta prenda, y el otro que para investigador privado no sirve! —Continué resoplando.

Ambos hombres, comenzaron a reír, y cuando Aidan y yo nos íbamos a

marchar, este le dijo a Thomas:

—¡Gracias por guardarme el secreto, amigo!

Y miré a Thomas con relámpagos en los ojos.

—¡Thomas! ¿Sabes dónde vamos y no me has dicho nada? —Pero Thomas, no contestó, sino que solo hizo una graciosa reverencia, a lo que le señalé con el dedo y le amenacé.

—¡Aaaaghhh, tú, tú, tú... me las pagarás traidor!

Aidan me agarró de la mano mientras él y Thomas reían, para conducirme fuera de la taberna, diciéndome:

—No te preocupes, ya le matarás el jueves, pero ahora tenemos que irnos o... ¡llegaremos tarde a la estación!

«¿Estación? ¿Qué estación?», pensé. «¿No vamos en coche?».

—¡Pasadlo bien, parejita! —dijo Thomas, y prosiguió dirigiéndose a mí—: ¡Cris!... te encantará. —Y acto seguido me guiñó un ojo.

Salimos corriendo de allí, y como siempre, y a pesar de las prisas, Aidan me abrió la puerta del todoterreno negro. Lancé la pequeña mochila y el bolso de mano que llevaba al asiento de atrás del coche, arrancando Aidan el motor para dirigirnos a la estación como ya él mismo había dicho.

Cuando llegamos a la estación de Londres, sacamos el equipaje que el mismo Aidan se había encargado de recoger de la habitación que compartíamos en la casa de Londres y que habíamos dejado preparado la noche anterior dirigiéndonos, bueno, Aidan me dirigía tirando de mí, hacia el check in de la estación.

Sacó de su maletín unos billetes de tren de la compañía Rail Europe, para un tren llamado Eurostar... ¿Eurostar? ¡Eurostar! Algo había leído sobre aquellos trenes, pero eran los que tenían como destinos: ¡otros países de Europa!

—¿Vamos a salir de Londres? —pregunté intrigada a Aidan. Pero me miró, y solo dijo:

—Ahora verás. —Y rio—. Pero no te preocupes, ya no tardarás mucho en saberlo —me tranquilizó con una voz y una mirada tierna. ¡Ayyyyy! Cuando me miraba de esa forma, me daban ganas de comérmelo a besos...

¡Y tanto que no tardé mucho en descubrir hacia dónde íbamos! En cuanto llegamos al tren y pude leer hacia dónde se dirigía este... ¡A Bruselas! Miré a Aidan y le pregunté:

—¿Bruselas? —Y asintió con la cabeza—. ¡¡Bruselas!! ¡Ay dios, ay madre! Sabías que tenía muchísimas ganas de visitarlo.

—Así es. Y por eso vamos allí. Además, está nevando también ahora mismo

en Bruselas, y sé que te va a encantar.

El tren Eurostar inició su marcha en London St. Pancras, para dirigirse a la estación de tren principal de Bruselas, Bruxelles Midi.

Me sentía nerviosa como una niña pequeña, con un enorme nudo en el estómago que me subía hacia la garganta.

Aidan me miró y apretó mi mano.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—¡Síííí! Nerviosa, emocionada, pero bien, muy bien —respondí sonriéndole.

—¿Tienes hambre? —volvió a preguntar.

—Un poco, pero no sé si es porque en realidad es verdad que tengo hambre o por los nervios en el estómago... ¡aayy!

Aidan rió de buena gana y yo proseguí:

—Muchísimas gracias Aidan, por todo esto, por hacerme tan feliz y tan agradable mi estancia aquí desde que llegué a Londres, y por... quererme tanto —le dije emocionándome.

—No, gracias a ti, por hacerme sentir el amor de verdad, por haber hecho que quiera disfrutar de nuevo de la vida, y de volver a hacer cosas y visitar lugares a los que hacía tiempo no me sentía animado para volver. Me haces ver la vida de una forma especial, y sé que es por ti.

Y dicho esto, antes de que pudiese abrir la boca para decir nada, me besó, tiernamente en su inicio, apasionadamente después, y le correspondí, con la misma intensidad. Me volvían loca sus besos, sus labios y su lengua ardiente... hasta que de repente escuchamos un...

—Disculpen, siento interrumpir—sonó una vocecilla tras nosotros.

Y en ese momento, escuché en mi cabeza como cuando un tocadiscos suena y quitas el disco así de pronto, y se oye el ruido característico de haberse rayado...

Aidan y yo miramos a la vez a la muchacha que nos había interrumpido. Era la azafata del tren, que nos preguntaba si deseábamos algo de merendar.

—Sí, por favor —respondió Aidan a la agradable muchacha vestida con un impecable uniforme azul.

Aidan había comprado los billetes de tren en clase Business Premier, por lo que no teníamos que levantarnos de los asientos para acceder a otro vagón, añadiendo además que en el precio del billete iba incluido en función del horario de inicio de trayecto; desayuno, almuerzo, merienda o cena, bebidas alcohólicas y no alcohólicas, ¡y champán!, ya que al solicitar Aidan el servicio de merienda, de dos a cuatro y media, también le solicitó a la azafata

champán para ambos.

—¿Estás loco? ¡Son solo las tres y media! —dije riendo.

—Nos merecemos brindar por este viaje, y por nosotros —añadió mirándome tiernamente.

La azafata regresó en cinco minutos con un carrito, (luego supe que se llamaba camarera), en el que portaba una bandeja con varios croissants con porciones de mantequilla y mermelada para untar; dos grandes porciones de tarta de queso, mi favorita por la cremosidad con que la cocinaban; dos copas de zumo de naranja; café o té a elegir; y una botella de champán, para los dos, la cual abrió sirviéndonos dos copas, y colocando la botella posteriormente en un cestillo metálico con hielo y agua.

Yo no podía dejar de mirar boquiabierto todos los movimientos que la azafata había realizado desde que había llegado con la camarera. Los realizaba con tanta delicadeza y elegancia... que no podía apartar mi vista de aquella especie de ceremonia, que para ella ya era algo mecánico, pero que para mí era nuevo, *novísimo*.

La muchacha sin más, alzó el rostro, y habló:

—Espero que disfruten de su merienda y que todo sea de su agrado.

—Gra... gracias —respondí turbada.

Y dicho esto, sonrió y desapareció de nuestro lado para atender a otros pasajeros.

—Buff, ¡qué pinta tiene todo!

—¡Pues hala, a merendar! —apremió Aidan—. Pero primero... —Y acto seguido, cogió las dos copas de champán y brindamos:

—Por cumplir todos tus sueños realidad, y poder hacerte feliz con esta pequeña pero romántica escapada —dijo Aidan.

—Por ti, por mí, y porque esa felicidad sea por y para los dos —añadí llevándome la copa a los labios.

El viaje transcurrió tranquilo, y a pesar de que el tren alcanzaba los 300 km por hora, los paisajes exteriores podían apreciarse bastante bien. El vagón era increíblemente cómodo y tranquilo, con pocos pasajeros, la mayoría de ellos con imagen de altos ejecutivos con sus trajes de chaqueta impecables, camisas

blancas y corbatas, y sus maletines colocados sobre las mesas plegables con los iPads sobre ellos, inmersos en quizás, grandes negocios.

—¿Has estado muchas veces en Bruselas? —pregunté curiosa.

—En Bruselas... tres o cuatro veces, pero nunca he pernoctado allí. Tomaba uno de los primeros trenes de Eurostar, y en el último tren de vuelta hacia Londres, regresaba.

—¿Es bonita? —seguí con mi interés.

—Sí, mucho. Es preciosa, pero no vamos a ir a Bruselas —afirmó mirándome misteriosamente.

—¿Ah, nooo? —Abrí los ojos como platos.

—¡Nooo! —negó riéndose—. Y... ¡no te lo voy a decir!, ¡ja, ja, ja, ja! Pero sí te adelantaré que es un lugar mágico y hechizante —dijo apoyando la cabeza en el reposacabezas de su asiento—. Y que te va a encantar —añadió cerrando los ojos.

Pataleé sin moverme del asiento y me quejé como una niña pequeña:

—Aaahh, puff, ¡pero no hagas eso! Claro, ahora tengo más intriga aún, porque pensaba que íbamos a Bruselas, y ahora... ¿No vamos a Bruselas? —dije sermoneando a Aidan.

Sin darme cuenta, comencé a hacer aspavientos con las manos en alto, y de repente, la agradable azafata, rauda y veloz, se personó delante nuestra para saber si necesitábamos algo. Aidan no paraba de reír, y yo me disculpé con la muchacha, muerta de vergüenza.

—Oh no, señorita, disculpe. Solo estaba quejándome... ¡al caballero! —afirmé dirigiendo una mirada asesina a Aidan, que se había visto obligado a abrir los ojos al yo propinarle un *zasca* en el hombro, a lo cual, él siguió riendo, y la azafata sonrió también.

No se llegaron a cumplir las dos horas de trayecto, cuando hicimos parada final en Bruxelles Midi, la estación de trenes de Bruselas.

Y allí, por supuestísimo que Cris Ballester, se informó de primera mano, hacia dónde íbamos.

Me planté en el andén, y me senté sobre la maleta, amenazando a Aidan.

—O me dices dónde vamos, o no me muevo de aquí.

Aidan se volvió hacia mí, sorprendido y alterado a la vez.

—Pe... pero ¿qué haces? No, no, no hagas eso, ¡o no llegamos al siguiente tren!

—Pues, dímelo entonces. —Y me crucé de brazos.

—Si te lo digo... ¿correrás?

Y yo asentí con la cabeza, mientras que Aidan derrotado confesó:

—A Brujas... vamos a Brujas.

—¿A Brujas? —repetí poniéndome de pie de un salto.

—¡Sííí!

—¿Y a qué esperas? —dije alterada y riéndome—. ¡Vamos! ¡Correee!

—¡Estás loooocaaa! —gritó Aidan riendo.

Y cogimos las maletas, y reímos los dos mientras corríamos hacia el andén donde colgaba la indicación de Bruxelles-Brugge.

Esta vez, el tren se llamaba Eurocities, así que imaginé por las distancias que cubrían, que eran trenes equiparables a los trenes de cercanías en España. Y encima ni siquiera tardamos una hora en llegar a Brujas. ¡Bien!

Cuando salimos de la estación... ¡qué preciosidad!... no nevaba en aquel instante, pero sí la nieve cubría los edificios y las calles, y como siempre me habían contado y había podido ver en fotos, Brujas era una ciudad de cuento de hadas.

—¿Qué te parece? —me preguntó Aidan.

—¿Que qué me parece? Es maravilloso Aidan. Estar aquí, sí que es un sueño.

—Pues vamos, cogeremos un taxi para ir al hotel.

CAPÍTULO 13

Nos dirigimos hacia el estacionamiento de taxis, donde el taxista, guardó las maletas en el maletero del coche.

Nos subimos, y Aidan le indicó una dirección.

—Al hotel Ghesthouse Bonifacius, calle Groeninge, número 4, por favor.

—¿Has estado alguna vez en Brujas? —le pregunté.

—Sí, pero solo una vez. Además, alojado en el mismo hotel al que nos dirigimos, que segurísimo te va a encantar. —Me miró y sonrió—. No, no vine acompañado, si es lo que estás pensando. Fue un tiempo en el que me apetecía estar solo y fuera de Londres y me escapé un fin de semana a Brujas. Me enamoró y sabía que invitarte a venir aquí, no iba a ser ningún error.

Sin apenas darnos cuenta, el taxista se detuvo cerca de un puente que cruzaba un precioso canal, e incluso nos dejó las maletas en el acceso del pequeño hotelito que era Guesthouse Bonifacius.

Pequeño, pero con un envolvente y hechizante encanto. De arquitectura medieval, como cada rincón que habíamos podido divisar desde el taxi, te transportaba totalmente a otra época. Formado por apenas dos plantas, se podía divisar que la zona que comprendía el tejado estaba habilitado también para disfrutar de él.

La puerta de entrada era de madera como la de un edificio más, que poco hacía imaginar su interior. Llamamos al timbre y una rubia y agradable mujer salió a recibirnos. Pasamos por una especie de recibidor y de él salimos a una especie de pasillo al aire libre con grandes macetas a ambos lados antes de llegar a una puerta con cristalera blanca en forma de arco, con una recepción muy acogedora.

—Buenas tardes, señorita —saludó Aidan.

—Buenas tardes, caballero. —Me miró y añadió asintiendo en gesto de saludo—: Señora. —A lo que también me dirigí hacia ella para saludarle.

Aidan, que no se molestó en decir que yo era señorita, prosiguió:

—Había efectuado una reserva con el hotel a nombre de... —Pero no finalizó cuando la muchacha continuó la frase, ya que evidentemente había reconocido

a Aidan.

—Del señor Aidan Bradley. La habitación ya está lista para su hospedaje. —
Sonrió ella.

Nos inscribió a ambos en la habitación asignada, tomó la llave y nos acompañó hacia la misma.

Antes de llegar a ella, observé el suelo de madera oscuro pero no del todo caoba, y una escalera que conducía a los pisos superiores, también de madera color beige vintage.

¡Era todo de otra época, pero a la vez tan... hermoso y fascinante...!

Cuando llegamos a la puerta de entrada de la habitación, la agradable muchacha la abrió. Sacó la llave de la cerradura y se la ofreció a Aidan.

—Master suite como el señor indicó en la reserva. —Y sonrió—. Esperamos que todo sea del agrado de la señora y del caballero, y... para todo lo que necesiten, pueden avisarnos al teléfono de recepción.

Dicho esto, ella se fue, y nosotros entramos en la habitación cerrando la puerta tras nosotros.

Miré todo detalle de la misma al que mi vista podía alcanzar, y aquello era... ¡increíble!

—¡Por favor, Aidan! ¿Pero de dónde ha salido esto? Es que no me puedo creer que esto sea real, que esto exista, y mira que cada rincón de Londres es precioso.

Aidan rió y me preguntó:

—¿Te gusta?

—¿Que si me gusta? ¿A quién no le gustaría estar en el olimpo cómo es esto? —grité emocionada.

El suelo era una continuación del vestíbulo y la zona exterior a la habitación, del mismo color, al igual que el mobiliario como mesas, lámparas y madera de los marcos y cristalerías de las ventanas.

Dicho mobiliario estaba formado por antigüedades, y de las paredes decoradas con papel color ciruela y beige vintage, colgaban hermosas obras de arte. Los sofás y sillas estaban tapizados con el mismo color ciruela.

La cama, enorme, por cierto, estaba situada en el centro de la habitación, con colcha en tela nórdica, del mismo color que la pared, perfectamente conjuntado, con un precioso dosel de hierro de forja decorado con preciosos motivos.

Frente a la cama, un televisor de plasma, sobre un mueble sencillísimo para soportar el mismo, y a ambos lados, enormes ventanales. Sobre la cama,

detalles de toallas con forma de cisnes, dos albornoces blanquísimos, y... ¡una caja de bombones con un enorme ramo de orquídeas lilas y blancas a su lado!

—Orquídeas... —dije al coger el ramo y quedarme prendada mirando.

—Tus favoritas —respondió Aidan que observaba cada movimiento y cada gesto de sorpresa y felicidad que mi rostro generaba.

—¿Has sido tú, verdad? —le pregunté, a lo que Aidan asintió con la cabeza. La orquídea era mi flor favorita. No me gustaban las rosas, extraño, pero así era. Podía apreciar su belleza, pero no me gustaban como regalo.

No pude más que acercarme a él y besarle. Besarle intensamente, y abrazarle.

—¡Ven! —exclamó Aidan después de ese beso momentáneo. Agarró mi mano y me llevó hacia uno de los ventanales.

Abrió uno de ellos, y... ¡qué decir! ¡Es que todo era bello!

La habitación tenía vistas al canal, cuyas paredes grisáceas que lo rodeaban junto con el puente a la derecha del hotel, se veían hermosas con la nieve blanca que las cubría.

Aun así, el frío y la nieve no habían impedido que una pareja de blancos cisnes, dieran su pequeño paseo, juntitos por aquel río.

Aidan y yo nos miramos, con ternura, como si ambos fuésemos esa pareja de hermosos cisnes. Y frente al canal, vistas de la hermosa ciudad y del estilo medieval de los edificios colindantes, y que predominaba en toda la zona histórica de Brujas.

Cerramos el ventanal, y nos dirigimos al cuarto de baño decorado con granito negro, y... ¡con una hermosa y blanca bañera de hidromasaje! ¡Y más pasmada me quedé cuando vi que los artículos de aseo eran de Hermés!

Me volví hacia Aidan, y le hablé con total sinceridad, abrumada por tanta hermosura y tanto detalle.

—Aidan, de verdad. Esto es como un cuento... ¡pero si solo hace falta que algún duendecillo salga de debajo de la cama!, pero sinceramente... no hacía falta. Lo considero demasiado.

Aidan se acercó rápidamente a mí, me agarró de la cintura, y asustado me preguntó:

—¿No te ha gustado?

—¡Claro que me ha gustado! ¿A quién no le gusta esto, por favor? —dije mirando a mi alrededor—. Pero siento apuro por lo que te haya podido costar. El viaje, la habitación, la estancia...

—Cris, no pienses eso. Además, sé perfectamente que no te dejas llevar por el dinero, y que tampoco te importa mi posición. No pienses en lo económico

del viaje, piensa solo en lo hermoso que es todo esto, y en que quiera disfrutarlo solo contigo, solo con la mujer a la que pertenece mi corazón. Como una pareja de enamorados, que es lo que somos.

Aquellas palabras me conmovieron, y le abracé muy, muy, muy fuerte.

—Bueno, habrá que sacar la ropa de las maletas —le dije sonriendo.

—¡Será mejor! —Rió él.

Mientras que colocábamos la ropa en las perchas del armario, Aidan me sugirió dos ideas. Si tomar juntos un baño y pasear un rato por la ciudad, o tomar el baño y descansar, y disfrutar del hotel el resto de la tarde.

Decidí la segunda opción, el baño, descansar y disfrutar del hotel, que debía encerrar muchísimo más encanto aún en sus otras estancias, ya que por la hora que marcaba el reloj, habría muchas tiendas que estarían ya cerradas. Además, Aidan me había asegurado que, al día siguiente, desayunaríamos en el hotel y andaríamos durante todo el día para visitar aquella ciudad de cuento.

Así que la segunda opción fue la que consideré mejor. Yo estaba cansada, y sabía perfectamente que Aidan, aunque no lo confesara, también se sentía igual.

Aidan, caballeroso como el que más y mientras yo colocaba el ramo de orquídeas en un hermoso jarrón de cristal transparente sobre una de las mesas que había en el dormitorio, había abierto el grifo de la bañera para preparar un buen baño espumoso de agua calienteeee.

En aquel instante, llamaron a la puerta y me apresuré a abrir.

Era la agradable y rubia mujer portando en una camarera, una botella de champán en un cestillo con hielo; una bandeja plateada tapada con una campana del mismo color y dos copas.

—E... esto es... —le dije señalando todo aquello sin saber qué decir.

La mujer sonrió y me explicó amablemente que era cortesía del hotel. Entró y lo dejó todo cerca del ventanal.

—¿Le sirvo el champán? —me preguntó.

—Oh, no, no, no... gracias. Lo serviré yo, me hace ilusión. —Sonreí señalando la bandeja y con curiosidad le pregunté—: ¿Qué es?

La muchacha levantó la campana, y me mostró las fresas con chocolate en la bandeja plateada. Junté las palmas de mis manos y exclamé:

—¡Ay, madre! ¡Qué buenas! —Y la muchacha rió. Acto seguido se despidió abandonando la habitación y diciendo:

—¡Que aproveche!

—¡Gracias! —le contesté.

Aidan, con el ruido del agua no se había enterado de nada, así que, con cuidado, descorché el champán para que el misterio continuase, y llené las dos copas. Me dirigí al baño, y cuando Aidan se giró hacia mí y vio las dos copas de champán, preguntó:

—¿Y eso? —dijo sorprendido.

—Pues... cortesía del hotel. —Sonreí—. Pero es que también han traído, ¡fresas con chocolate! —exclamé.

—¡Ja, ja, ja, ja! ¡Estupendo! Muy romántico, ¿no?

—¡Síííí! —volví a exclamar observando el agua de la bañera—. Y si... nos bañamos juntos... —Sonreí pícaramente a Aidan, al que se le resbaló la mano que tenía dejada caer sobre el baño.

Aidan se puso de pie, ante mí, con rostro pícaro y mirada ardiente.

—¿Pensabas que dejaría que te bañaras sola? ¿Sin disfrutar del contacto de tu cuerpo y el mío en el agua?

Me acerqué a él riendo nerviosa, pegando mi cuerpo al suyo, aprisionando su cadera con mis manos. Comencé a besarle el cuello, lentamente, pasando mi lengua por el hueco sensual de su garganta notando encantada y excitada, cómo su respiración comenzaba a agitarse.

Me apretó contra su cuerpo tan fuerte que podía ya ser partícipe de la dureza de su miembro, excitado como si ya averiguase cuánto íbamos a disfrutar. Mmm, adoraba esa sensación contra mí.

—¿Tienes sed? —le pregunté con tono de picardía mezclado con mirada de inocencia.

—S... sí —susurró.

Acerqué la copa de champán a mis labios tomando un sorbo de ella para lentamente, en su boca, introducir el fresco líquido de la mía, que tomé ávidamente, calentándolo en nuestras bocas y tragándolo con ansia.

Su lengua y la mía se unieron, con pasión, con fuerza, mientras rozaba su cadera con la mía, notando el calor de su miembro y la humedad de mi sexo.

Aidan me cogió de la nuca, para apretar más aún nuestras bocas, mientras bajaba mis manos acariciando su espalda hasta llegar a su torneado trasero, y con un movimiento brusco, pegar su sexo tan duro al mío. Uff, me volvía loca su cuerpo. Necesitaba sentir cada centímetro de su piel con la mía, como si solo fuésemos uno.

Aidan me quitó la camiseta con un solo movimiento, para desabrocharme el sujetador mientras seguía besándome con esa ardiente lengua...Y me quejé cuando separó su boca de la mía, y volví a quejarme, pero de placer, cuando

con una de sus manos, acunó uno de mis pechos acariciándolo y jugando con su pulgar alrededor del pezón, erizándolo mientras besaba, lamía y mordisqueaba el otro con su boca.

Y las manos comenzaron a volar por nuestros cuerpos quitándonos la ropa, hasta quedar desnudos por completo. Aidan bajó una de sus manos a mi sexo, introduciendo sus dedos en él de tal forma que hizo ponerme de puntillas y hacerme gemir de placer.

—¿Te gusta? —preguntó pícaro y con los ojos ardiendo de fuego.

—¿Tú qué crees? —Y acto seguido, cogí su mano para que volviese a introducir sus dedos en mi sexo sacándolos de él totalmente mojados.

Gimió y agarró mi trasero apretándome contra él, rozándonos y rozándonos, sintiéndolo como una piedra contra mí.

Volví a tomar el champán de una de las copas que habíamos dejado en el suelo dirigiendo mi boca hacia su miembro tan erecto e introduciéndolo en ella. Miré a Aidan, mordiéndose los labios, observando la acción y cada movimiento, obligándole el deseo a echar la cabeza hacia atrás mientras no paraba de gemir y excitándome con ello aún más.

Mmm, ¡qué gusto aquel contraste del champán con el calor de su sexo! Agarré su trasero y él mi cabeza, mientras que movía su sexo dentro de mi boca. Me puse de pie, y Aidan hizo lo mismo con el champán sobre mis pechos, lamiendo y sorbiendo hasta la última gota.

Nuestros cuerpos ardían por completo, y no había rincón de ellos que no hubiésemos tocado. Metí la lengua en su boca hasta el fondo, apretándonos y rozándonos. Me solté y me puse detrás de él, rozando mis pezones erectos contra su piel, y tomando su miembro desde atrás, moviéndolo y apretándolo con mi mano hacia delante y hacia atrás.

Aidan de repente me dio la vuelta, pegando mi espalda a su pecho, arqueándola seguidamente hacia delante. Sabía qué quería, y yo también. Apoyé mis manos sobre el lavabo, y abrí mis piernas para él.

Y poco a poco, noté cómo Aidan introducía su sexo en el mío, con ansia, con gemidos de los dos en cada movimiento, en cada empuje que me daba y en los que yo apretaba mi sexo para sentirnos más.

Y mientras empujaba dentro de mí, Aidan se arqueaba para con sus dedos y sus manos tocar mi sexo, y mis pechos. Y así, a embestidas, entre gemidos, ardiendo los dos de deseo y de pasión, llegamos al éxtasis a la vez, sintiendo todo mi sexo entero mojado por los dos.

CAPÍTULO 14

Aidan y yo nos besamos tiernamente. Adoraba su forma dulce de besarme después de hacer el amor, y me seguía sorprendiendo cómo podía ser el hombre más tierno y dulce para segundos después pasar a ser el animal sexual que tanto placer me daba.

Volvíamos a llenar la bañera con agua caliente, ya que esta se había enfriado y aprovechamos para llevar la botella de champán al baño, y algunas fresas con chocolate.

Me introduje en el baño, y Aidan se sentó delante de mí, con su espalda entre mis piernas y apoyada en mi pecho, activando el hidromasaje de la bañera.

—Mmm... delicioso... —susurró Aidan.

Aproveché y alargué mi mano para tomar una fresa con chocolate de la bandeja y posarla en los labios de Aidan para que la mordiese. Pero de repente, él se echó hacia delante, intentando evitar algo, soltando a la vez una carcajada.

—¿Qué sucede? —pregunté asustada.

—Ja, ja, ja... las fresas... las fresas están también rellenas de chocolate y me ha chorreado el relleno por el labio.

Giró su rostro hacia mí y no pude evitar reírme al ver su barbilla llena de chocolate con leche.

—Ven —le susurré, mientras acercaba su rostro al mío suavemente con mis manos.

Acto seguido, con la punta de mi lengua comencé a lamer el chocolate que había en su barbilla, provocando que Aidan se estremeciera.

—Uff... riquísimo chocolate... —comenté.

—No hagas eso —amenazó Aidan.

—¿Por? —pregunté pícaramente, mientras subía mi lengua hacia sus labios.

—No juegues con fuego... —volvió a amenazar.

—¿Y si... me quiero quemar? —dije mordiéndole el labio inferior.

Y Aidan se volvió por completo hacia mí, introduciendo su lengua en mi boca apasionadamente, colocándose sobre mí en la bañera, rozando su sexo ya

endurecido con el mío y agarrando mi rostro con una mano mientras se sostenía con la otra.

—Sabes que no te vas a escapar, ¿verdad? —susurró excitado.

—Ni quiero hacerlo. —Reí entre dientes mientras sacaba mis piernas del agua para enredarlas en su espalda, acariciando su trasero con uno de mis talones, y mordiendo su oreja, para volver de nuevo a besarnos. Miré sus ojos, enturbiados de deseo. Acercó su boca a mi oído, susurrando:

—¿Qué quieres ahora?

—A ti, dentro de mí, ya —apremié—. Te quiero todo en mi interior.

Y Aidan entró en mí, suave, muy suave... creyendo enloquecer con cada uno de sus movimientos, ardiendo aún más al escucharlo gemir de esa forma demostrando tanta pasión, tanto placer... y con mis piernas sobre su espalda, le apretaba contra mi cuerpo obligándole a permanecer muy dentro de mí.

—¿Quieres gemir más fuerte aún? —preguntó sin separar su boca de la mía.

—Síííí —afirmé rogando.

Aidan sacó su sexo de mí hasta solo rozar mi entrada con su punta quedando quieto un segundo, fijando su mirada en la mía implorante e introduciendo de repente su sexo hasta el fondo del mío en una sola embestida, bruscamente, haciéndome gemir como una loca y gritar de placer...

Y Aidan siguió así con un ritmo loco, sintiendo su calor, sin poder dejar de arquearme y moverme bajo suya, hasta que Aidan lanzó un largo gemido al aire, cayendo sobre mí a la misma vez que mi cuerpo era invadido de uno y otro y otro espasmo, alcanzando el clímax juntos, sintiendo su sexo bombeando dentro de mi cuerpo de nuevo.

Y así quedamos, uno encima del otro, besándonos, con él todavía en mi interior, sonriéndonos.

De repente, miré al exterior de la bañera, por donde la espuma con tanto movimiento, había rebosado. Aidan observó también hacia el suelo, me miró, sonrió y dijo:

—La que hemos liado.

Y soltamos los dos una gran carcajada.

—Creo que será mejor que nos duchemos. —Sonreí—. Esta agua ya no sirve, ¡ji, ji, ji, ji!

—¡Ja, ja, ja! Sí, será lo mejor si queremos salir limpios.

Y Aidan salió poco a poco de mi interior sintiéndome en esos instantes extraña, vacía, como si mi cuerpo fuese un puzzle que echase de menos una pieza en él. Y era curioso, porque nunca me había sucedido, excepto con

Aidan.

Salimos de la bañera, y dejamos que corriese toda el agua mientras nos duchábamos el uno al otro en la ducha que completaba el baño. Todo su cuerpo me embelesaba, sintiendo la necesidad de acariciar cada parte de su cuerpo como si de una escultura se tratase. ¡¡¡Mmmm, le adoraba!

En el dormitorio, nos vestimos para salir a cenar y disfrutar del hotel aquella noche antes de dormir y descansar para el día siguiente.

Aidan me dio a probar una de las fresas con chocolate que la agradable mujer nos había llevado a la habitación.

—¡Están deliciosas! —exclamé.

Estaban recubiertas de chocolate blanco, y adornadas con pequeños granos de azúcar dorados. La fresa parecía compacta, pero al agarrarla por su verde rabito superior, y morderla, la fruta había sido vaciada por dentro para rellenarlas de chocolate con leche fundido. ¡Increíble y delicioso! Una verdadera y dulce delicatesen...

Noté que Aidan me observaba, y le pregunté:

—¿Qué sucede?

—Cris... —comenzó.

—¿Sí? —pregunté de nuevo, asustada ante el tono de su voz

—Te amo —dijo Aidan con tanto sentimiento que se me hizo un nudo en la garganta—. Te amo —repitió—. No sabes cuánto.

Y acto seguido, me abrazó, con intensidad, como si fuese a perderme o a desaparecer si me soltaba.

—Y yo a ti, Aidan —aseguré—. Como nunca antes había sentido.

—Cris, te quiero siempre conmigo —dijo hundiendo su rostro en mi pelo aún mojado.

Acaricié su pelo y su espalda mientras seguíamos abrazados, y después de unos minutos, nos dispusimos a salir de la habitación y del hotel para cenar en un restaurante cercano.

La cena fue ligera sin tardar mucho en regresar al hotel. Sinceramente, desde que habíamos salido de él, quería volver para disfrutar de aquella decoración tan hechizante y que, había podido admirar de pasada dejándome intrigada.

Desde el otro lado del puente de Bonifacio, que así se llamaba el puente que cruzaba de orilla a orilla hasta llegar al hotel, era maravillosa la estampa del hotel Ghesthouse. Sus ventanas de estilo medieval reflejaban la luz de aquellas lámparas que poseían formas de velas... la noche y las luces también de la calle, hacían que brillara la nieve posada sobre los ventanales y los tejados de

los edificios. Parecía una auténtica postal de Navidad salida de los cuentos de Charles Dickens.

Entramos en el hotel y nos dirigimos al salón. Un hermoso y acogedor salón de estilo gótico en el que una gran chimenea encendida, dejaba un delicioso olor a leña quemada en la estancia.

Una joven pareja se encontraba en él, sentados en un sofá de color beige frente a la chimenea, jugando al ajedrez sobre una mesa de gruesa madera y riendo cada vez que realizaban un movimiento crucial para uno de ellos y letal para el otro.

—¿Te apetece un té o un café? —me preguntó Aidan.

—Pues... no estaría mal. ¿Pero cómo vamos a prepararlo?

—Ven conmigo —dijo Aidan tomándome de la mano.

Y salimos del salón, para dirigirnos a una graciosa cocina de época. Me quedé prendada, porque parecía salida de un cuadro de bodegones. Había zonas de su pared que eran de color beige vintage para luego pasar a zonas de piedra con encimera de granito. Los muebles eran de madera vieja, y los fuegos negros antiguos que parecía que ibas a cocinar con carbón.

Una gran mesa de la misma gruesa madera que la del salón y sillas del mismo material se encontraba en el centro, sobre un suelo gris de piedra, y con bandejas llenas de frutas sobre ella.

Aidan se dirigió a los muebles ubicados sobre los fuegos de la cocina y de allí sacó bolsitas de té para prepararlas.

—Cuando estuve aquí la vez anterior, un matrimonio que estaba hospedado, me comentó que podías entrar en la cocina tú mismo para prepararte cualquier bebida caliente que se te apeteciera —comentó mientras calentaba el agua para preparar los tés—. ¿Quieres tomarlo aquí o en la habitación?

—Mejor en la habitación. Me siento cansada ya hoy —confesé.

—Estupendo —asintió él.

Y tal como preparó los tés, de otro de los muebles sacó una pequeña bandejita con dos tazas, sirvió el té, tomó unos sobres de azúcar y cucharas, y nos dirigimos a nuestra habitación, donde nos acostamos y abrazados vimos una película en el televisor. Pero después de tantas emociones en el día, y de tanto ajetreo en el trabajo, en el viaje, y... sexual, me quedé dormida con mi cabeza apoyada sobre el pecho de Aidan sin terminar de ver la película.

A la mañana siguiente, Aidan me despertó temprano, porque como dijo,

quería enseñarme Brujas. ¡Por favor, que me dirigí a la ducha aún con los ojos cerrados, de la prisa que estaba metiéndome Aidan, mientras él se desternillaba de la risa!

Cuando bajamos a desayunar, en el salón aún no había nadie.

—Aidan de verdad, ¿te has equivocado con la hora? ¿O tenemos que guardar fila en algún lugar en especial? ¡Porque somos los primeros en levantarnos y en desayunar! —dije, quejándome medio dormida.

Pero Aidan seguía riendo.

—No seas gruñona, que cuando comencemos a visitar Brujas, tus ojos se van a ir abriendo como platos cada vez más —aseguró.

Nos sentamos en una mesa pegada a uno de los ventanales, que, a pesar de la temperatura, abrimos para contemplar el canal mientras desayunábamos. Un desayuno... ideal, con varios tipos de frutas cortadas y preparadas sobre el plato, zumos de naranja natural y con bandejas colocadas en un carrito al lado de la mesa, que contenían diversas clases de bollos y croissants, así como mantequilla y mermelada para untar.

Cuando salimos del hotel nos dirigimos dando un paseo hacia el mercado de Brujas. Como dos enamorados andamos por las calles de la ciudad, cogidos de la mano unas veces, y otras, agarrados por la cintura. Aidan no paraba de darme besos, y yo, por supuesto, me dejaba mimar.

El mercado se encontraba en la plaza central... una gozada de lugar... decorado medieval, casas de colores con estatuas doradas... y cada una de ellas con su historia y sus emblemas identificativos dependiendo de la actividad que antiguamente hubiesen desempeñado. Estaba lleno de puestos de flores, de objetos elaborados por completo artesanalmente, quesos, verduras, frutas, chocolates... y a cada cual más bonito.

Era una ciudad, que como su nombre indicaba, embrujaba. Aidan me condujo hacia una especie de embarcadero en el que nos montamos en un barco con más personas, que nos llevó por los canales de Brujas. Súper romántico todo, con los maravillosos cisnes nadando sobre el agua del canal que unido a los tejados y los alféizares nevados de las ventanas, le daban un aire totalmente de cuento.

Visitamos el museo Groeninge, con verdaderas obras maestras de pintura flamenca; para luego seguir por el museo del diamante con su característico buzón de correos de color rojo en su entrada, donde pudimos conocer el proceso de fabricación de cada diamante.

A la hora de almorzar, regresamos al mercado donde compramos salchichas y

patatas para comerlos allí mismo en los puestos. Y para sorpresa, nos subimos a una calesa con caballos donde dimos una vuelta por toda la ciudad.

En la calesa, Aidan comenzó a ponerse meloso y romántico. Mientras nos besábamos, empezaron a caer copos de nieve sobre nosotros, pero daba igual. No sentía el frío de la nieve, porque Aidan estaba ahí, a mi lado, dándome todo su calor y sus besos ardientes. Y yo le abrazaba, y le besaba, y le acariciaba cada milímetro de piel que quedaba fuera de la ropa de abrigo...

Pero de repente, la calesa paró delante de una chocolatería. Su nombre, "THE OLD CHOCOLATE HOUSE". Una pasada de chocolatería... que te hacía pensar que estabas dentro del cuento Hansel y Gretel. Qué escaparate, madre mía... ¡para comerse todo lo que había en él!

Nos sentamos en una coqueta mesa y Aidan pidió la merienda típica de la casa. Pero... ¡aquello era exageradísimo! Gofres súper gigantes, nata súper cremosa para untar, azúcar *glass*, un tazón de leche que era más grande que mi cara cuando lo cogía... y chocolate en forma de gotas que se derretía dentro de la leche del tazón, para transformarse en chocolate caliente.

Mientras se derretía, aproveché para ir al servicio, pero ya con la idea de al regresar a la mesa, proponerle a Aidan compartir una merienda para los dos.

A la vuelta, cuando me senté, sobre la mesa, había una cajita.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Ábrelo —dijo Aidan—. Es para ti.

Abrí la caja y porque estaba sentada, porque si no, ¡me caigo al suelo en redondo!

Dentro de la cajita, había un anillo de oro blanco con diamantes en color azul y una cadena de oro blanco con un colgante y un diamante azul central.

—¿Y esto? —pregunté.

—¿Te gusta?

—Claro que sí, pero ¿cuándo lo has comprado? No entiendo, ¿por qué? —dije nerviosa. Las manos se me enfriaron de la impresión, y mi cabeza en ese instante, no pensaba ni reaccionaba.

—Lo compré en el museo, mientras estabas distraída y ensimismada viendo la demostración de tallado —dijo feliz—. Y, ¿por qué?, pues porque te amo, porque estoy enamorado de ti, y porque quiero que estemos siempre juntos.

Yo seguía ensimismada, sin creer lo que estaba pasando, dirigiendo mi mirada hacia Aidan primero y luego al contenido de la caja. Y así sucesivamente, abriendo y cerrando la boca como si fuese un pez.

—Cris... ¿quieres casarte conmigo?

¿Aidan estaba proponiéndome que nos casáramos? ¿Estaba soñando?

—¿Cris? —insistió Aidan, comenzando a tornarse su rostro de color blanco al ver que yo no contestaba.

—Sí, Aidan —respondí—. Sí quiero casarme contigo, sí quiero que estemos siempre juntos, desde el primer día en que te vi.

Y Aidan, en aquel momento y allí mismo, se levantó de su asiento, y se dirigió a mí, para levantarme también, y cogerme en brazos y besarme ante la mirada atónita de todos los presentes en la chocolatería.

Cuando me puso de nuevo los pies en el suelo, me colocó el anillo en el dedo, y la cadena con sumo cuidado alrededor de mi cuello.

Al terminar de merendar, y salir de la chocolatería, y conmigo aún en estado de shock, la calesa con los caballos estaba de nuevo esperándonos para llevarnos a donde quisiéramos.

—Al hotel, quiero regresar al hotel —dije convencida.

—¿Estás segura? —me preguntó Aidan.

—Sí. —Sin dudarlo ni un minuto.

Llegamos al hotel, y besándonos y acariciándonos, nos dirigimos a la habitación. No podía esperar a quitarle la ropa, a acariciar su suave piel, a besarle ardientemente, a sentirlo mío...

Aidan, por su forma de actuar, pensaba lo mismo que yo, tomándome en sus brazos con pasión para tumbarme sobre la cama. Nos comenzamos a quitar la ropa los dos a la vez, volando las manos sobre nuestros cuerpos, rozándonos y tocándonos sin dejar zona alguna por descubrir.

Aidan paró de repente, y le miré descolocada, intentando averiguar qué sucedía. Pero en seguida, bajó su rostro hacia mi vientre, y comenzó a besarlo, a lamerlo, y a la vez a quitarme las braguitas con sus manos. Ufff, cómo le deseaba dentro de mí.

Aidan siguió bajando con su lengua hasta encontrarse con mi sexo, totalmente húmedo por su culpa, y lamió, y relamió con tantas ganas, que hacía que no pudiese quedarme quieta bajo esa lengua caliente insistiendo, hasta conseguir que me corriese con su lengua, y cuando notó cómo mi cuerpo convulsionaba, Aidan se incorporó e introdujo su sexo duro, erecto y ardiente dentro de mí, empujando hasta el fondo de mi sexo, besándome con pasión, con ansia, notando cómo su sexo comenzaba a bombear en mí, quedándose quieto de repente, jadeando los dos, boca con boca, aliento con aliento, respiración con respiración.

Se quedó tumbado sobre mí. Era algo que me encantaba. Me gustaba sentir su

calor sobre mi cuerpo, y su cuerpo sobre el mío, como si fuéramos solo uno, adorando acariciar su pelo alborotado mientras nos mirábamos sonriéndonos.

Y me invadió una extraña sensación. Me entraron unas enormes ganas de llorar, pero de llorar de felicidad. Llorar porque amaba a Aidan como nunca había amado y como nunca amaría a nadie.

Porque conocer a Aidan, en mi corazón había marcado un antes y un después. Un antes, en el que, a pesar de haber estado con Álex, no había conocido el amor, y un después, en el que conocer a Aidan, me había hecho descubrir qué era sentirse como una verdadera mujer enamorada y deseada por el hombre de su vida.

A la mañana siguiente, regresamos a Londres, con sonrisas de oreja a oreja cada uno, y con el único pensamiento en mi cabeza de casarme con Aidan.

Thomas y Shirley en cuanto vieron mi anillo supieron qué significaba, y mi amiga, comenzó a pegar saltos de emoción y de felicidad por nosotros porque siempre habían visto con buenos ojos la relación.

CAPÍTULO 15

Aunque aún no habíamos hecho público nada entre los amigos de Aidan ni en mi familia, tanto él como yo nos sentíamos pletóricos y barajábamos fechas para la boda, aunque aún no teníamos ninguna decidida, a la espera de los resultados de las pruebas que a mi madre le estaban realizando en España.

Sí lo sabían Candance y Phil, a los que les había encantado y hecho muy felices la noticia. Y sobre todo Phil, al que Aidan le había ofrecido ser el padrino de nuestra boda. Esta se celebraría en Rainbow Cottage, pero ya Aidan había dejado muy claro a Candance, que ella no tendría que hacerse cargo de nada porque de todo se encargarían diferentes empresas de catering, decoración y flores.

La boda sería muy sencilla, con pocos invitados. Solo los amigos y familiares más íntimos, que se alojarían en uno de los pueblos más cercanos a Rainbow Cottage.

El día y medio libre de mi trabajo en la taberna, solíamos echar vistazos en las tiendas, para ir iniciando preparativos. Y una mañana, nos encontramos con un actor amigo de Aidan; Arthur, el cual le recordó que aquella noche estábamos invitados a una fiesta en su casa. A Aidan se le había olvidado por completo, así que todo lo que teníamos pensado para aquel día, lo anulamos.

Por la tarde, comenzamos a prepararnos para la fiesta, en la que Aidan y yo habíamos llegado al acuerdo de no comunicar aún nada sobre la boda, hasta que lo tuviésemos todo listo, y fijada ya la fecha.

Me dirigí hacia el dormitorio de Aidan para preguntar si ya estaba listo. Llamé a la puerta, a través de la que escuché su voz indicándome que pasara al interior y así lo hice. Aidan se encontraba descalzo de espaldas a mí sin haberse abrochado aún la camisa.

Me había vestido totalmente diferente a mi primera intención. Un vestido largo plateado y ajustado, de mínimos tirantes había sido mi última elección, combinándolo con unos zapatos de tacón alto, maquillaje sencillo, pero que hiciese resaltar mis rasgos, y el cabello suelto y ondulado.

—¿Estás listo? —pregunté sabiendo que no era así.

—No, pero es poco lo que... —dijo y se volvió despacio, mirándome perplejo— me queda para terminar.

—Siento no ir vestida como en un primer momento te dije, pero... contratiempos de última hora.

Le observé de arriba abajo. Tenía el pecho descubierto y los pantalones desabrochados. ¡La tentación y mi imaginación no eran buenas consejeras!, mucho menos cuando se acercó a mí, posó sus labios en mi oreja y susurró al oído:

—¿Sabes que estás tentadora e irresistiblemente atractiva?

—¿Y tú que estás tentadoramente sexy y seductor?

Me besó apasionadamente y acaricié su pecho con ambas manos.

—Aún es temprano, ¿verdad? —le comenté.

—Me encantaría saber qué estás pensando —dijo excitado.

—¿Y si te dijese que las únicas que piensan ahora son mis hormonas? —Le sonreí—. Quieren rebelarse —le susurré en voz baja.

—¿Y qué esperan para armar la revolución? —apremió, besándome en el cuello.

—Tu permiso —dije inocente.

—¡Permiso concedido!

—Entonces... serás mi prisionero —amenacé riendo.

Le dejé el torso descubierto mientras besaba y saboreaba todo su pecho, subiendo por su garganta hasta llegar a su boca. Adoraba pasar mi lengua siguiendo ese camino de deseo mientras notaba bajo mí, cada vez más su excitación viendo los gestos de su rostro con los ojos cerrados y que me hacían ver cuánto me deseaba.

Sus manos se introdujeron bajo mi vestido acariciándome la espalda, agarrándose con desesperación a mí. Se incorporó y sus ojos azules se clavaron en los míos. Creí morir con esa intensidad y fuerza que poseía.

Me quitó el vestido. Se levantó conmigo sentada sobre él y me posó sobre la cama recorriendo sus labios todo mi cuerpo, mis senos, mi vientre, mi sexo, dejando a cada paso un aliento cálido y sediento.

Quedamos completamente desnudos, mientras mi lengua, después de haber jugado con cada parte de su pecho y de su abdomen, se dirigía hacia su sexo tan erecto y viril y mis manos apretaban sus muslos con pasión. Aidan me miraba fijamente, ardiendo su rostro e introduciendo sus dedos en mi cabello.

Me volví a colocar sobre él, penetrándome suavemente, moviéndome a medida que veía su rostro de placer, notando bajo mis manos latir

aceleradamente su corazón.

Sin salir de mi interior, se tumbó sobre mí, con movimientos más rápidos cada vez, ansioso, mientras nuestras lenguas nos quemaban más y más, tocándonos y rozándonos intensamente por todo el cuerpo. Así, deseándonos, pegando nuestros cuerpos para convertirlos solo en uno. Sin desear que despegara de mí su piel de la mía... Y así, poco a poco, acompasadamente, entre gemidos y placer, el éxtasis llegó a nosotros.

Tumbado aún sobre mí, mis dedos acariciaban dulcemente su espalda mientras me besaba larga y tiernamente. Me miró a los ojos susurrándome:

—Si supieras cuánto te amo, Cris... —Y dulcemente me abrazó.

Me emocionaba cada vez que veía su rostro diciendo que me amaba. Se volvía todo dulzura, y la fuerza y el temperamento que poseía desaparecían momentáneamente. Pero en aquel instante, observé la hora del reloj de pared situado en el dormitorio, dando un salto de la cama.

—¡Es hora de vestirse! —exclamé.

—Odio esta fiesta —farfulló resignado.

—Yo también.

Y juntos los dos, reímos de buena gana.

Nos vestimos de nuevo y volví a maquillarme. Salimos de la casa un poco apurados, pero con esperanzas de llegar a tiempo. Aidan antes de entrar en el coche, me besó y en ese instante le dije:

—Yo también te amo más de lo que puedas imaginarte.

Su rostro se iluminó y se turbó. Comencé a reír cambiando su gesto de turbación a pregunta.

—¡A veces, me pregunto cómo puedes volverte tan tímido!

Llegamos a la fiesta puntualmente, habiendo llegado al acuerdo en que aún no diríamos nada de nuestra futura boda. Seguía dándome pánico conocer personas relacionadas con Aidan, no por sus formas de ser ni por la esfera social que ocupaban, sino porque no quería dejarle en mal lugar o que pudieran surgir rumores o estúpidas comparaciones.

Aidan lo sabía, aunque ni me lo había confesado, ni me había aceptado ninguna excusa para no asistir. Imaginé que querría ponernos a prueba a ambos y a todas aquellas personas que nos rodearían esa noche. Él era así.

Cuando entramos en el gran salón no pude evitar dar un paso atrás, pero Aidan me sujetó. Se encontraba toda la instancia muy iluminada y terriblemente abarrotada de gente totalmente desconocida para mí. Noté que Aidan me observaba, volví la vista hacia él y sonrió inocentemente

susurrándome al oído:

—Te amo, futura esposa.

Respiré profundamente y me dije a mí misma: «Cris, adelante, tú puedes».

Después de varias presentaciones, el miedo fue apartándose de mí. Me sentí más segura, sobre todo cuando una mujer más o menos de mi edad se acercó aconsejándome:

—Ven conmigo, querida. Dejémosles hablando de sus aburridos asuntos — dijo sonriendo.

En el rostro de Aidan observé que la idea no le hacía la menor gracia, pero pareció resignarse.

Me condujo hacia uno de los rincones del salón donde dos hombres de unos veintisiete, veintiocho años, conversaban alegremente. Allí se presentó:

—Yo soy Lindsay. Ellos son Robert y Edward —me indicó la muchacha a la cual prosiguió—: Tú eres Cris, ¿verdad? —No pude disimular mi cara de sorpresa y dijo—: Oh, supongo que todos saben que eres la muchacha española que se aloja en casa de Aidan, y por la que se rumorea que él está loquito —dijo riendo y logrando que me ruborizara.

Poco a poco fueron introduciéndome en su conversación pudiendo observarles más detenidamente. Lindsay era una simpática joven de veinticuatro años, de pelo castaño, alta y delgada. Edward era un atractivo joven rubio de ojos verdes, coqueto, muy coqueto, podría asegurar, muy seguro de aquello que hablaba, pero sin dejar de ser educado.

Robert fue el que realmente más me sorprendió. Especialmente amable, atractivo y tímido. Moreno, de ojos azules, su forma de hablar y comportarse me resultó descaradamente parecido al carácter de Aidan. Este hecho me llamó la atención y me propuse averiguar el porqué.

Mi aspecto físico contrastaba en gran medida con el de muchas mujeres que se encontraban allí presentes, y era notable el hecho de que yo era la mujer española acompañante de Aidan.

Mi cabello y ojos negros, mi piel tostada por el sol y mi cuerpo un poco curvilíneo; era lo que se describía como el canon de mujer latina y no inglesa, por eso muchos de los allí reunidos observaban a la joven desconocida de la reunión.

Aidan se acercó a nosotros para comunicarnos que la cena ya estaba servida y que debíamos ocupar nuestros asientos. Adiviné que él intentaba que yo ocupase el asiento a su lado, algo que me apetecía enormemente, pero Robert me tiró sutilmente del brazo para conducirme al lugar destinado como sus

asientos.

La cena transcurrió agradable, aunque Aidan no dejaba de observar cada movimiento de Robert, que se hallaba sentado a mi lado. Noté en sus ojos una expresión que había notado en su carácter, pero nunca en su mirada. Era obvio que le incomodaban las atenciones de Robert conmigo y a pesar de que a veces incluso me despistaba de la conversación, este no dejaba de ser amable y amistoso.

Terminada la cena me dirigí al jardín. Mi principal intención era tomar el fresco, pero también estar un momento a solas con Aidan, del que llamé disimuladamente la atención.

—¿Sabes? —susurró mientras me abrazaba por la espalda sujetándonos ambos las manos en mi cintura—. Me muero por abrazarte y besarte muy largamente. Daría tanto porque todos desapareciesen...

Su voz sonó apasionada y su cercanía muy peligrosa.

—¡Estás loco! —Le aparté un poco y le dije con sonrisa lujuriosa—: Aunque yo también deseo lo mismo —le contesté picaronamente.

Pero esa mutua compañía nos duró tan solo unos minutos porque los chicos aparecieron de nuevo y el padre de Lindsay se dispuso a llevar a Aidan a otra habitación.

—Vamos Aidan, entre esta juventud sobramos...

Nos miró con resignación y alzó los hombros. Sus ojos... siempre su mirada clavada en mí.

Después de mucho indagar, logré saber que Robert era un gran admirador de Aidan, que todo lo que hacía le fascinaba hasta el punto de imitar cualquier minúsculo gesto suyo.

Aidan era idolatrado entre todos los presentes. Su aspecto bonachón y su gran humanidad eran virtudes admiradas por aquellas personas, y parecían justificar cada uno de los fallos que fuese capaz de cometer.

La velada transcurrió tranquila y más rápida de lo que había imaginado; aunque Robert se había llegado a comportar de una forma un poco pesada. En el salón, Aidan conversaba con Arthur, uno de los actores con los que años anteriores compartió cartel.

—Creo que ya va siendo hora de que Cris y yo nos marchemos —dijo Aidan posando su vaso de whisky en la pequeña mesa.

—¡Oh, vamos! Déjalos que disfruten. Son jóvenes y parecen haber simpatizado mucho. No querrás que la muchacha esté siempre sola en tu compañía...

Aidan miró a través de los ventanales y chasqueó los dedos. ¡Qué gesto tan asentado en él!

—Aidan... —comenzó Arthur.

—¿Sí? —Se volvió este.

—Esa joven posee un gran atractivo, ¿quién es? —preguntó curioso.

—Ya te lo dije, es una muchacha a la que conocí en Londres. —Era reacio a hablar sobre ella y Arthur lo notó.

—Sí, pero... ¿cómo la conociste? Me es extraño que estés tan apegado a ella.

—Oh, no. Solo está bajo mi responsabilidad. Un día casi le atropello, y dos noches después coincidimos en Carlston' Tavern de Londres. Me acerqué a ella, comenzamos a charlar, le invité al teatro a ver la obra y nos hicimos amigos. —Pero Aidan no quiso dar más detalles.

—Seguro que es solo una amiga entonces —inquirió.

—¡Pues claro!, ¿qué se puede opinar de todo esto entonces, si no?

—Estás nervioso Aidan, incómodo y casi no has disfrutado de la fiesta desde que ella está con los muchachos.

—No es nada, te lo aseguro. Solo es imaginación tuya. Esa cabecita te juega malas pasadas a veces. —Comenzó a reír.

Cuando nos marchamos de allí, soporté un angustioso silencio camino de la casa en Londres. Se encontraba cerca de la casa de Arthur, Aidan había bebido más de la cuenta, y fue precavido al dejar el coche allí y no querer conducir fuera de la ciudad.

Ya en la casa me besó, y un seco “buenas noches” fue su única despedida. Antes de subir al dormitorio le vi dirigirse hacia la biblioteca, donde se sentó.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

—Claro, ¿por qué no habría de estarlo?

Pero su voz sonaba a gran sarcasmo. Estaba bebido y no diría nada, así que preferí irme a la cama en cuartos separados, porque si volvía a preguntarle sabía que solo intentaría herirse él mismo con sus palabras.

—Buenas noches, Aidan —me despedí resignada y me marché a mi dormitorio.

No dormiría hasta que no escuchase cerrar la puerta de su dormitorio, pero pasaron dos horas, y lo que escuché fue un gran golpe que provenía del piso de abajo. Corrí las escaleras hacia abajo y me dirigí hacia la biblioteca, ya que la luz aún estaba encendida.

Cuando abrí la puerta, solo pude mirar hacia cada rincón de la estancia. La mayoría de los libros estaban en el suelo esparcidos, y una de las botellas, rota sobre la alfombra.

En ese instante, Aidan dirigía su puño hacia una de las estanterías y corrí hacia él. No pude evitar que diese el puñetazo, pero le agarré fuertemente para que no siguiera haciéndose daño.

—Aidan, ¿qué sucede? —grité.

Por un momento, se resistió a tocarme, incluso quiso apartarme, pero me miró y me abrazó. Sencillamente, se derrumbó. Estaba muy bebido y sus ojos me delataron que había llorado. Volvía a aparecer el Aidan violento consigo mismo del que tanto había escuchado hablar, como si todo lo que sucediese a su alrededor fuese solo culpa suya.

Allí estábamos los dos sentados en el suelo, con su cabeza sobre mi pecho tratando de calmarse. Lloré por verlo así, por no saber qué le sucedía, pero imaginé que hasta que no llegase la tranquilidad, preguntar sería como encomendar el alma al diablo. Había aprendido que cuando Aidan caía en ese estado, no era bueno obligarle a sacar conclusiones.

Pasaba de ser tan dulce y tan romántico, para pasar a ser agresivo o maleducado. Aunque sí podía llegar a entender esos estados de personalidad, ya que la mayor parte de mi vida había estado regida por ellos.

Poco a poco, quizás a causa de su embriaguez o desahogo, se fue quedando dormido como un niño pequeño mientras le acariciaba el cabello.

A la sexta campanada del reloj de la biblioteca, mis ojos se entreabrieron. Aidan seguía acurrucado y abrazado a mí, pero me observaba. Aquellos ojos azules con la expresión de un crío eran mi vida entera. Le sonreí y me besó.

—Siento lo que sucedió anoche —se disculpó observando nuestro alrededor—. No sé qué pasó por mi cabeza.

—Sí lo sabes Aidan, solo que no quieres hablar de ello. —Me levanté y me dirigí hacia la puerta de la biblioteca con intención de marcharme.

—¿Y no quieres saberlo? —dijo irritado.

—Claro que sí, pero cuando TÚ quieras confiármelo.

—Celos, miedos, dependencia... una mezcla explosiva, ¿verdad?

—Mucho más explosiva si le agregas alcohol —afirmé.

—Anoche... no pensé nunca que una mujer podría conseguir atarme a ella. Siempre he intentado y logrado que ninguna persona ejerza tanto poder sobre mí como para no preocuparme si me hacía daño. No he dejado que nadie se acerque tanto, ni siquiera en mis matrimonios. Tengo cuarenta y seis años y, ¿una joven de veintinueve años lo ha conseguido? —Me miró fijamente, aún reacio a darse cuenta de lo que sentía—. Pensé que anoche podría controlar la situación, pero te felicito, porque la controlaste mejor que yo.

—¿A qué te refieres? —le pregunté.

—Arthur se percató de mi incomodidad, de mi nerviosismo. Todo por culpa de Robert.

Su voz comenzó a elevarse de tono:

—Odié a ese muchacho porque me hizo ver que él solo por su edad, tenía más oportunidades de acercarse a ti, de cara a los demás.

—Pero estoy contigo y a quien amo es a ti, a nadie más.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó con sarcasmo.

—Durante toda mi vida. No entiendo el porqué de tus dudas, no entiendo por qué intentas evitar el reconocer que tú sientes lo mismo. —Me sofoqué—. Acepté tu proposición de matrimonio, vamos a casarnos... y, ¿lo dudas?

—¿Te quedarás siempre a mi lado?

—Ahora mismo es imposible, Aidan —respondí tajante—. No puedo asegurarte cuánto estaré fuera en el momento en que los resultados de las pruebas médicas de mi madre se sepan. Pero eso no significa, que no te ame, y que solo sea una separación temporal.

Se alteró considerablemente y me zarandeó los hombros.

—No soportaré que te marches, ¿no lo entiendes? Dejé de ser ese hombre solitario que siempre he sido, aquel que se apartaba de la gente y desconfiaba de las emociones. Me es imposible el aceptar perderte.

—Pero es que no me vas a perder.

Pero Aidan no atendía a razones.

Le noté desesperado, y sabía que tenía razón, porque yo me encontraba en la misma situación que él. Todo aquello me comía por dentro.

—Lo siento mucho Aidan, pero mi decisión ya está tomada, volveré a España cuando sea el momento.

¿Yo estaba diciendo aquello? Me odié a mí misma por no tener el valor de dejarlo todo y quedarme a su lado, por hacernos daño a ambos, pero sabía que, si estando enferma mi madre, me quedaba junto a él, muchos aspectos de

nuestras vidas se verían afectados y no estaba dispuesta a que se encontrara vacío por perder tantas cosas por las que él había luchado, entre ellas su carrera de actor. Era lo que él realmente había amado siempre, en lo que se había volcado y confiado. Pero Aidan también sabía que había aceptado casarme con él, y que si en algún momento, y como le había afirmado, llegaba la hora de separarnos, solo sería una situación temporal. Salí de la casa, para no arrepentirme de aquello.

Cuando regresé a esta, Aidan había preparado una maleta para cada uno.

—¿Dónde vamos? —dije sorprendida.

—A Rainbow Cottage, unos días. Marc va a hacer reformas en la taberna, y yo... quiero tomarme unos días de vacaciones en el que nos dediquemos solo a nosotros.

—Nunca puedo negarme a regresar al paraíso con el amor de mi vida —dije sonriendo.

Y así hicimos. Vivir en el paraíso durante unos días, el sueño de dos enamorados.

CAPÍTULO 16

Habíamos vuelto a Londres a regañadientes por parte de Aidan después de disfrutar esos días en Rainbow Cottage, para un asunto de papeleos con su representante y para el estudio del guion de una nueva película que le habían ofrecido.

Aidan estaba muy ilusionado con el proyecto, porque además se rodaría en Escocia, y aunque él quería que le acompañase a la oficina, yo prefería no estar delante en temas de trabajo, así que decidí aprovechar ese día para pasarlo con Shirley y Thomas, e informarme sobre temas de bodas en Inglaterra.

Estaba en la ducha para arreglarme y salir, cuando escuché sonar mi teléfono móvil. Corrí para responder a la llamada, quizás fuese Aidan.

Pero era Zaira, mi hermana. La llamada cayó como una maza sobre mí. Mi madre había empeorado mucho y el resultado de las pruebas había provocado que los médicos actuaran de inmediato. De la forma que fuese, tenía que volver aquel mismo día a España. Y por el tono de mi hermana, algo me decía que la situación era más preocupante de lo que, en llamadas anteriores, me había hecho ver.

El sueño en el que había vivido durante esos meses, acababa de finalizar. Llamé y llamé y llamé a Aidan, pero solo me respondía la operadora con el mensaje “el móvil se encuentra apagado o fuera de cobertura”. Solo pude dejarle dicho en el buzón de voz que regresaría lo antes que me fuese posible. Y mientras, preparaba las maletas y hablaba con las compañías de avión buscando algún billete de vuelo que se hubiese anulado, hecho que conseguí a la quinta llamada.

Para mayor sorpresa aún, cuando llegué al aeropuerto de Málaga, Álex era quien me esperaba para llevarme a casa. Mi pasado regresaba para volver a ser mi presente.

Al ver a Álex, no supe qué hacer. Allí estábamos los dos, frente a frente, de nuevo, con tantos meses sin vernos y con una nueva vida a mis espaldas que nadie podía imaginar, con unos sentimientos alcanzados con Aidan que con él

nunca había sido capaz de experimentar...

Pero él me abrazó, así, sin más. Y yo lloré, y lloré, por todo. Por mi madre, por el daño que en el pasado le había causado a Álex, por el que sabía que iba a ocasionarle a Aidan, y por mí misma. Por haberme permitido vivir un sueño del que tarde o temprano despertaría. Y por haber sentido tanto en mi interior, sentimientos de libertad, deseo, pasión y amor, que la vida había apartado de mí de un plumazo.

—No te preocupes. Ya estás aquí —susurró Álex.

Y mi interior parecía querer gritar:

«Lloro por estar aquí», pero una sensación de ahogo y de presión en la garganta, no dejaba que de mis labios pronunciara ninguna palabra.

Álex introdujo la maleta en el coche mientras que yo me acomodaba en el asiento del copiloto.

Durante el camino, Álex me dijo:

—Te han sentado estupendamente estos meses en Londres.

«No, me ha sentado estupendamente mi vida con Aidan» pensé para mis adentros.

—Gracias —respondí—. ¿Y mi madre, Álex?

—No te voy a engañar. Ahora mismo su estado es regular, y no quería que te avisáramos porque decía que tu voz por teléfono cuando hablabais, estaba llena de vida y felicidad.

Qué ironía. En los cinco años que estuvimos juntos, nunca experimenté tanta felicidad como en aquellos meses.

No quise responder, así que nos mantuvimos en silencio el resto del trayecto. Quizás había muchas cosas de las que hablar, pero no me salían las palabras. No me encontraba con fuerzas.

Álex y yo llegamos a casa, y después de saludar y abrazar fuertemente a mis hermanas, les pregunté:

—¿Y mamá?

—En su habitación, descansando. Tuvo sesión de quimioterapia esta misma mañana —dijo Zaira y prosiguió—: No esperábamos que llegases tan pronto.

—Quedó una plaza disponible en el primer vuelo directo hacia aquí. ¡Suerte, imagino! —respondí—. Espera, espera, espera... ¿quimioterapia? Creo que tenéis que explicarme muchas cosas, y será en cuanto baje de ver si mamá está despierta —dije enfadada, arrepintiéndome en aquel instante del mensaje de

voz que había dejado a Aidan.

Acto seguido, subí las escaleras que conducían al primer piso, donde estaban situados nuestros dormitorios, dirigiéndome directamente al de mi madre.

Entreabrí un poco la puerta, ya que si dormía no interrumpiría su sueño ni su descanso.

—¿Sí? —Escuché.

—¿Mamá? —susurré.

—Cris... ¿eres tú? —dijo encendiendo la luz de la lamparita de su mesita de noche.

—Sí, soy yo mami —respondí.

Y poco a poco, me acerqué a la cama donde se encontraba recostada. Me senté a su lado, nos miramos, y llorando nos abrazamos. No eran momentos de reproches por ninguna de las partes.

—¿Cómo estás? —le pregunté cuando pudimos tranquilizarnos.

—Cansada un poco, los médicos dijeron que sería normal. Pero ahora que estás aquí, más tranquila —comentó sonriendo—. La tienda...

—Oh, mamá, no hablemos ahora mismo de eso. Antes quiero saber de ti, de vosotros, de lo sucedido estos meses —contesté tomando sus manos.

—Tú también tienes que contar muchas cosas, ¿verdad? —dijo sonriendo pícaramente—. Te veías muy feliz en las fotos que enviabas a tus hermanas, hija. Y te noto cambiada —prosiguió acariciando mi rostro con una de sus manos.

—¡Estás helada, mamá! —Me levanté y la obligué a tumbarse y volver a meterse bajo la ropa de cama—. Vamos, duerme un rato. Mientras, desharé las maletas, ¿de acuerdo?

—Está bien... pero prométeme que me contarás todo.

—¡Claro mamá! Tenemos mucho tiempo, no te preocupes. —Y dicho esto, le di un beso en la frente y salí poco a poco del dormitorio para dejarla descansar.

Bajé de nuevo hacia el salón. Quería saber, pero sin que ella estuviese delante.

Álex seguía allí, sentado en el sofá, junto a mis hermanas. Y eso hice también, tomar asiento en uno de los sofás individuales de la habitación.

—¿En qué situación se encuentra mamá? —pregunté así, directamente, sin más.

Mi hermana Laura comenzó a hablar:

—Pues... no se sabe aún.

—¿Cómo que no se sabe aún? —dije enfadándome, pero Zaira prosiguió:

—Ya sabes que mamá se sometió a las pruebas que te comenté por teléfono... los marcadores tumorales estaban muy elevados en la analítica que le realizaron, así que decidieron biopsiarle una muestra de su útero. Y los resultados han sido malos, muy malos, Cris.

Zaira comenzó a llorar y a mirar hacia el suelo. Me levanté y me senté a su lado para tranquilizarla.

—Tranquila. Poco a poco... llora todo lo que necesites. Es mejor así a que lo guardes todo dentro —le susurré con un enorme nudo en la garganta.

—La... la oncóloga nos confirmó la noticia que temíamos. Cáncer de útero en estado avanzado.

—¿Y la quimioterapia? —pregunté.

—Ahora mismo ocho ciclos, de cuatro sesiones cada uno, siendo cada sesión, semanal. Para reducir el tumor y poder operarla —continuó Zaira mirando a un punto fijo del salón—. Pero, aun así, no han asegurado nada hasta después de la operación.

—¿Y mamá? ¿Cómo ha encajado el golpe? —pregunté preocupada.

Laura habló en ese instante:

—Nosotras lo hemos encajado peor, Cris. Ella dice sentirse fuerte, ya sabes cómo es.

Sí, así era mi madre, fuerte, y si no se sentía fuerte, de todas formas, no lo demostraría. Y si tenía que llorar, tampoco lo haría delante tuya. Y por eso mismo, me había impresionado muchísimo que hubiese llorado conmigo al vernos de nuevo.

—¿Y hoy cómo se ha sentido en su primera sesión? —seguí preguntando.

—¡Con mucho ánimo! Riéndose con las enfermeras, esperando que pasaran las horas de rigor con su sonrisa de siempre... y compartiendo impresiones con dos señoras más que estaban también en su sesión. Muy preguntona, y muy enfadada al saber que se le caería el cabello. ¡Ya sabes lo presumida que es! —respondió Laura con una sonrisa a medias.

Y sonreí al imaginar a mi madre con su rostro de enfado por la noticia de la pérdida de su cabello.

—Bueno, mejor que se lo haya tomado así. Los meses futuros van a ser duros, y no siempre se sentirá tan fuerte. —Miré a mis hermanas—. Y ahí sí que tendremos que tener fuerza nosotras para cuidar de ella.

Ambas asintieron. Y Álex repentinamente habló:

—Cris, sé que no soy de la familia... pero podéis contar conmigo para todo

lo que os haga falta, y todo aquello que necesitéis.

— Muchísimas gracias Álex, de verdad, porque sé que lo dices de corazón al igual que tú sabes también que tienes las puertas abiertas de nuestra casa. Además, nuestra madre siempre te ha querido como al hijo que nunca tuvo — le agradecí.

Y por un instante, me sentí mal y culpable al no comunicarle a Álex en su momento, mi decisión de irme a Londres ni de realizar siquiera una llamada para hablar con él y explicarme en todos aquellos meses...

El resto de la tarde transcurrió tranquilo. Mis hermanas me pusieron al corriente de todo lo sucedido desde mi vuelo a Londres, y sobre las nueve me dirigí a la cocina para hacer la cena.

Mamá hacía rato que se había despertado, y conversaba animadamente en el porche de la casa con Álex y con mi hermana pequeña Laura. Y allí estaba ella, sentada en la mecedora que mi padre le regaló en uno de sus aniversarios de boda, bien abrigada, y riéndose con anécdotas que Álex le contaba.

La cocina se encontraba situada cerca del salón y del porche, así que podía escuchar sus risas, que, dentro de mi tristeza, me alegraban por ella.

Con los nervios que tenía en el estómago, ni siquiera había notado la diferencia de horario en la cena ya el primer día de llegar a España.

—Ahora que estás aquí... cocinarás alguna vez platos ingleses, ¿a que sí? Por fa, por fa... —imploró mi hermana Zaira que me acompañaba en la cocina.

—¡Ja, ja, ja, ja! —Reí—. Sííí, alguna vez lo haré. Pero por ahora, no —dije con un repentino halo de tristeza.

—Y Aidan... ¿cómo se lo ha tomado? —preguntó.

—No sabe nada —solté así, sin más.

—¡QUÉÉÉ! —gritó mi hermana.

—Sshh, baja la voz, ¿quieres? —le susurré.

—Pero ¿estás loca? —me recriminó.

—No hubo tiempo de decirle nada. Él no estaba en casa, y no pudo coger el teléfono cuando lo llamé. Aidan tenía una reunión importante para un papel y no quise seguir insistiendo más.

—¿Y por qué no lo llamas ahora?

—No.

—¿No? ¿Por qué? No te entiendo.

—Le dejé una nota comunicándole que por problemas de salud de mamá tenía que regresar a España.

—Llámale —dijo mi hermana amenazante—. Es raro que él no lo haya hecho ya.

—No puede hacerlo.

—¿Por?

—Pues... porque el móvil que utilizaba en Inglaterra lo he dejado allí. Y él no conoce el número de mi móvil en España —confesé.

—Cris... ¡POR FAVOR! —exclamó enfadada.

—Zaira... sé que he hecho mal, pero piénsalo. Yo aquí, en España, con mamá enferma. Vosotras estudiando, tendré que hacerme cargo de la tienda. Las sesiones de mamá, su operación, su convalecencia... ya sabes por papá lo duro que es, aunque ella sea fuerte... Aidan tiene su vida allí totalmente diferente, con sus ensayos, sus rodajes... son dos mundos y situaciones que ahora mismo nos aleja más de lo que nos acerca. —Pero las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos.

Zaira me abrazó.

—¿Ves? Y esto precisamente es lo que no quiero. Quizás los dos nos sentiremos mal un tiempo, pero sin saber nada de ambos, ni él de mí, ni yo de él, llegará un día en que seguiremos nuestras vidas. Pero si seguimos teniendo contacto... todos los días lo pasaremos mal por no poder estar juntos.

—Pero no lo has dejado decidir, Cris —me recriminó Zaira—. ¿Y si te busca? En la taberna, en la agencia...

—En la taberna solo conocían mis datos en Inglaterra, tanto mi dirección como mi número de teléfono inglés. Y en la agencia di órdenes de que no comunicasen mis datos a nadie.

—Le amas, ¿verdad? —me preguntó.

—No sabes cuánto —confesé—. Y me duele estar haciendo esto.

Mi hermana puso cara de total desaprobación, pero en aquel instante Álex entró en la cocina, y las dos nos callamos.

—¿Interrumpo? —preguntó apurado.

Zaira abrió la boca, pero no la dejé hablar:

—No, Álex, no interrumpes. Dime —me apresuré a contestar.

—Venía a por un vaso de agua fresca para Marta —respondió a su vez, nervioso.

Me pregunté hasta dónde habría escuchado de la conversación. Abrí el frigorífico, y tomé una de las botellas pequeñas de agua mineral que mis

hermanas habían comprado para mi madre, Marta, colocándosela abierta con un vaso al lado, en una bandejita que muchas veces utilizaba mi madre para desayunar en la cama.

—Mmmm, ¡qué bien huele! —dijo Álex quizás para cortar un poco la tensión—. A esas tortillas de patatas que tan bien te salían, Cris.

—Salían no... ¡salen! —Y reí.

—Si queréis, vuelvo ahora y comienzo a poner la mesa en el salón. —Se ofreció Álex.

—Pues mira... ¡si te empeñas! —respondí—. Además, sabes perfectamente dónde está cada cosa. Bueno, si no ha cambiado nada en estos meses. —Y miré a Zaira.

—Todo sigue en el mismo sitio. Parece que no conoces a mamá en ese aspecto. Tooodoo en su lugar —respondió Zaira.

—Ahora vuelvo entonces... —Y Álex salió de la cocina.

—Se ha portado fenomenal estos meses, ¿sabes? Cada semana preguntaba por ti, y desde que supo lo de mamá, cada día por ella también.

Me detuve en lo que estaba haciendo, y miré a mi hermana.

—¿Y? —pregunté.

—Cris, no estés a la defensiva. No te estoy diciendo que vuelvas con él, solo te cuento que se ha desvivido por mamá, y que tengas cuidado porque aún sigue queriéndote.

—Yo también le quiero Zaira, nunca he dicho que odiara a Álex —refunfuñé.

—Sí, le quieres, pero no con los mismos sentimientos que Álex tiene por ti. Sigue enamorado, Cris. Ten cuidado.

—No quiero hacer daño a nadie, ni más situaciones complicadas. Y menos con mamá así.

Álex volvió a aparecer, y mi hermana Laura entró al salón con mi madre, para venir a la cocina, y poner la mesa con él.

Transcurrida la cena, mamá se acostó porque seguía cansada aunque feliz, porque como dijo mientras cenábamos, ya nos tenía a todas reunidos otra vez.

Zaira y Laura quitaron la mesa, y yo salí un momento para tomar el aire en el porche. Necesitaba respirar.

Recordaba cada instante con Aidan, y sentía una enorme sensación de ahogo invadiéndome. No podía dejar de tocar mi anillo, aquel anillo que significaba tanto para los dos...

—¿Te encuentras bien? —Sentí una voz detrás de mí.

Era Álex, que lentamente se puso a mi lado.

—Sí, sí, gracias Álex. Imagino que cansada; del susto, del viaje, de las prisas, del repentino cambio...

—¿Preocupada? —preguntó.

—Por supuesto. Pero al menos estoy aquí cerca de ella y de mis hermanas.

—¿Te quedarás? —seguía preguntando...

—Claro Álex. Hay muchas cosas que hacer por aquí. —Sabía que preguntaba con interés sincero, pero a mí me estaba poniendo nerviosa.

—¿Tienes alguien allí?

Y le miré con auténticos rayos saliendo de mis ojos.

—Álex, esa pregunta ahora mismo está de más, de verdad.

Pasé por delante de él para entrar en casa, y me agarró del brazo.

—Lo... lo siento, Cris —susurró—. No quería incomodarte.

—Álex, no pasa nada. Perdóname tú. Estoy cansada, y todo ha sucedido muy rápido —le respondí—. Estoy nerviosa también, y sí, dejo mucho allí, pero sinceramente no quiero hablar ahora mismo de ello. Entiéndeme.

Y dicho esto, entré y di las buenas noches a mis hermanas.

—Estoy cansada, y todavía ni siquiera he abierto las maletas —me excusé—. Y vosotras, no os acostéis tarde, que mañana tenéis clase.

Subí a mi dormitorio, y allí nada más cerrar la puerta, comencé a llorar. Y así seguí, llorando a medida que deshacía las maletas.

La cámara de fotos se encontraba sobre la cama, pero me resistí a mirar las fotos que había en ella. Ni siquiera fui capaz de coger mi móvil, al que pasaba siempre las fotos del móvil que tenía con número inglés.

Demasiados recuerdos, y demasiado dolor en aquel instante. Me acosté, y miré a mi alrededor.

Mi dormitorio seguía igual que cuando me había ido a vivir con Ana. Y allí estaba otra vez.

Frente a mí, visualizaba a Aidan, su rostro, sus ojos, su sonrisa... imaginé que, en aquellos momentos, me odiaría.

Y volví a llorar, y llorar, y llorar... hasta que poco a poco el sueño me venció.

Al día siguiente me desperté temprano. Seguía con el horario inglés en el cuerpo y ni siquiera mis hermanas se habían levantado aún para ir a la

universidad.

Bajé a la cocina y me dispuse a cocinar un desayuno inglés para todas. La noche anterior le había asegurado a Zaira que no cocinaría nada inglés, pero era demasiado pronto para dejar atrás tantas buenas costumbres y recuerdos. Necesitaba en ese momento, sentirme en Rainbow Cottage escuchando la risa de Aidan y las quejas de Candance a Phil por robarle tortitas.

Mis hermanas no tardaron en bajar, abducidas por el inconfundible olor de tortitas, bacon, huevos, salchichas... café y zumo recién hecho. ¡Y mi madre, minutos después!

—Hermana, por favor, ¡qué bueno está esto! —gritó Laura mientras se chupaba los dedos al coger una tortita.

—¡Estate quieta! Y espera a estar en la mesa —le reñí riendo.

—¿Cómo te encuentras mamá? —le pregunté mientras nos sentábamos a desayunar.

—Menos cansada que ayer, hija —dijo feliz.

Bueno, al menos ella era feliz, y por lo menos, esa circunstancia me reconfortaba.

—¿Te sientes fuerte como para ir conmigo a la tienda?

Mis hermanas se miraron entre sí y a mi madre se le iluminaron los ojos.

—¿De veras quieres ir? —me preguntó.

—Hay que ir mamá —afirmé—. La tienda no puede estar cerrada, ni acumular encargos. Tú ahora te sientes bien, pero te cansarás más, desgraciadamente lo sabes por papá, y el negocio tiene que seguir adelante.

—Voy a vestirme entonces, hija. Iremos juntas, claro que sí —dijo convencida.

Ya una vez que mi madre terminó de desayunar y subió a cambiarse de ropa, me preguntó:

—¿Estás segura Cris?

—¿Soy la única que piensa aquí? —pregunté molesta—. Vosotras estáis estudiando, mamá tiene como mínimo por delante ocho meses de quimioterapia y después la operación. Si la tienda permanece cerrada... ¿qué pasa con las facturas? Además, mamá mientras pueda ir conmigo, estará distraída.

—¿Y tú, Cris? —me preguntó preocupada Zaira.

—Pues eso... en la tienda, y con mamá. Y vosotras, ¡a seguir estudiando! A ti, ya te quedan meses para finalizar, y a Laura un año. Mamá se sentirá muy orgullosa de vosotras cuando finalicéis vuestras carreras y pueda ir a vuestras

graduaciones... ¿o no os acordáis de lo bien que os lo pasasteis cuando asististeis a la mía?

Y mientras decía esto, no paraba de hacer cosas, porque no quería pensar. Porque si lo hacía, quizás saldría corriendo de allí.

CAPÍTULO 17

Así pasaron los días, acudiendo a la tienda acompañada de mi madre por la mañana y por la tarde. Los miércoles, le administraban las sesiones de quimioterapia por la mañana temprano en el hospital de la ciudad, así que ese día, la tienda sí permanecía cerrada, ya que iba siempre con ella.

Y los jueves, mientras mamá se recuperaba un poco de las sesiones y yo iba a la tienda, Zaira faltaba a clases, una vez avisado y dado las razones en la universidad y a sus respectivos profesores, que parecieron entenderlo bastante bien.

Álex siguió yendo a casa, ayudándonos y recogiéndonos a mi madre y a mí en el hospital cada miércoles para llevarnos de regreso.

Mi madre a pesar de su cansancio y de comenzar a perder su pelo, estaba contenta con la tienda porque las ventas con mis nuevas creaciones, habían aumentado.

A veces, Ana y otros amigos míos que sabían de mi regreso, pasaban tiempo conmigo en la tienda, mientras me ponían al día de sus vidas en los últimos meses.

Pero solo Ana sabía cómo me sentía verdaderamente. Para todos los demás, para el resto del mundo, Cris Ballester se había colocado encima una armadura que no dejaba aflorar sus sentimientos.

Y no paraba de hacer cosas durante el día, en la tienda, con mi madre, con mis hermanas, en casa... tantas y tantas cosas, que terminaba tan cansada, tan rendida... que en el instante en que me acostaba, poco tiempo tardaba en vencerme el sueño, y así no darme tiempo para pensar.

Aun así, en cada minuto y segundo del día, Aidan estaba presente en mí. Todos aquellos maravillosos meses y vivencias permanecían en mi interior ... y aunque quería arrancármelos para no sufrir más por un amor y una vida que ya no sería mía, me era imposible.

Marta, mi madre, había decidido cortarse el pelo definitivamente. Hacía cinco semanas ya, que asistía semanalmente con ella a las sesiones de quimioterapia, y habían comenzado a notarse sus efectos. Cansancio, náuseas, pérdida del cabello...

Así que una mañana se había despertado con el deseo de cortarse el pelo para que los efectos no fueran tan catastróficos, por lo que pedimos cita en su peluquería de toda la vida para la tarde del día siguiente.

Mi madre siempre había sido muy vital y presumida, y la verdad es que dejando a un lado los tristes y anhelados sentimientos que yo seguía conservando y sintiendo, y seguiría atesorando en mi interior, no dejaba de reconocer y valorar los momentos que me daba mi madre dentro de su enfermedad, y que me hacía aprender más de ella. Aun no se le había caído el pelo del todo y ya se había comprado algunos pañuelos para la cabeza a juego con foulard para el cuello y así poder combinarlos.

En la peluquería, mientras llegaba el turno de mi madre, yo me dediqué a hojear varias revistas que la peluquera tenía allí en un revistero para los clientes. Y en una de ellas, de repente, apareció una foto de Aidan. ¡Ay madre, estaba guapísimo! El corazón comenzó a latirme a mil por hora, y tenía la sensación de querer salir por mi boca para unirse a él a través de la foto.

Era la primera vez que había vuelto a verle desde que me marché de Londres, porque ni siquiera había podido sacar fuerzas para coger la cámara de fotos ni de ver las fotos pasadas a la galería de mi móvil.

En ese instante, no sé si por la impresión, por el calor, por mi excitado corazón, por el olor de los líquidos de la peluquería... o por levantarme tan rápidamente de la silla al escuchar que mi madre por tercera vez me llamaba, Cris Ballester... ¡se desplomó al suelo!

Mi vista se nubló, y unos puntitos negros comenzaron a bailar por delante de mis ojos. La última imagen ante mi vista... mi madre dando un salto de la silla para ponerse de pie e ir corriendo hacia mí y la revista cayendo de mis manos hacia el suelo, y yo detrás de ella... ¡PLOFF!

Cuando me desperté, me encontraba sentada en una de las sillas de la peluquería, una de las chicas que trabajaban allí, con una toalla mojada sobre mi frente, y mi madre llorando y hablando histérica por el móvil... ¡qué estampa, por favor!

—¡Cris! ¡Cris! —comenzó a gritar mi madre al ver que abría los ojos—. ¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado?

—No... sé. Imagino que me bajó la tensión —dije un poco mareada aún.

—Álex viene en camino para recogernos y llevarte al médico —soltó así, como una bomba. Y pensé que me desmayaba otra vez.

—¡No hace falta, mamá! —exclamé molesta por la decisión que había tomado mi madre. Uff, detalles así, eran los que me hacía recordar por qué había dejado de vivir con mi madre—. Álex tiene sus cosas que hacer, su vida... y yo me encuentro bien.

Álex había podido abrir su propia consulta de psicología al año de finalizar la universidad, aunque él había tomado el camino de psicología del trabajo. Se seguía portando genial con la familia, y eso añadido a que mi madre nunca había asumido la ruptura entre los dos, esta última, ¡aprovechaba cualquier oportunidad o situación para tenernos juntos!

Y Álex llegó, nos recogió en su coche, dejamos a mamá en casa, y quiso llevarme al médico de urgencias.

—¡Pero que no hace falta! —dije alterada—. Puede haber sido el cansancio, nada más.

—Muy bien —dijo Álex siguiéndome la corriente—. Pero es mejor que te hagan una pequeña revisión, y así *tooooooos* nos quedamos tranquilos —dijo haciendo un gesto y dirigiendo su mirada hacia mi madre que aún estaba de los nervios, contándole lo sucedido a mis hermanas.

—De *acueerdo*... —Y cedí ante el claro e inequívoco gesto de Álex—. Todo sea porque se quede tranquila.

Y así, nos dirigimos al centro de urgencias hospitalarias más cercano a casa donde me tomaron unas muestras de sangre. La verdad es que consideraba aquello innecesario, ya que yo pensaba que todo aquello era producto del cansancio acumulado de aquel mes y pico tan intenso.

Además, aquella situación me recordaba tanto a la noche que me lastimé el tobillo... que a la persona que veía a mi lado en aquellos momentos, era a Aidan y no a Álex. Aidan... se le veía tan triste en aquella foto, que recordarlo me revolvió el estómago.

Después de casi dos horas esperando (demasiado poco para la cantidad de personas que había allí esa tarde), por el altavoz sonó mi nombre para dirigirme a la consulta.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Álex al levantarme del asiento.

—¡Claro! —exclamé—. Es más, pensé que vendrías conmigo.

Así que ambos nos dirigimos a la consulta, donde el médico nos recibió estrechándonos la mano, y dándonos... ¿la enhorabuena?!

—Disculpe, doctor, pero no entiendo esa enhorabuena. Se lo agradezco, pero no lo entiendo —solté desconcertada.

—Pues, que está usted embarazada de dos meses.

—¡¡¡Co... co... cómo!!! —exclamé casi en un grito, mientras observaba que el color rosáceo del rostro de Álex desaparecía para tornarse blanco.

Menos mal que en aquel instante me encontraba sentada, porque si no, me caía al suelo en redondo otra vez.

—Sí. Sus mareos, sus náuseas, y el desmayo de esta mañana, son síntomas totalmente naturales de un embarazo de dos meses de gestación —prosiguió el médico en su explicación—. Por nuestra parte, todo listo, y a partir de ahora, deberá acudir a las respectivas revisiones con su ginecólogo.

Y después de escuchar dicha noticia, nos levantamos, tomé el informe de la mano de aquel agradable doctor, y nos dispusimos a salir de la consulta.

—Muchas gracias —le agradecí antes de cerrar la puerta tras de mí.

Álex, que no había abierto la boca para nada, y al que parecía que gradualmente le volvía el color sonrosado a sus mejillas, y yo, subimos a su coche para llevarme a casa.

—Pues... mañana comunicaré la noticia a mamá, a Zaira y Laura —dije abrochándome el cinturón.

—Entonces... era verdad que estabas con alguien allí —dijo Álex mirándome.

—¿Cómo que... era verdad? —pregunté descolocada.

—Una vez, escuché a tus hermanas en el porche hablar sobre la felicidad que irradiabas con él en unas fotos.

Fijé mi vista hacia delante y me disculpé.

—Álex, siento que te hayas enterado así, de esta manera.

—¿Y a él, se lo dirás? —preguntó.

—No. Aquello terminó en el mismo instante en el que me subí a aquel avión en el que regresé a España.

—¿Por qué? Es su padre. ¡Tiene derecho a saberlo! —exclamó Álex con rabia.

—Lo sé Álex, pero nuestros mundos son totalmente diferentes. —Pero de repente me cortó en la conversación.

—Pues deberías haberlo pensado antes de haberte acostado con él.

—¡¡ÁLEX!!! —Y sin pensarlo, le di una bofetada, y a continuación me apresuré a bajarme del coche. Pero él me detuvo.

—Cris... lo siento, de verdad, lo siento mucho. Me he pasado de la raya.

—Bastante. Principalmente, porque tú y yo hace tiempo que no estamos juntos como para juzgarme —le contesté enfadada.

—Lo siento mucho, de verás —repitió Álex mirando el volante—. Siéntate por favor. Marta se preocupará si te ve llegar sola.

Y poco a poco, volví a sentarme en el coche, poniendo en marcha Álex el coche en cuanto me abroché de nuevo el cinturón.

—¿Le querías? —preguntó.

—Le quiero —respondí—. Le amo —afirmé—. Y nos íbamos a casar.

—¿Entonces? —insistió Álex, quedándose helado por la confesión.

—Él es actor, Álex, un famoso y prestigioso actor. Y la situación en casa con mamá no pone tampoco fácil las cosas. Estar con él, era como un cuento de hadas, pero se me olvidó que los cuentos de hadas no existen.

—¿Y él, te amaba?

—Nunca me demostró lo contrario. Sí, me amaba, pero imagino que ahora me odiará, y no voy a ponerme en contacto con él y que piense que le busco solo para que asuma responsabilidades. No soy así.

—Lo sé, Cris. Sé que no eres así —dijo en tono de dolor—. Pero si él te había propuesto matrimonio, es porque estaba enamorado de ti.

—Además, ahora mismo lo que me importa es que el embarazo vaya bien, y dar mañana la noticia a mi madre y a mis hermanas.

—¿Crees que es conveniente que Marta lo sepa? —preguntó misteriosamente Álex.

—Verás, va a tener que saberlo. —Y reí un poco irónicamente—. Porque, aunque no se lo diga mañana, en pocos meses se notará, ¿no crees? Un embarazo es algo que no se puede ocultar.

—¿Lo deseas?

—Mucho —respondí—. Muchísimo, porque aunque no ha sido buscado, sí va a ser un bebé muy querido. —E hice una pausa—. Es parte de Aidan —proseguí.

—Aidan... —repitió Álex.

—Sí, Aidan —dije—. Álex siento que estés escuchando esto, pero... nos amábamos mucho los dos.

—¿Y si tu madre no hubiese enfermado? —preguntó.

—En este momento, Aidan y yo, seguiríamos juntos —afirmé.

—¿Puedo proponerte algo?

—Dime.

—¿Y si decimos que el bebé es mío? —soltó Álex así, como de lo más natural del mundo, como quien se levanta por la mañana y dice que va a desayunar.

—¿Estás loco? —respondí alterada—. Noooo, definitivamente NO —dije haciendo aspavientos con las manos—. Álex, soy totalmente capaz de ser una madre soltera, de sacar adelante al bebé, y de darle todo, todo mi amor, y lo que le haga falta, te lo puedo asegurar. No me hace falta un hombre a mi lado, si es a lo que te refieres.

—No, no me refiero a eso —contestó Álex—. Y sé perfecta y desgraciadamente que eres capaz de salir sola adelante en todo lo que te propongas —habló de nuevo en tono resentido.

La situación iba de mal en peor.

—Yo... pensé que ya habías superado nuestra ruptura. —Pero él miró de repente hacia fuera del coche, y en su espejo retrovisor pude ver reflejada una sonrisa sarcástica.

—Marta no está bien, y no creo que sea bueno para ella la noticia de que su adorada hija está embarazada de dos meses, de un hombre que, aunque enamorados, no vas a ver más —dijo Álex.

Cuando las palabras “no vas a ver más” salieron de los labios de Álex, me dio un enorme vuelco el corazón.

—Sabes que ella nunca estuvo de acuerdo con nuestra ruptura, y para Marta pensar que ese bebé es de ambos, le haría feliz y le daría fuerzas —prosiguió.

—Pero Álex... ¿y tú? —pregunté—. No me parece justo para ti que seas el padre de un bebé que no es tuyo, y encima que estés con una persona que no va a corresponder el amor que sigues sintiendo por mí.

Me miró y dijo:

—¿Tan evidente es que sigo enamorado de ti?

—Muy evidente Álex —respondí—. Y no quiero hacerte más daño.

—Primero, el daño en este caso, no me lo haces tú, sino yo mismo. Y segundo, no te pido que estemos juntos toda la vida, sino hasta que Marta esté mejor —insistió.

—No me parece justo para ti —me sinceré—. No puedo darte lo que tú quieres de mí, y lo sabes.

—Lo sé, pero eso es cosa mía, ¿no crees? Te vuelvo a repetir que soy yo

quien tiene que decidir el daño que quiero hacerme a mí mismo, y estoy ofreciéndote una opción para no empeorar la salud de tu madre. Ahora mismo, su estado de salud es fundamental.

Pero llegamos a casa, y toda mi familia al completo estaban esperando en el porche nuestra llegada, así que dejamos a un lado la conversación.

Zaira salió a buscarnos al coche.

—¡Te he llamado un millón de veces al móvil!

—¿Sí? —Y saqué el móvil de mi bolso—. ¡Es verdad! Tengo mil llamadas perdidas tuyas y de Laura. Uff, en la sala de espera dejamos los móviles sin sonido, y se nos olvidó subir el volumen cuando salimos de allí —dije en tono de disculpa.

Álex aparcó, subimos las escaleras del porche y entramos en el salón, donde mamá nos esperaba desesperada.

—¡Hija! ¿Estás bien? Nos tenías preocupadas —dijo acercándose para darme un abrazo.

Muchas veces pensaba... ¡no!, tenía claro, que mi carácter independiente y a veces desapegado, lo había heredado de mi padre.

—Sí, mamá, estoy bien. Solo que no me acordé de darle volumen al móvil.

—Álex ¿qué os ha dicho el médico? —preguntó mi madre a Álex, pasando por completo de mí.

—Mamá, yo también tengo voz y boca para poder responder a esa pregunta —dije con gran sofoco.

Pero Álex respondió tranquilizando a mi madre:

—Que Cris está bien, Marta. Lo único que tiene es cansancio, agotamiento. Solo debe descansar, y reposar más de lo que está haciendo hasta ahora —dijo sonriendo a mi madre con su sonrisa más convincente y seductora.

Siempre había tenido buena mano con ella, eso no lo podía negar.

—Ooohhh, bendito seas —respondió mi madre. De verdad, que a veces pensaba que ella cuando tenía a Álex de frente, lo veía con alas de ángel y todo. ¡Boohh!

Zaira intervino:

—Pues nada, ahora todos a la cama a descansar, que mañana será otro día.

¡Ufff, mi salvación por aquella noche!

Álex se despidió de las tres y cuando se acercó a mí para darme los dos besos de rigor, me susurró:

—Ya has visto la reacción de Marta. Piensa bien mi propuesta. —Y dicho esto, se fue.

Iba a subir las escaleras para dirigirme a mi habitación, cuando Laura habló dirigiéndose a mí:

—¿No vas a cenar, Cris? Tienes la comida lista.

Y suavemente me volví hacia ella, y le respondí:

—No, gracias Laura, de verdad. Lo que necesito ahora mismo es irme a la cama, descansar y dormir —dije sonriéndole—. Hasta mañana.

Me di un buen baño nocturno, de aquellos que me recordaban a Rainbow Cottage, y tras esto, me acosté y cerré los ojos, aunque no para dormir, sino para pensar, pensar en aquel bebé que esperaba...

Pasé mis manos por mi vientre, suavemente, y sin querer, de mis labios salió una sonrisa. Un bebé de Aidan... ¡dos meses!

Retrocedí en el tiempo. Las fechas coincidían con nuestra estancia en Brujas, aquellos maravillosos días en los que Aidan me pidió matrimonio...

—¡Esas fresas con chocolate y ese champán habían sido una verdadera delicatessen! —me dije a mí misma riendo.

Me había convertido en el uno por ciento de probabilidad de que la píldora anticonceptiva fallara, pero... no me importaba, ni me preocupaba. Llevaba a Aidan en mí, un bebé del hombre que se había convertido en el amor de mi vida para siempre, aunque no estuviésemos juntos.

Aquel momento solo era enturbiado por la razón que Álex tan bien había argumentado. Mi madre y su delicada salud.

¿Qué podía hacer? Solo tenía dos opciones: una, comunicar la feliz noticia sin involucrar a Álex para nada y correr el riesgo de que los ánimos de mi madre se viniesen abajo al saber que mi bebé era del amor de mi vida, pero un total desconocido para ella; y dos, comunicar la feliz noticia afirmando que Álex era el padre, y que para mi madre fuese la mayor alegría de su vida, hasta que ella pasara aquellos meses de quimioterapia, la operación, y estuviese más fuerte y recuperada.

En ese instante, el WhatsApp de mi móvil sonó. Era Álex.

—¿Consideraste la opción?

—Estoy en ello, Álex —respondí—. En cuanto lo tenga decidido, está claro que serás el primero en saberlo.

—Está bien. Esperaré tu respuesta. ¡Descansa! —Y así sin más, se desconectó.

Estaba convencida de que Álex ofrecía esa opción porque realmente le

preocupaba la salud de mi madre, ya que él la consideraba como la suya propia; y porque (para qué nos vamos a engañar), así estaría más tiempo conmigo.

A Álex no le gustaban los niños, y esa había sido una de las muchas razones por las que ambos habíamos terminado, por lo que ahora me chocaba bastante que quisiera afrontar que el bebé de Aidan y mío, fuese suyo, aunque solo fuese por unos meses.

De repente, escuché un grito en el pasillo. Salté de la cama y salí corriendo de la habitación.

—¿Qué ocurre? —pregunté alterada.

La puerta del dormitorio de mi madre estaba abierta, por lo que me apresuré a entrar. Mi madre yacía en el suelo, inconsciente y Zaira a su lado, de pie, llorando.

Me agaché hacia mi madre, y coloqué su cabeza sobre mis piernas.

—¡Corre, llama a la ambulancia! —grité a mi hermana Zaira que se encontraba en estado de shock.

Laura hacía su aparición, más calmada, encargándose ella de llamar.

—¿Qué ha pasado? —pregunté más tranquila, aunque no lo estuviese, a Zaira.

—No... no lo sé. Le traía a mamá su té con leche, y cuando fue a levantarse de la cama, se desplomó al suelo —dijo nerviosa.

—Tranquila, no te preocupes, verás cómo no es nada —le respondí.

—La ambulancia ya viene para acá —comunicó Laura.

—Ven, ayúdame —le pedí.

Entre las dos, pudimos subir a mamá a la cama, y ya allí, le di pequeños golpecitos en el rostro mientras la llamaba.

Después de unos minutos, sus ojos comenzaron a abrirse poco a poco, y las tres respiramos aliviadas.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó mirando a su alrededor.

—Te desmayaste al levantarte de la cama —le expliqué.

Laura nos avisó de que la ambulancia acababa de llegar, y en cuanto entraron en casa la doctora y los enfermeros, subieron al dormitorio.

Después de hacernos varias preguntas, realizarle un chequeo básico, y certificar que todo era normal, la doctora habló:

—Bueno, todas las constantes están bien —dijo mientras recogía los utensilios que había utilizado, y explicó—: Teniendo en cuenta que hace casi dos meses que inició las sesiones de quimioterapia; y además semanalmente, es normal que el conjunto, le produzca más de una bajada de tensión. No es

conveniente tampoco que se incorpore de forma muy rápida estando sentada o acostada. ¿Se ha alterado por algo, alguna mala noticia...?

—No... bueno, esta tarde me desmayé delante suya y estuve en urgencias para verificar que había sido cansancio —le expliqué.

—Puede ser que eso también haya repercutido. Pero aparte de eso, ya os digo que puede ser normal que sufra alguna bajada más.

Dicho esto, le recetó unas gotas para diluir en agua por si volvía a suceder, y se marcharon.

Todas regresamos a nuestros respectivos dormitorios, dejando todas las puertas abiertas por si nuestra madre necesitaba algo en algún determinado momento.

Me acosté, cogí el móvil que había dejado sobre la mesita de noche, y le envié un mensaje a Álex a la desesperada:

—Álex, de acuerdo con el plan. —Escribí haciendo de tripas corazón—. Pero hasta que mi madre mejore. Después se finalizará la relación de mutuo acuerdo. Sé que todo lo haces de corazón, pero debes rehacer tu vida con alguien que te ame de verdad y como te mereces.

La respuesta llegó enseguida.

—Por mí no te preocupes ahora. Soy mayorcito para aceptar las consecuencias de mis propias decisiones. Mañana almorzaré con vosotras, y lo comunicaremos juntos a tu familia.

—Estupendo. Te esperaremos para almorzar —respondí. Y de repente, dos besos provenientes del aparato como último mensaje.

Al día siguiente, como buen domingo, y si alguna de nosotras no teníamos planes o había que abrir la tienda por ser fecha especial, preparé una buena paella para todos.

Sobre las dos de la tarde (ya me había acostumbrado de nuevo a los horarios de comida español) llegó Álex a casa con un ramo de flores para Marta, mi madre.

Ambos habíamos quedado en fijar la fecha de gestación en mes y medio, ya que, en esa fecha, ya había vuelto a España, y podía coincidir con alguna salida que hubiésemos tenido el grupo de amigos para celebrar mi vuelta.

¡Uff! ¡Odiaba las mentiras y mentir! Y toda mi vida desde que había vuelto de Londres, se estaba convirtiendo en una mentira y en una pesadilla.

—Ohh, Álex, son preciosas... —Se alegró mi madre al ver las rosas que le

entregaba.

—Y esta para ti —dijo Álex ofreciéndome una.

Mi madre encantadísima, por supuesto, y a mí... me entraron ganas de gritar: «En cinco años que nos llevamos juntos... ¿no aprendiste que odio las rosas?», y en cinco meses con Aidan, él sí sabía perfectamente mi pasión por las orquídeas, pero ahogué las palabras en mi garganta, y continué la gran farsa agradeciéndole el detalle.

—¿Álex almorzando aquí un domingo? —me preguntó sarcásticamente Zaira —. Como en los viejos tiempos, uuuhh —apostilló.

—Sí, le he invitado yo —recalqué.

—¡Increíble! —respondió entrecerrando los ojos.

Y así, entre los tres, terminamos de hacer la paella, y de decorarla bonita para llevarla a la mesa del porche.

Mi madre había acaparado la completa compañía de Álex, relatándole lo sucedido la noche anterior, sentados ambos fuera en el porche, al sol.

El día había amanecido deliciosamente soleado, con una suave brisa que lo hacía aún más ideal, posándose sobre los pensamientos amarillos, blancos, lilas, azules y rosas del jardín, y creando un hermoso efecto al variar sus tonalidades cada vez que con dicha brisa sus pétalos se movían.

Por lo menos, el día estaba hermoso, porque para mí había amanecido con inmensos nubarrones que no había viento ni huracán que los apartara de mi mente.

Llegó el momento de sentarnos a la mesa, de repartir esa divina paella en cada plato, y el vino en las copas de mis hermanas y de Álex.

Mi madre no bebía, y cuando Laura iba a verter el líquido rosado en mi copa, coloqué la palma de mi mano sobre ella para impedirlo.

—¿No bebes? —preguntó extrañada.

—No, a partir de este instante, no. —Y tragando saliva, comencé a desvelar la noticia.

—Mamá... ¿te encuentras bien? —le pregunté dirigiendo mi mirada hacia ella.

—Sí, hija, perfectamente. ¿Por qué? —respondió y preguntó curiosa a la vez.

—Bueno, pues... ¡allá va! Álex y yo debemos comunicarnos algo que imaginamos alegrará.

¡Ay, madre! Y ahí me dispuse a soltar la bomba.

—Álex y yo... vamos a ser papás en unos meses. ¡Estoy embarazada!

La imagen posterior era divina para inmortalizarla. Mi madre que comienza a

llorar de alegría y se levanta para abrazarme; a Zaira que se le cae la copa que sostenía, al suelo del porche; Laura que comienza a reírse nerviosa; y Álex que estaba sentado a mi lado... se levanta también para darme un beso en la mejilla. ¡De psiquiátrico total!

Y para colmo mi madre suelta por su boca:

—Y... ¿para cuándo es la boda?

«¿Boda? ¿Qué boda mamá? ¡NO HAY BODA!».

—No, mamá. Vamos a tener un bebé, pero no habrá boda. Estamos bien así, ¿verdad Álex? —dije pegándole un pisotón.

—No, querida Marta. Sabes que los dos somos muy “actuales” para esas ideas...

«¿Actuales?, anda qué poco imaginativo eres, hijo mío...», pensé para mí.

Pero a mi madre, pareció no importarle mucho eso de que no hubiese boda.

—Bueno, lo importante es vuestra felicidad, y que el embarazo vaya bien. Lo demás... ¡no pasa nada!

—¿Y vosotras qué decís? —pregunté a mis hermanas que estaban petrificadas en sus sillas.

Y las dos me abrazaron, alegrándose por la llegada de una sobrinita o sobrinito al que poder mimar...

CAPÍTULO 18

Y así, poco a poco, *muuyy* lentamente, fueron pasando los meses.

A principios de noviembre, mi madre, aunque cansada por la quimioterapia, e hinchada por el fuerte tratamiento, ya descansaba de la misma al haber finalizado los ciclos; con la felicidad que conllevaba que el tumor se hubiese reducido para operar en la fecha que los oncólogos tenían prevista en diciembre.

Zaira ya había finalizado la carrera de veterinaria, graduándose con excelentes notas, y se encontraba haciendo prácticas remuneradas en una clínica veterinaria de la ciudad. Allí había conocido a un chico que también estaba de prácticas, y eran como medio novietes, felices e ilusionados.

Laura ya cursaba el último curso de Bellas Artes, y yo... ya estaba en la recta final del embarazo, ya que cumplía los nueve meses de gestación a mediados del mes en el que nos encontrábamos, sintiéndome cansadísima y con ganas ya de poder ver el rostro de Ethan, y... ¡que dejase ya de darme patadas!

Sí... Ethan. Mi bebé iba a ser un pequeño Aidan que se llamaría Ethan.

Álex se había mudado a casa, exactamente a mi dormitorio, ya que, aunque no casados, decidimos vivir juntos para no levantar sospechas, aunque Ana, mi mejor amiga, sabía toda la verdad, y a pesar de apoyarme, pensaba muy convencida que tanto Álex como yo estábamos locos; a lo que había que sumar que mi hermana Zaira tampoco estaba demasiado convencida de nuestra “rara” y “repentina” vuelta.

Y sí, dormíamos en el mismo dormitorio, y en la misma cama, pero como dice el refrán... juntos, pero no revueltos. Éramos como dos amigos compartiendo piso, gastos, y cama para dormir, pero nada más.

Sí era muy cierto que Álex alguna vez había intentado besarme, pero mis negativas y mis retiradas de rostro al intentarlo, le habían hecho arrepentirse de seguir en su empeño.

Yo seguía en mis treces, de que, aunque estuviésemos juntos, él hiciese su vida, conociera chicas con las que pudiera compartir su vida una vez finalizado todo, e incluso le había intentado convencer para alquilar un piso

juntos, y así, después, él tendría su piso de nuevo para retomar su vida de soltero.

Pero su negación había sido rotunda.

Decía que vivir en casa era mucho más cómodo para todos, y así mi madre y mis hermanas podrían vivir todo el embarazo.

A veces, por las noches, cuando ya volvía de trabajar en la tienda, y Álex de su consulta, y observaba cómo desempeñaba sus funciones de “supuesto marido”, yerno y cuñado; pensaba que había sido muy penoso el haberme desenamorado de él, pero sobre los sentimientos no mandaba nadie. Y al igual que a Álex hacía mucho tiempo lo había dejado de amar, a Aidan, a pesar de no verlo, ni saber nada de él, lo amaba con locura; es más, parecía que Ethan hacía que lo amara más aún.

¡Cuánto echaba de menos aquellos meses en Londres! Shirley, Thomas... el trabajo en la taberna, Rainbow Cottage... habiéndome sentido tentada más de una vez en comunicarme con Shirley, o con Thomas, pero no podía arriesgarme a que le contasen algo a Aidan y que pudiese localizarme.

En ese momento, encontrándome en la tienda con una clienta y con Ana que había ido a pasar la tarde conmigo, comencé a sentirme rara, a sentir un gran dolor en el vientre. Y noté que en el suelo se formaba un enorme charco de agua.

Ana y yo nos miramos.

—Cre... creo que he roto aguas —dije nerviosa.

—¿CREES? —contestó Ana gritando—. CRIS, ESTÁS DE PARTOOO.

La clienta, con toda la amabilidad del mundo, ayudó a Ana a cerrar la tienda en cinco minutos y salimos corriendo en su coche hacia el hospital.

—Ana... mi madre, mis hermanas... —comencé a hablar.

—No te preocupes ahora de eso. Yo les llamaré a todos, pero ¡por favor! Ahora piensa solo que estás de parto y que vas a tener ya al pequeño Ethan —dijo alterándose también.

Y como una niña pequeña comencé a llorar, porque de repente en mi pensamiento, apareció la imagen de Aidan a mi lado cogiendo mi mano...

En cuanto llegamos al hospital todo fueron prisas. Las contracciones eran sorprendentemente fuertes y rápidas, y todo hacía pensar que, a pesar de ser primeriza, no tardaría mucho en tener a mi pequeño.

Enseguida me cambiaron de ropa y me trasladaron al paritorio donde todo comenzó a desarrollarse como un parto de lo más normal, pero de repente y a medida que iba empujando como me indicaban, comencé a sentirme débil y a

marearme. Todo a mi alrededor, se tornó oscuro y lo más extraño fue... que a medida que iba desvaneciéndome, la mezcla de olores de Rainbow Cottage, flores, leña, tortitas, el perfume de Aidan... incluso el olor a la lluvia... comenzó a invadirme.

Desperté y miré a mi alrededor. Estaba en una habitación de hospital, y poco a poco comencé a recordar. Haber roto aguas, el traslado al hospital, las contracciones... y el desvanecimiento.

Miré a mi alrededor y todos estaban allí.

Mi madre, mis hermanas, Ana, Álex, y algunos amigos míos, y a un lado de la cama, una pequeña cunita con mi pequeño Ethan. Alargué los brazos, lo quería en mi regazo.

Ana lo cogió y me lo dio con cuidado, pero me advirtió:

—Cris, ten cuidado. Han tenido que operarte y no puedes hacer esfuerzos.

—¿Operarme? ¿Por qué?—Pero en ese instante que Ana me dio a Ethan, lloré. Lloré de emoción, de tenerlo en mis brazos, de ver su carita, sus ojos... esa sonrisita inocente... y de comprobar que aún tan pequeño era la viva imagen de su padre.

Pero mi madre lloraba, y no lloraba de alegría.

El médico que me había asistido en el parto, entró en la habitación, ya que una de mis hermanas había comunicado que ya había despertado.

—Por favor, salgan de la habitación. Me gustaría hablar con la paciente. Solo un familiar.

Álex hizo ademán de quedarse, pero tiré del brazo a Ana para que se quedara ella.

Cuando todos se fueron menos Ana, mi médico comenzó a hablar:

—Cris, cuando entraste en el paritorio y el parto parecía que iba a ser normal, surgieron una serie de complicaciones. Tuviste una fuerte hemorragia, y por eso sentiste que te desvanecías —dijo muy lenta y suavemente—. Hubo que intervenir, y realizar una cesárea para sacar al pequeño, pero al abrir, localizamos un tumor maligno en el útero que estaba escondido detrás del bebé.

Escuché atentamente todo lo que decía, cada vez más asombrada y apenada.

—Pedimos autorización a su familia para intervenir, y después de esto, acto seguido, se le realizó una histerectomía total. ¿Sabe qué significa?

—Desgraciadamente sí, doctor. Si ha conocido a mi madre, habrá podido

comprobar que ha sido sometida a sesiones de quimioterapia, y próximamente la operarán también. Pero parece que yo la he adelantado —dije irónicamente.

—Usted tendrá que someterse a radioterapia unos meses y a revisiones oncológicas, pero afortunadamente, no se encontraba avanzado.

—Y él... ¿está bien? —dije mirando fijamente a Ethan.

—Perfectamente —respondió sonriendo.

—Entonces... lo demás no importa ahora mismo. Tenerlo conmigo, me dará toda la fuerza que me haga falta.

Y desde aquel instante, Ethan se convirtió en toda mi vida, y en todas mis ganas de seguir adelante.

CAPÍTULO 19

Cuando salí del hospital, todo se tornó tranquilidad y paz. Me dedicaba por completo a Ethan y a sus cuidados, mientras que a mi madre también la operaron al mes siguiente, saliendo todo perfectamente.

Las dos comenzamos las sesiones de radioterapia casi a la vez, y a muchos, cuando llegábamos juntas, les sorprendía ver que a ambas nos irradiaban.

Lo único que sentía era que no había podido ni podría darle de mamar a Ethan, pero con lo glotón que era y los biberones que tomaba, no lo estaba echando de menos.

Mis hermanas estaban locas con el pequeñajo, algo que no podía decir sobre Álex.

Se limitaba a seguir yendo a trabajar a su consulta, y a ayudar en lo mínimo en el cuidado del pequeño. Eso sí, con mi madre estaba volcado, hecho que agradecía ya que yo no podía dedicarme tanto a ella.

Sí debía dar la razón a Álex en la buena idea que había sido vivir juntos todos con mi madre y mis hermanas, ya que ellas podían disfrutar de Ethan y yo podía estar pendiente de mi madre y pasar enormes ratos con ella.

En la tienda habíamos contratado a una chica hasta que, pasados mis seis meses de radioterapia, pude acudir con normalidad y con Ethan a atender de nuevo a los clientes. Me sirvió de enorme distracción, y Ana pasaba todo el tiempo de sus ratos libres conmigo.

Ethan era un niño de lo más risueño y tranquilo, regalándome con ello, múltiples instantes de respiro. Se reía con cualquier carantoña y cada vez más y más se parecía a Aidan. Incluso sus ojos eran cada vez más azules, y cada día me volvía más loca de felicidad por tenerlo a mi lado.

Álex intentaba darme caprichos, que ni me hacían falta ni se los pedía, pero imaginaba que así quería resarcir el poco interés que tenía y que experimentaba hacia el pequeño Ethan. Por una parte, le entendía, porque no era su hijo a lo que además había que añadir que los críos no le gustaban. Y, por otra parte, pensaba que quizás, si se hubiese esforzado solo un poco en ser tierno o atento con él, de mí hubiese ganado ternura o cariño hacia él.

Por eso, mi asombro fue máximo cuando una mañana me propuso adoptar a una niña. Sí, adoptar a una niña... increíble, pero cierto. Realmente, a mí me hizo muchísima ilusión y dije que sí, sin pensarlo.

Luego me di cuenta que lo que Álex pretendía era tener algún lazo en común conmigo, un lazo que no había podido conseguir con Ethan porque sabía perfectamente quién era su padre.

Así que, después de acudir a una agencia de adopciones, cumplir toda clase de requisitos, y rellenar multitud de papeles... entramos en una lista de espera que nos llevaría a ser padres de una niña y darle una hermana a Ethan, que era por la verdadera razón por la que había accedido a ello.

Yo tendría una hija deseada que ya no podría tener nunca de forma natural, y Ethan tendría una hermana, además de darle una oportunidad a una pequeña niña en el mundo de poder tener un hogar del que se había privado desde su nacimiento.

Pero si Álex pensaba que eso me uniría a él estaba muy equivocado, porque, aunque los trámites de adopción siguiesen adelante, en el instante en el que mi madre estuviese del todo recuperada, cada uno seguiría con su vida por separado.

Pero desgraciadamente, mi madre empeoró. El cáncer de útero había metastatizado a los huesos y los médicos no daban muchas esperanzas de vida. Volvió a someterse a quimioterapia, pero no sirvió de nada.

Poco tiempo después de Ethan cumplir los dos años y de que nos entregaran a una pequeña bebé pelirroja a la que llamaríamos Emma, mi madre falleció.

Fue un duro golpe para todos, por su encarnizada lucha contra esa maldita enfermedad, y por convertirse en la segunda pérdida a causa de ella en pocos años.

El vacío en casa fue tremendamente horrible y grande, haciéndose los primeros meses muy cuesta arriba estar allí.

Zaira vivía ya con su novio y ambos habían abierto una clínica veterinaria. Laura no pensaba quedarse en Málaga por mucho tiempo, porque por su carrera de Bellas Artes, quería despegar con grandes proyectos en Madrid o Barcelona, y yo... pensaba abrir mi propia consulta de psicología infantil... en Londres.

Sí, había decidido volver allí donde fui feliz. Con mis pequeños Ethan y Emma.

Álex me había demostrado con creces que no quería a ninguno de los dos. Ethan porque no era hijo suyo, y Emma porque con su adopción, no había conseguido su meta, llegar a mí. Así que no mucho tiempo después de fallecer mi madre, Álex y yo nos separamos definitivamente, contándole toda la verdad a mis hermanas, que solo pudieron ambas abrazarme emocionadas.

Los niños y yo seguiríamos en la casa grande hasta que los niños fuesen un poco más mayores, no mucho más, y encontrase colegio y piso en Londres para vivir y poder abrir la consulta.

Y después de que los niños y yo nos fuéramos a Londres, las tres hermanas habíamos decidido conservar tanto la tienda, que alquilaríamos, como la casa, que sería nuestro punto de reunión en vacaciones y situaciones especiales. Estaban llenas de recuerdos, de momentos, de vida, de tristeza, felicidad... pero eran instantes nuestros que no queríamos perder. Y quizás algún día, cuando la tristeza pudiese sobrellevarse, alguna de nosotras volvería a vivir allí.

Cuando Ethan estaba cercano a cumplir los cuatro años, ya me había puesto en contacto con varios colegios de Londres, y algunas guarderías. Tenía casi listo también el tema de la mudanza hacia la ciudad londinense y la inmobiliaria con la que me había puesto en contacto para la búsqueda de piso, había encontrado una modesta pero céntrica casita, en la que también podría instalar una pequeña consulta mientras los niños estuviesen en el colegio y en la guardería.

Mis hermanas se encontraban un poco tristes por la marcha, pero la fecha de volar cada una por su cuenta se acercaba, aunque sabían perfectamente que serían bien recibidas en cualquier momento en el que decidieran visitarnos para permanecer allí todo el tiempo que quisieran.

Me sentía muy ilusionada, pero a la vez con un poco de miedo por reencontrarme de nuevo con tantos buenísimos recuerdos.

Una tarde de domingo lluviosa, Ethan, Emma y yo, jugábamos en la alfombra del salón al calor del fuegucito de la chimenea, cuando llamaron a la puerta de casa. Imaginé que no serían mis hermanas, porque tenían llave, pero me extrañaba que fuese Ana porque siempre me llamaba por teléfono antes de ir y así podía preparar más almuerzo, merienda o cena para los cuatro.

Me levanté de la alfombra, y me dirigí hacia la puerta. Cuando la abrí... por poco me desplomo de la impresión. ¡AIDAN! ¡AIDAN? ¡AIDAN!

—¿Qué... qué haces aquí?—se me ocurrió decir.

—Hombre, gracias, yo también me alegro de verte —dijo sarcásticamente.

—¿Cómo me has encontrado?

—Te lo explicaría todo mejor dentro si me invitas a pasar.

—Sí, cla... claro. Perdona, pero a quien menos esperaba detrás de la puerta era a ti —me disculpé, a la vez que quería que me tragase la tierra...

En ese momento, Ethan apareció corriendo.

—Mamá, mamá, ven que quiero que me ayudes con el tren —dijo Ethan tirando de mi manga. Pero de repente, Ethan y Aidan se miraron y Aidan dijo:

—¡Hola! ¿Y tú cómo te llamas, hombrecito?

—Ethan —dijo sin cortarse nada.

—¿Y qué te ha pasado con el tren? —seguía hablando Aidan. Y mientras a mí, aquello me parecía de lo más surrealista que había vivido en toda mi vida.

—Ha tropezado, y se ha salido de la vía —le explicó hablando con él como si le conociera de toda la vida.

—¿Puedo ayudarte? —Se ofreció Aidan.

—¿Quieres? —siguió hablando mi pequeño.

—¡Clarooo! ¿Vamos? —Y mientras Ethan asentía, Aidan lo cogía en brazos y le preguntaba el camino del salón.

Qué gran remordimiento y enormes ganas de llorar me invadieron al ver juntos a padre e hijo dirigiéndose al salón y observar cómo habían conectado como si no fuese la primera vez que se veían...

Cuando llegamos los tres al salón, Emma corrió hacia mí, tímida un poco por la presencia de Aidan, sorprendiéndose también al ver a la pequeña, y hecho que no demostró al ver a Ethan.

Pero al explicarles que aquel hombre era su tío Aidan (lo primero que en aquel instante se me pasó por la cabeza), y del cariño que este desprendía al dirigirse y al tratar con ellos, Emma tampoco tardó en sentirse a gusto con él.

Al rato, le invité a ir conmigo a la cocina y dejar jugando a los niños allí en el salón.

El encuentro había sido frío y tenso, más por mi parte que por la suya, cuando en realidad, debería haber sido lo contrario. Pero en la cocina, fuera de la vista de los pequeños, ambos nos miramos fijamente, y nos fundimos en un enorme abrazo, un abrazo con el que había soñado tantas y tantas noches. Y comencé a llorar, y llorar, y llorar... arrastrando tantos sentimientos y angustias acumuladas durante tanto tiempo. Cuántas veces había necesitado estar con él así, abrazados, sintiendo la seguridad que sentía con mi cabeza

sobre su pecho y sus brazos rodeándome...

—Ssshhh, tranquila —susurró con voz temblorosa—, ya estoy aquí, contigo, los dos juntos de nuevo.

¡Qué bien me sentía a su lado!

—Aidan...

—¿Sí?

—¿Estoy soñando? Porque si es así, no quiero despertar —aseguré.

Aidan tocó mi barbilla delicadamente con sus dedos, y elevó mi rostro haciendo que lo mirase directamente a los ojos.

—No, no estás soñando, mi vida. Es real. —Y acto seguido, me besó. Lo hizo de forma tierna y dulcemente, como si no hubiesen pasado casi cuatro años de la última vez que nos habíamos visto.

Y me sentí flotar con la caricia de sus labios, y volar con el roce de su caliente lengua con la mía... regresando a aquellos momentos que vivimos y que nunca pensé revivir.

En ese instante escuché un...

—¡Holaaaa! ¿Cómo están mis sobris queridísimos?

Oí gritar a Zaira y revolotear con los niños... para acto seguido escuchar sus pasos dirigirse hacia donde Aidan y yo estábamos.

—¡Ho... —comenzó a decir hasta que nos vio—... la! —terminó diciendo con los ojos como platos para dirigir su mirada hacia mí.

—Zaira, él es... —Pero no me dejó terminar la frase.

—El famoso Aidan, del que tanto se habla y del que tanto has hablado tú también —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

Aidan se acercó a mi hermana y le dio la mano, mientras ella hacía lo propio y, a su vez, esta le daba dos besos.

Se hizo un silencio extraño, y en ese instante, mi hermana habló:

—¿Y estarás mucho tiempo en España, Aidan?

—Oh no, desgraciadamente no. Mañana mismo por la noche tengo que estar en Londres por asuntos de trabajo —dijo con ese tono de voz amable que recordaba tan bien—. Pero anoche mismo me facilitaron unos datos sobre el paradero de Cris, y tomé el primer avión disponible para cerciorarme de que eran ciertos.

—¿Te proporcionaron? —pregunté curiosa, mirándole fijamente.

—Claramente, tenéis muchísimo de qué hablar —interrumpió mi hermana—. Cris, ¿por qué no te cambias de ropa y salís a pasar la tarde juntos? Aquí no vais a poder hablar tranquilos y por Ethan y Emma no tienes que preocuparte.

Yo me quedo con ellos.

—Pero... —comencé a hablar, pero estaba visto que ni uno ni otro, ¡iban a dejarme acabar una frase!

—Tu hermana tiene razón. Salgamos y conversemos. Así podremos aclarar algunas cosas entre muchas más.

Y así, los dejé a ambos jugando con los niños, que sorprendentemente y sin conocer a Aidan, estaban encantados con él. Me dirigí al piso superior a mi dormitorio. Me duché y me arreglé con un vestido azul oscuro ajustado, pantys negros casi transparentes y zapatos de tacón del mismo color que el vestido.

Dejé mi pelo rizado suelto al aire, sin secar. Sabía que a Aidan le gustaba mi pelo así, y ya que había viajado tantos kilómetros, se lo merecía.

Bajé las escaleras hecha un flan, para dirigirme al salón donde Zaira y Aidan conversaban.

Ethan corrió hacia mí y se abrazó a mi cintura.

—¡Mami, qué guapa estás! —dijo alegre.

Aidan se levantó del sofá mirándome con brillo en los ojos, acercándose también a mí y tomando mi mano.

—Estás preciosa...

—Uhhhh —comenzó Zaira a bromear—. Guapísima hermana, cuánto tiempo hacía que no te vestías así... —añadió con nostalgia—. Me alegro que hayas venido, Aidan —asintió Zaira dirigiéndose a él y guiñando un ojo.

—¡Zaira! —exclamé llamándole la atención.

Pero su única respuesta fue sonreír pícaramente.

Me despedí de los niños y de mi hermana, y Aidan me colocó el abrigo negro sobre el vestido azul.

Cogimos mi coche y nos dirigimos a un restaurante cercano al paseo marítimo de la ciudad, donde, mientras cenábamos y veíamos cómo caía el sol escondiéndose en el mar, a través de los ventanales del restaurante, pregunté sin más:

—¿Cómo me has encontrado?

—Por un detective privado que contraté hace unos meses —dijo como la cosa más normal del mundo.

—Pensé que esa clase de cosas ya no existía —respondí sin poder evitar reírme.

—Cuando uno se siente desesperado por saber el paradero de la persona a la que ama, no sabes cuántas ideas y pensamientos pasan por la cabeza para encontrarla —contestó con tono de dolor.

Agaché la cabeza avergonzada.

—No lo he dicho para que te sientas mal —dijo Aidan tomando mi mano. La miró fijamente—. Sigues llevando el anillo que te regalé... y la cadena con el colgante —prosiguió dirigiendo su mirada a mi cuello.

—Siempre —respondí—. Nunca me lo quité. Era de lo poco que me quedaba de ti.

Se hizo el silencio entre los dos al llegar el camarero y servirnos el vino. Y al retirarse, proseguí:

—¿Y por curiosidad? ¿Cómo me encontró?

—Pues no creas que no le costó. No dejaste ni rastro. Ni datos, ningún teléfono, de redes sociales... nada —respondió con semblante serio—. Pero hace poco, el detective que contraté, encontró una pista, y lo más sorprendente, es que ese rastro procedía del mismo Londres.

Y caí en la cuenta...

—¡La oficina de la inmobiliaria! —exclamé dejando caer mi espalda sobre el respaldo del asiento.

—¡Exacto! Me alegró saber que estabas buscando piso en Londres, pero me intrigó conocer que en el piso habitarían tres personas, y a la vez, me angustió pensar en si me buscarías cuando regresaras. ¿Y si no lo hacías? ¿Y si en tu vida ya no había cabida nunca más para mí? ¿Y si había otra persona? Sabía la razón por la que te habías alejado, pero ¿y si volvías a Londres y el sueño de que algún día quisieras ponerte en contacto conmigo no llegaba?

Mis dedos jugaban con el cristal de la copa de vino, nerviosa mientras le escuchaba, y mis ojos se tornaban vidriosos.

—No hay ninguna otra persona Aidan. Sí es cierto que Álex y yo estuvimos viviendo juntos unos años, y al poco de fallecer mi madre, nos separamos. Fue una especie de lúgubre acuerdo entre ambos.

Aidan retiró la mirada dirigiéndola hacia otro lado.

—No quiero saber de eso —dijo con brusquedad—. Háblame de tus planes de volver a Londres. ¿Por qué?

—¿Por qué? Porque allí fui feliz. Allí conocí la felicidad y llené ese vacío que sentí siempre en mi vida. Contigo y con todo en general. Y quería completar esa felicidad de nuevo con mis hijos allí. Desde que mi madre falleció, la idea revoloteaba por mi mente, pero Ethan y Emma eran aún muy pequeños —me sinceré.

—Y estando allí... ¿me habrías buscado? —preguntó.

—Sí. Más tarde o más temprano, sí —respondí—. Tenía que dar la cara ante

ti, y darte muchas explicaciones que te merecías. —Le miré fijamente—. ¿Miedo por lo que pudieras pensar, o pasar si no querías verme? Pues... me lo hubiese merecido con todas las de la ley. Pero dejar las cosas a medias otra vez... como hice cuando regresé a España, no.

—Me alegraría mucho que me incluyeras en tu vida y en la de tus hijos cuando te mudes allí —dijo tiernamente y con voz temblorosa.

—Depende de ti Aidan, no de mí —respondí.

Pero él, misterioso, no respondió.

La cena y el postre, transcurrieron tranquilos y hablando de nuestros proyectos y de los niños, aunque no de todo lo pasado en esos años.

Cuando salíamos del restaurante, llamé a casa para preguntar por Ethan y Emma. No quería regresar tarde por ellos y por Zaira. Pero cuando comencé a marcar, Aidan me tomó del brazo y me dijo:

—Quédate conmigo esta noche. Te prometo que no pasará nada entre nosotros. Pero te quiero a mi lado, sentirte junto a mí —me susurró casi con lágrimas en los ojos.

Y sabía que, por mucho que nos deseáramos sexualmente, cuando Aidan prometía algo, lo cumplía. Y yo... me moría también por sentir sus abrazos y su cercanía.

Volví a marcar, mientras Aidan se retiraba también para hablar con su móvil con alguien y Zaira descolgó, pero otra vez no me dejó hablar. ¿Pero qué pasaba esa noche por favor?

—Ethan y Emma bien, ya han cenado y están dormidos. Y no te preocupes que esta noche me quedo con ellos. ¡Ni se te ocurra regresar a casa! ¡Disfruta! —Y dicho esto, colgó.

Miré al móvil como si no estuviese pasando aquello. Y Aidan me preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Mi hermana... ¿pues no me ha dicho que no regrese a casa? —le contesté asombrada.

—Ja, ja, ja, ja... —Rió Aidan—. Yo apoyo la decisión de tu hermana. Rotundamente —dijo volviendo a reír—. Pero... ¿los niños están bien?

—Sííí. Sus palabras han sido... que están bien, ya habían cenado, y estaban dormidos y que no regresara a casa —dije alzando la mano con el móvil aún sin creérmelo.

—Pues habrá que hacer caso a Zaira, ¿no crees? —afirmó Aidan.

—Ya te digo... —respondí.

Y riendo, los dos nos dirigimos hacia su hotel.

CAPÍTULO 20

Aidan se alojaba en uno de los hoteles más lujosos de la ciudad, en una suite preciosa, súper acogedora y con unas vistas impresionantes al mar.

Decoración romántica a más no poder, pero... lo que más me sorprendió es que en la habitación, sobre una preciosa mesa de cristal transparente, había una bandeja de plata sobre la que había fresas con chocolate y a su lado, una botella de champán con dos copas.

—¿Lo recuerdas? —preguntó Aidan.

—¿Que si lo recuerdo? Son momentos que nunca olvidaré. —Y para mis adentros pensé... si supieras qué maravillosas consecuencias trajeron aquellas dos noches de fresas, champán, sexo y amor...—. Aidan —comencé a hablar.

—Dime.

—Esto lo habéis planeado tú y Zaira mientras me duchaba, ¿verdad?

Con su sonrisa no hizo falta que me dijera más.

—¿Y si hubiese dicho que no? ¿Y si no hubiese hecho caso a Zaira y hubiese regresado a casa?

—Tu decisión habría sido respetada —respondió seriamente—. Así como te digo, que las palabras que te dije en el restaurante de que no pasaría nada entre nosotros esta noche, por mucho champán y muchas fresas que haya en la mesa, son totalmente ciertas.

—¿Me dejarías una camisa para utilizarla como camisón? —le pedí.

Aidan rió y para sorpresa, se quitó la camisa que llevaba puesta para dármela.

«Ufff, por favor sé fuerte, Cris», pensé para mis adentros. A medida que observaba cómo iba quitándose uno por uno los botones de la camisa de esa manera tan sensual, y que su piel se iba quedando al descubierto... *boooohhh*... me derretía yo, y otra parte de mi cuerpo también.

Pero Aidan al acercarme su camisa, y mientras yo me quitaba mi vestido para ataviarme con ella, se dio la vuelta para abrir el champán y verterlo en las copas, aunque pude ver por el cristal de la terraza del dormitorio, que me miraba a través del reflejo de la luz en el mismo mientras me cambiaba. Así

que supo perfectamente cuándo darse la vuelta, para ofrecerme una de las copas.

—Me encanta —dijo de repente.

—¿Qué?

—Estar aquí juntos, los dos. Tenerte para mí toda la noche, aunque sea de forma inocente.

—¿Y no te importa que no hagamos el amor? —pregunté.

—No es ni la última ni la única noche que vamos a pasar juntos tú y yo, Cris —dijo misterioso—. Y el amor se puede hacer de muchas formas.

—¿Qué planeas Aidan?

—Nada en lo que no estemos de acuerdo los dos. —Y ahí lo dejó.

Se acercó sensual, con su torso desnudo y descalzo andando sobre el suelo de madera, con su copa en una mano; y con la otra, cogió uno de mis rizos y comenzó a jugar con él. Agachó su rostro hacia mí, y con sus labios rozó los míos, tiernamente. Pero nuestros besos, cada vez se volvían más apasionados y ardientes. Hasta que ambos paramos bruscamente antes de llegar a más.

Sin embargo, Aidan me cogió en brazos y me recostó en la cama.

—Te quiero aquí, a mi lado, en la cama. Sintiendo tu calor y tu respiración de nuevo mientras duermes —dijo en voz baja, mientras se recostaba rozando mi piel con la suya.

Acomodé mi cabeza sobre su pecho desnudo, sintiendo el latir acelerado de su corazón, mientras él me rodeaba con sus brazos sin dejar de darme besos tiernos en la frente. ¡Cuánto había echado de menos aquellos momentos! Y así, acurrucados los dos, pegados el uno al otro, entre besos tiernos y palabras cariñosas llenas de maravillosos recuerdos, nos dormimos poco a poco como tantas otras veces... y en uno de esos instantes en el que me iba invadiendo el sueño, creí escuchar a Aidan decir:

—La vida nos separó una vez mi amor, pero ya no más.

A la mañana siguiente me despertó un ruido de bandejas. Aidan había pedido al servicio de habitaciones que subieran el desayuno... ¡inglés!, a la habitación, y estaba colocándolo todo metódicamente como le gustaba siempre. ¡Esas manías que tanto adoraba!

Me incorporé en la cama, cortando Aidan mi estiramiento de brazos al volverse para dirigirse a mí.

—Buenos días, dormilona. —Sonrió—. ¿Cómo has pasado la noche?

—De maravilla, como hacía tiempo que no dormía. —Sonreí también observando su pelo enmarañado que tanto me gustaba ver por las mañanas—. Cuando me he despertado, pensaba que estaba soñando aún.

Tomó la bandeja con sus manos, y se dirigió con ella a la cama.

—Mmmm, qué bien huele todo —dije sintiendo un enorme león en el estómago.

—La expresión de tu rostro es de... hace tiempo que no desayuno así —dijo Aidan sorprendido.

—Pues sí —respondí hincándole el diente a una de las tortitas que tenía ante mí—. Cuando regresé a España, solo una vez hice un desayuno así. A la mañana siguiente de llegar.

—¿Y por qué no más? —Se extrañó.

—Porque me hacía recordar desayunos maravillosos a tu lado que no se repetirían. ¿Por qué pasarlo mal? Bastante fatal lo pasaba ya recordando todo, como para también recrearlo.

—¿Y qué te parece este? —preguntó sentándose a mi lado y tomando un sorbo de zumo.

—Maravilloso porque es a tu lado, pero como los desayunos en Rainbow Cottage... ¡ninguno! —afirmé rotundamente y riendo los dos a la vez—. ¿A qué hora es tu vuelo? —pregunté.

—En pocas horas. ¿Ya quieres librarte de mí? —respondió un poco molesto.

—No, solo quiero aprovechar el tiempo. —Me levanté y dejé la bandeja sobre la mesa de cristal, mientras Aidan me miraba con curiosidad.

Y hecho esto, me abalancé sobre él, que aún se encontraba sobre la cama.

—¿Ah, sí? Con que esas tenemos... quieres entonces que seamos... malos —dijo pícaramente.

—¡*SÍÍÍ!* —exclamé—. Quiero que seamos malos, *muuuchoooo*.

Y acto seguido me senté sobre él, cogí su rostro entre mis manos, y lo besé... lo besé ardientemente, para seguir en el punto exacto en el que habíamos parado la noche anterior. Y Aidan respondió. ¡Y cómo!...

¡Cuánto tiempo! Y no lo iba a dejar ir sin que fuese mío de nuevo.

Mientras nos besábamos agarré sus brazos y los aprisioné contra la cama. De repente, dejé su boca y a regañadientes, Aidan se removió debajo de mí, sintiendo su sexo ya duro como una piedra. Comencé a lamer su cuello, su torso, a morder sus pezones mientras le seguía aguantando los brazos contra las sábanas.

Seguí pasando mi lengua por su garganta, subiendo otra vez hasta introducirla

otra vez en su boca que esperaba abierta y ávida de sentir el calor de los dos.

Solté sus brazos para bajar de nuevo por su torso lamiendo y besando su piel. Me detuve en su bóxer ardiente, abultado y duro. Y con los dientes, se los bajé lentamente, con cuidado, hasta poder divisar mi objetivo. Su sexo.

Aidan gemía, y se mordía los labios, mientras me agarraba y apretaba mi culo con fuerza, tanta que dolía, pero qué dolor más placentero...

Y copiando esa misma fuerza, introduje su sexo en mi boca, chupando, lamiendo mientras con mis manos le acariciaba los pezones y subía hasta su boca para que mordiese mis dedos. Y en sus mordiscos, sus gemidos, y el palpar de su sexo, notaba su deseo y sus ganas de tenerme.

Aidan se incorporó quedando sentado conmigo encima. Dirigió sus manos a mi camisa, abriéndola de golpe arrancando todos los botones.

Sus manos recorrieron mi espalda mientras mordía mi cuello, mis pechos, mis labios... apretándose cada vez más fuerte contra él, contra su piel. Y se movió tan fuertemente debajo de mí, que terminé recostada con la espalda sobre la cama con él sobre mí.

Con sus brazos atrajo mi cuerpo hacia él, colocando mi cintura a la altura de la suya, rodeándola con mis piernas, y dejando mi sexo totalmente a su voluntad.

Me agarré fuerte a su espalda, y en ese momento, Aidan me penetró haciéndome gritar de placer empujando una y otra vez, mientras me movía y me acorralaba debajo suya, y ahogaba mis gritos y mis gemidos de éxtasis con su lengua, con su boca. E intentó salir y grité:

—¡NO! —Y le apreté con mis piernas contra mí, y así, sentí cómo su sexo comenzaba a bombear dentro de mí, derrumbándose sobre mi cuerpo, gimiendo y suspirando.

Aidan y yo, después de haber hecho el amor, nos quedamos un rato mirándonos a los ojos, besándome tiernamente a cada momento y acariciando con sus dedos suavemente la curva de mis pechos, de mi cintura y de mi vientre.

Me agarré el cuello de la camisa que aún llevaba puesta, aunque abierta y sin botones, y riendo le dije:

—Creo que te debo una camisa. ¡Le faltan todos los botones!

Aidan rió también y respondió:

—Nunca me había importado tan poco perder un botón de una camisa. No

sabía yo... ¡que tenía tanta fuerza!

Y ambos reímos de buena gana.

Se estaba haciendo tarde para ir al aeropuerto, así que en los minutos que Aidan se duchaba, le hice la maleta, para mientras él terminaba de prepararse, ducharme yo. Zaira seguía con Ethan y Emma, así que yo misma llevaría a Aidan al aeropuerto.

Él y yo nos miramos en el espejo del ascensor, y mientras me abrazaba por detrás, dijo:

—¿Sabes desde cuándo mi rostro no irradia esta felicidad?

—¿Desde cuándo?

—Desde que te fuiste —respondió—. Y esa felicidad que sentimos al estar juntos, no voy a dejarla escapar de nuevo.

—¿Y qué piensas hacer? —pregunté con curiosidad.

Pero seguía sin responder cada vez que decía esas palabras sin dejar atrás ese halo de misterio.

—¿Cuándo vas a mudarte a Londres?

—En unos meses aún —respondí—. Tengo que dejar resueltos y atados varios asuntos antes.

—Mucho tiempo. —Y no añadió nada más.

Nos dirigimos al aeropuerto bromeando durante el camino y contándonos anécdotas sobre Ethan y Emma, y sobre hechos divertidos sucedidos en las películas y obras de teatro que en esos años había interpretado.

Cuando por megafonía anunciaron su avión... nos costó la misma vida separarnos, y nuestros rostros se entristecieron de nuevo.

—Sabes que te amo, ¿verdad? —dijo con angustia—. Y que te he amado siempre.

—Y yo a ti, Aidan. Tampoco te he olvidado nunca a pesar de creer que nunca más te iba a volver a ver.

Pero en ese instante, sonó el último aviso de embarque y nos besamos antes de despedirnos definitivamente.

—Aidan...

—¿Sí?

—Gracias, por perdonar el irme así de tu vida. Gracias... por volver a aparecer sin esperarlo.

Pero Aidan no respondió. Y con lágrimas en los ojos, nuestras manos entrelazadas se separaron.

Y poco a poco, vi cómo se alejaba hacia la puerta de embarque...

Durante todo el camino de regreso a casa, lloré, sin saber si de felicidad o de tristeza, o quizás una mezcla de todo. Sin poder borrar de mi cabeza las maravillosas horas que habíamos vuelto a pasar juntos...

Pero cuando en casa me cambié para dirigirme a la tienda, y pasé todas las cosas de mi bolso de la noche anterior al que utilizaba diariamente, encontré unos papeles que no estaban en él cuando había salido con Aidan la noche anterior. Era un sobre con una nota y... ¡tres billetes de avión a Londres!

Abrí la nota en la que estaban escritas las siguientes palabras:

“NO TARDES, NO SOPORTARÍA PERDERTE OTRA VEZ.
NO QUIERO ESPERAR MÁS A TENERTE A MI LADO, NI A TI
NI A TUS HIJOS.
LOS BILLETES DE AVIÓN NO TIENEN FECHA AÚN.
CRIS, ERES TÚ QUIÉN DECIDE, PERO POR FAVOR,
NO ALARGUES MÁS EL TIEMPO DE ESTAR SEPARADOS.
TE AMO”.

Aidan

CAPÍTULO 21

Cuando el avión llegó al aeropuerto y pude pisar suelo inglés, un nudo se me formó en la garganta.

Habían pasado cuatro años de aquella vez que llegué asustada a Inglaterra y mojada como una sopa a la residencia Westminster, de la gran tormenta que estaba cayendo. Ahora el miedo se apoderaba de nuevo de mí, porque los recuerdos me invadían inevitablemente.

Ethan salió corriendo de pronto, y con Emma de la mano, fui tras él.

—¡Ethan, Ethan! —grité.

Un hombre lo cogió en brazos y cuando vi quién era, casi me dio un vuelco el corazón.

—¡Mira mamá! Tío Aidan ha venido a recogernos —gritó Ethan lleno de alegría.

Allí estábamos los dos, frente a frente, después de tanto tiempo y tantas cosas vividas el uno sin el otro, allí, en Inglaterra.

Su mirada seguía teniendo el mismo brillo de la primera vez, y podría asegurar que su atractivo había crecido aún más desde la noche que habíamos pasado juntos en España.

—¿Cómo estás, Cris? —su voz seguía siendo indiscutiblemente única.

—Bien, gracias, pero lo cierto es que aún me pregunto por qué te he hecho caso.

—Porque tu sitio está aquí, para qué esperar más, ¿verdad Ethan? —dijo mirando al pequeño que aún seguía en sus brazos.

—No digas eso, por favor.

Mientras, Emma correteaba alrededor de Aidan.

—Sigues teniendo algo especial para los críos. —Observé.

—Hace tres semanas que nos vimos y qué crecidos están. Te felicito. Tienes dos criaturas preciosas. ¿Qué edad tienes, Ethan?

—Voy a cumplir cuatro años, y Emma tiene dos. ¿Y tú?

—¡Ethan! —le reproché.

Pero Aidan soltó una carcajada.

—Otra vez más delgado... en estas semanas que no nos hemos visto, has perdido varios kilos.

—Ya ves, exigencias del nuevo guion, aunque sinceramente me encuentro mejor. ¿Qué te parezco?

Dio una vuelta y le dije:

—Estás... creo que...

—¿Qué crees? —apremió—. Vamos, di lo que piensas.

—Más guapo y atractivo que nunca —confesé.

Sus azules ojos brillaron con intensidad.

—Y tú, irresistiblemente bella. Ser madre te ha sentado estupendamente.

—Gra... gracias.

—Bueno, basta de charlas o se nos hará de noche en el aeropuerto.

Emma se cogió de mi mano, pero Ethan no se apartó de Aidan.

Desde la primera vez que se vieron, parecía existir una atracción mutua entre los dos, pero lo que más me preocupaba era la independencia que Ethan con su corta edad estaba adquiriendo, cómo cada vez más su carácter se parecía al de su verdadero padre, Aidan, y a veces eso me daba miedo. Temía que a medida que Ethan se hiciese mayor, todo se descubriese.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —pregunté.

—Al paraíso —respondió Aidan mirándome a los ojos, provocando que se formara con ello un nudo de nervios en mi estómago.

En el coche, él quiso ir al lado de Aidan a lo que este no puso ninguna objeción, portándose estupendamente Emma y Ethan durante todo el trayecto.

Ethan miraba por la ventana con la misma expectación que yo cuando vi por primera vez aquellos paisajes tan maravillosos y que eran tan distintos del sur de España en su color.

Cuando llegamos a Rainbow Cottage, la nostalgia se apoderó de mí. Estaba todo igual que la mañana en que me marché. Los niños corretearon por el jardín antes de entrar en la casa y por un momento pensé que me desmayaría cuando vi una fotografía en el salón donde estábamos Aidan y yo abrazados.

—¿Te encuentras bien? —preguntó preocupado.

—Sí, sí, no te preocupes. Debe ser el viaje.

—Te indicaré las habitaciones y descansarás antes de cenar —afirmó.

—Pero, los niños...

—Por ellos no te preocupes. Están en mis manos —dijo alegre.

Fuimos a las habitaciones donde dejamos las maletas.

Los niños dormirían en el cuarto contiguo al mío. Cuando entramos en este, Aidan dijo:

—Ya ves, está tal y como lo dejaste. Vamos, descansa. Yo me ocuparé de los niños.

Me besó tiernamente en los labios, un simple roce que me hizo temblar.

Se marchó con los niños y me preparé un buen baño caliente. Pensé que Aidan podría superar el haber vuelto a España, pero por su voz, y a pesar de haber hablado con él, aunque no todo lo que debería de haberle explicado, no lo había conseguido.

Yo tampoco lo había superado y llevaría toda la vida sobre mi conciencia el daño que le había ocasionado a Aidan y a Ethan.

Rompí a llorar, porque sentía que todavía le amaba, porque le amaría toda la vida y allí estaba otra vez junto a él, con tantos sentimientos dormidos, que habían aflorado de nuevo desde su visita pasada a España.

El roce de unos dedos en mi espalda hizo que me despertara.

—Buenas noches, dormilona.

—¿Qué... qué hora es? —pregunté sentándome en la cama.

—La hora de cenar para nosotros. Los niños ya lo han hecho —dijo Aidan con firmeza.

—¿Dónde están?

—Están bien, jugando en la biblioteca. No te preocupes tanto por ellos, aquí no les puede pasar nada. ¿Y ese tatuaje?

Aidan se refería a un hada con alas de mariposa que escondía su rostro triste entre sus brazos. Era lo que acariciaba al despertarme.

—Eran mis sentimientos al marcharme de aquí. No solo tú fuiste quién lo pasó mal en aquellos momentos. Y con tu camisa puesta, no la viste cuando estuviste en Málaga.

Me miró, y solo dijo:

—Vamos, vístete. —Salió del dormitorio y me dejó sola.

Me vestí con un corpiño y falda negra, y una blusa blanca transparente. Después de maquillarme y recogerme el pelo, bajé al salón donde la cena ya estaba sobre la mesa.

Aidan se acercó lentamente y en cierto modo me admiró. Me tomó de las manos y dijo:

—¡Estás preciosa! Ven, siéntate.

La cena se desarrolló tranquila, poniéndonos al tanto de los acontecimientos en la vida de ambos.

—¿Y tu nueva película?

—Dentro de dos meses me traslado a Los Ángeles. Hacía unos años que no rodaba ninguna película de acción, leí el guion, y me gustó. Algunos piensan que a mi edad una película de esas características es una locura, pero... ¡aquí estoy!

—Te veo mejor que nunca, Aidan, destilando energía y vitalidad por todos los que te rodean. No sé cómo lo haces, aunque pienso que seguirás así. Siempre he tenido la sensación de que rejuveneces con la edad.

¡E irradiaba grandes cantidades de sensualidad!

—¿Sigues componiendo? —le pregunté.

—Sí, tengo una nueva partitura que...

Pero Emma entró de repente en el salón y vino corriendo hacia mí, cayéndose y levantándose.

—¡Mami, sueño!

Sorprendentemente Emma había comenzado a hablar demasiado pronto para su corta edad, pero para los pedagogos había resultado ser algo natural, ya que su desarrollo madurativo había sido enormemente rápido en todo.

La tomé en brazos y la abracé. Comencé a hacerle cosquillas y a besarla. Emma se desternillaba de risa en mis brazos mientras Aidan no dejaba de mirarnos.

—Sueño, ¿eh? Pues entonces será mejor que nos vayamos a la cama, pequeñaja. ¿Y tu hermano? —le pregunté.

Y levantando un dedo al aire, me señaló la biblioteca. Bajé a Emma al suelo y le agarré de la mano.

—Perdona, pero... ¡el deber me llama! Les acuesto y vuelvo inmediatamente.

—Sin problemas. —Señaló Aidan.

Pero Ethan llegó al salón, besó a Aidan y se dirigió a su habitación.

Verlos a los dos juntos, y su manera de comportarse el uno con el otro, me emocionaba. Ethan no era niño de hacer amistad fácilmente, pero con Aidan existía una especie de enorme complicidad.

Ya en su dormitorio, tardaron poco tiempo en quedarse dormidos. Estaban rendidos, y en el fondo lo agradecí.

Me dispuse a salir del dormitorio cuando vi que en la puerta de la habitación se encontraba apoyado Aidan.

—¿Llevas mucho rato ahí? —le pregunté.

—No sé... unos diez minutos.

—Me irrita el no escuchar cuando llegas. ¡Pareces un fantasma!

—Vamos, demos una vuelta por el jardín. Estás nerviosa, tranquilízate.

Cogió mi mano y salimos fuera de la casa.

La brisa que corría me sentó de maravilla, aunque mis nervios seguían a flor de piel.

—¿Te sientes mejor? —me preguntó.

—Sí, creo que sí. Son tantos los recuerdos que conservo de este lugar... que quizás me afectó la llegada aquí.

—Recuerdos maravillosos.

—Aidan... ¿Y Candance y Phil? Me ha extrañado no encontrarme con ellos. Tengo muchas ganas de verlos.

—Ohh, y los verás. Pero están de vacaciones ahora mismo. —Y me miró riendo—. No te lo vas a creer, pero es que... ¡Andrew se nos casó! —Y soltó una carcajada.

—¡No me lo puedo creer! —dije con los ojos como platos.

—¡Síiii! Conoció a una chica en un crucero de vacaciones con unos amigos. Y se enamoraron. Siguieron viéndose cuando volvieron a Londres... y hace una semana se casaron.

—Me alegro por él. ¡Y por Candance! Porque por fin Andrew sentó la cabeza —dije sinceramente—. Aidan, ¿por qué nos invitaste a pasar aquí las vacaciones?

—Porque no contraté a un detective ni fui a buscarte, solo para saber dónde estabas —respondió rotundo—. Te quería otra vez aquí, en Rainbow Cottage, en Londres, en mi vida.

Cuando Aidan dijo esas palabras, todo mi cuerpo se estremeció.

—¿Tan seguro estabas de que vendría?

—No, ciertamente, no. En un primer momento pensé que te negarías, así que cuando me dijiste que sí, me llevé una gratisima sorpresa —y prosiguió—: De todas formas si hubieses tardado en decidirte, hubiese regresado a por ti y a por los niños.

No pude evitar preguntarle lo siguiente:

—Imagino que en estos años habrás encontrado alguna mujer con quien compartir tu vida, aunque no me hayas hablado de ella.

—¡Oh, claro que sí! —respondió firmemente.

—Me alegro por ti y sobre todo por ella. Se ha llevado un tesoro de hombre.

El corazón me dio un vuelco, aunque quizás en el fondo siempre lo había temido, ¿qué derecho tenía a reclamar nada?

—¿Es actriz? No he visto fotos de ella —le comenté.

—No, no lo es. —Guardó silencio unos segundos que me parecieron interminables. Me miró fijamente y contestó—: Eres tú. ¿Cómo puedes dudar de eso? Además, aquella noche en España te mostré mi miedo de que no me buscaras al regresar a Londres, y no era mentira lo que te dije. ¿Creías que la nota que te escribí era un juego? ¿Crees que estar aquí es un juego?

Sentí que mi pulso se aceleraba notablemente.

—Yo creía que... —Estaba confundida.

—¿Que había dejado de amarte, que todo lo que te dije aquella noche era mentira? Estás loca si piensas eso. Desde que te marchaste no ha habido nadie más, no he querido que haya nadie más —su voz sonó en cambio a tristeza.

Quizás había llegado el momento de hablar todo claramente, sin dejar nada en el tintero.

—No quise hacerte daño, lo sabes muy bien.

—Fueron las circunstancias, Cris. Sí es cierto que las formas, no fueron las adecuadas, pero la salud de tu madre era prioritaria. Eso no fue lo que me dolió al tener noticias de ti por mi detective. Lo que me dolió fue saber que habías estado viviendo con Álex, y que tenías dos hijos. Porque pensé que lo nuestro había sido solo un juego para ti.

En ese instante, sentía que una mano me apretaba la garganta, mientras en mi cabeza mis palabras eran... si supieras...

—Entonces, ¿por qué estoy aquí? —susurré—. Habiendo sentido tanto dolor por lo que habías descubierto, ¿por qué tu interés y persistencia de regresar aquí?

—Porque te conozco. Siempre te dije que tú y yo éramos iguales. Y debiste tener razones muy fuertes para todo. Tú, al igual que yo, antepones la felicidad de los demás a la tuya, y lo pude comprobar en tus ojos infelices. Tu marcha sí fue por tu madre, pero lo demás tiene otro trasfondo que quiero saber, y quería que me lo desvelaras aquí, donde fuiste feliz.

Su voz sonaba temblorosa, pero sabía que, aunque quisiera llorar, no lo haría. ¡Qué bien me conocía Aidan!

—Te encerraste en ti de nuevo, ¿cierto?

Su falta de respuesta, hizo afirmativa mi pregunta.

—Casi cuatro años sin tener noticias tuyas me hicieron pensar que definitivamente te habías olvidado de mí, y, sin embargo, algo en mi interior

me decía lo contrario, que no podía ser cierto que aquellos meses tan maravillosos hubiesen sido solo una gran mentira.

—Las únicas noticias que tuve sobre ti en todo ese tiempo, fueron gracias a tus rodajes o las revistas. Era el único camino de saber que te encontrabas bien.

Se hizo el silencio entre nosotros. De repente paró de caminar y me abrazó. Respondí a él, deseando sentirle tan cerca de mí...

—No estaba dispuesto a alejarte de mi vida... A pesar del dolor, la duda de saber si estarías bien me asaltaba.

Me separé de él y reflejé mi intención de marcharme a dormir. Noté cómo sus ojos me observaban con curiosidad, como si esperase algo más, pero comenzamos a caminar hacia el interior de la casa.

Subimos al piso de arriba, entré unos minutos en el dormitorio de los niños para ver cómo se encontraban y nos dirigimos cada uno a los nuestros.

—Buenas noches, Aidan —me despedí con un beso en la mejilla.

—Buenas noches.

Entré en la habitación y me tumbé pensando si Aidan se había dado cuenta de la verdad.

La noche pasaba y no lograba conciliar el sueño así que salí del dormitorio, para dirigirme a la biblioteca y leer un poco. Quizás de esta manera conseguiría no pensar y caer rendida, pero tuve la sorpresa de encontrarme allí con Aidan.

—¿Tampoco puedes dormir? —me preguntó.

—La verdad es que no.

Se levantó y se dirigió al mueble bar para servirme una copa. No pude dejar de observarle. Solo vestía unos finos pantalones de pijama, resaltando la tenue luz de la estancia, la desnudez de su espalda y de su torso fibroso en cada uno de sus movimientos. Pensé que sería mejor volver a la cama. La tentación era demasiado fuerte.

Fui hacia la puerta y me disculpé:

—Siento causarte molestias, pero creo que me marcho a dormir.

Se acercó rápidamente hacia mí para cerrar la puerta, quedando atrapada entre esta y él, creyendo morir de deseo cuando sentí el calor de su cuerpo contra mi espalda, y escucharlo susurrar con su aliento ardiente sobre mi cuello.

—Di que no me amas y dejaré que te vayas. Di que todo lo que pasó en España ya lo has olvidado.

—No me hagas esto, Aidan.

—Responde, por favor.

Giré para enfrentar mi rostro al suyo, y fijando mi mirada en sus azules ojos confesé:

—Te amo, y si en algo han cambiado mis sentimientos, ha sido para amarte aún más que antes.

Para mi sorpresa, me alzó en sus brazos y salió de la biblioteca.

—Aidan... —susurré.

—¡Sssshhh!

Mi corazón comenzó a latir fuertemente, porque en sus ojos, y en cada reacción de su cuerpo a nuestro contacto... sabía hacia dónde me conducía.

Cruzamos el umbral de su dormitorio, y mientras me posaba lentamente sobre la cama me inundaba de besos colocándose a la vez sobre mí.

Todo él me aturdí, su aliento, su forma de besarme... temiendo volver a sufrir de nuevo cuando nos marchásemos. Pero el deseo que seguía sintiendo por él, era innegable e inevitable, y no sería yo quién le apartase de mi lado.

—Déjame amarte, pero para siempre. No quiero más ratos, te quiero siempre, completa —sus susurros me quitaron todo el temor.

Le besé como nunca, sintiendo cómo sus caricias abrasaban cada centímetro que sus manos recorrían de mi cuerpo mientras me desnudaba poco a poco, haciéndome temblar y que mi piel se erizara respondiendo intensamente a cada contacto con su piel.

Y aquella noche de nuevo, nos entregamos totalmente el uno al otro, con ansia, con desesperación, con todo el amor y pasión contenida en aquellos años y que ya me había demostrado hacía unas semanas, reafirmando con rotundidad que lo nuestro nunca se apagaría, nunca...

—Te amo —susurró tiernamente.

Me abrazó como si temiese mi huida y en sus ojos noté enormes ganas de llorar. Y así, abrazados, nos quedamos dormidos hasta el amanecer.

CAPÍTULO 22

Me desperté temprano. Aidan seguía dormido y abrazado a mí.

Le miré fijamente. Qué equivocada estuve al no volver, al alejarme por completo de su lado. Parecía tan indefenso así dormido...

Aparté su brazo lentamente de mí para dirigirme a mi dormitorio, darme una ducha, vestirme y dirigirme a la cocina porque quería prepararles el desayuno a los niños y a él. Decidí cocinarles unas tortitas, tostadas, zumo para los cuatro, chocolate para Ethan y Emma, y café para Aidan y para mí.

Pero pronto el olor hizo que tras la puerta de la cocina apareciese una pequeña cabecita.

—Mamá, quiero desayunar —apremió Emma.

—¡Cariño! ¿Qué haces aquí? Ven aquí, mi vida.

La abracé fuerte, sentándola en una silla cercana a mí.

—Ya falta poco. ¿Te gusta cómo huele?

—¡Síííí! —Aplaudió.

Sus verdes ojos brillaron. Tenía el pelo revuelto.

—Qué te parece si cuando desayunemos nos damos un buen baño y te recojo unas trencitas en el pelo.

—Vale, pero si juegas conmigo.

Tanta energía me deslumbraba. Los dos habían sido niños muy vitales, aunque de rasgos físicos distintos.

Emma tenía el pelo pelirrojo, de grandes ojos verdes y graciosas pecas, muy alta para su corta edad. Ethan sin embargo, poseía los ojos azules de su padre al igual que el color negro de su pelo. Demasiado parecido.

Aquella noche tomé la decisión de que le revelaría a Aidan la verdad sobre Ethan. No más engaños.

—Mira a quién he encontrado en el pasillo —dijo Aidan entrando en la cocina y dándome un intenso beso en la boca. ¡Uff, me sentía en una nube! Como si no me hubiese ido nunca de allí.

Allí estaban padre e hijo, juntos los dos, inseparables.

El desayuno se desarrolló agradable, familiar... increíblemente maravilloso.

Bañé, peiné a los niños y mientras me duchaba yo también, Aidan se hizo cargo de ellos. Cuando bajé al jardín, me sobrecogió verlos jugando a los tres.

Aidan se encontraba tumbado en el césped y Ethan celebraba haberle vencido sentado sobre su estómago.

Emma mientras, reía y animaba a su hermano.

—Ejem, ¿quién juega con quién?

Todos dirigieron la vista hacia mí, se miraron entre ellos, y rompimos a reír.

Aidan se puso de pie, y les dijo:

—Os dejamos. Vuestra madre y yo tenemos que hablar.

Nos sentamos frente a ellos, a una distancia prudencial mientras Aidan me cogía de la mano. ¡Había tantas cosas que Aidan aún desconocía!

—Te felicito. Son unos niños estupendos.

—Gracias. Aidan, debo hablar contigo sobre algo... —Pero me interrumpió de repente.

—Aunque son tan distintos... tanto física como personalmente. Ethan me recuerda mucho a alguien, pero Emma, no. No le encuentro parecido a Álex, pero tampoco a ti.

—Tan observador como siempre —dije en voz baja—. Adoptamos a Emma cuando Ethan aún no había cumplido los dos años. Hay muchas cosas que evidentemente desconoces.

Aidan se volvió hacia mí sorprendido.

—¿Qué sucede, Cris? —preguntó cuando mi rostro se ensombreció—. ¿Qué es lo que no sé?

—En el parto de Ethan, los médicos descubrieron un tumor en el útero que había permanecido escondido detrás de él. Tampoco fue algo sorprendente ante la situación que mi madre vivía en aquel momento. En el mismo parto, las cosas comenzaron a ir mal y sufrí una hemorragia. Así que tras tener mediante cesárea a Ethan, me anestesiaron al haber decidido extirpar toda la zona dañada, junto con las consecuencias que suponía aquello.

—¿Qué quieres decir?

—Yo... no puedo tener más hijos. —Las lágrimas brotaron y Aidan me abrazó.

Él sabía perfectamente lo que la maternidad significaba para mí. Incluso había pensado siempre que mi instinto maternal estaba extraordinariamente desarrollado.

—Debí estar a tu lado —dijo sombrío.

—No, Aidan. Álex se portó lo mejor que pudo. Me apoyó en todo momento.

Tanto en el embarazo como posteriormente con los cuidados de Ethan y los míos propios mientras duraron las sesiones de radioterapia. Cuando ya estuvo todo superado, Álex me ofreció la posibilidad de adoptar a una bebé, un gran sacrificio por su parte, teniendo en cuenta que los críos no le gustaban. Y así, al año de solicitar la adopción, llegó Emma a nuestra casa, siendo bebé todavía. Álex y yo no estábamos casados, pero las agencias de adopción vieron una estable familia en nosotros, y no costó mucho que los trámites de adopción se aceptaran y siguieran adelante.

Sentí como si un cierto sentimiento de culpa le remordiese.

—Superé pronto la situación, Aidan. Aún había que estar pendiente de mi madre que había empeorado, y tener en mis brazos a Ethan, su ternura... y la espera de Emma, me hizo sentir que lo que estaba viviendo era una simple gripe. Quizás, quedarme embarazada de Ethan me salvó la vida porque todo se pudo coger a tiempo.

—Son encantadores los dos. Desde que llegasteis no hago más que observaros y sinceramente, envidio a Álex.

—No digas eso.

—Es cierto. Pudo estar a tu lado en esos momentos, te tuvo como esposa, que es algo que siempre deseé y sigo deseando, esos hijos... ¿crees que no tengo motivos para envidiarle? ¿Cuántas veces te pedí que no te marcharas de mi lado? Y sin embargo él... me lo quitó todo. Daría todo por haber estado en su lugar, por daros todo el bienestar que os merecisteis.

No podía más. Tenía que decírselo.

—Hay algo más sobre Ethan que no sabes. —Respiré hondo.

—Todo esto será para ellos cuando yo ya no esté. Ethan es inglés y también tiene su hogar aquí. Y Emma también por supuesto, por ser su hermana e hija tuya —soltó de repente.

—Por favor, no me interrumpas... —Pero comencé a volver atrás en sus palabras y le miré—: ¿Puedes repetir lo que has dicho?

—Pues, que sé lo que quieres decirme. Es indudable que Ethan es mi hijo —dijo orgulloso.

—¿Desde cuándo lo sabes? —le pregunté.

—Desde ayer, aunque no te puedo negar que desde la primera vez que lo vi tuve mis dudas. La última vez que lo tuve en mis brazos, quedó un sentimiento en mí que no podía explicar. Al jugar con él, su físico y su carácter, tan igualito a mí, no me dejó duda alguna.

—Te preguntarás por qué no te lo he dicho antes —dije mirando al suelo.

—Ciertamente, sí.

—Verás. Supe que estaba embarazada a los dos meses de llegar a España. La noticia me llenó de felicidad, aunque tuviese que hacerle frente sola, pero Álex me ofreció la oportunidad de hacerse pasar por su padre para no perjudicar la salud de mi madre. Por circunstancias... acepté. Y ahí comenzó toda una farsa que duró hasta que mi madre falleció —le revelé.

—¿Farsa?! —exclamó y preguntó a la vez.

—Sí, Aidan, farsa. Álex hizo el papel de novio enamorado, y padre feliz por la noticia, pero ni uno ni lo otro era verdad —proseguí—. Se mudó a casa, y mientras todos en la familia pensaban que éramos la pareja ideal, perfecta, la verdad era otra completamente diferente. Álex y yo nunca nos acostamos juntos, nunca lo volví a aceptar como hombre. El tiempo que estuvimos juntos, fue solo un pacto para que la salud de mi madre no se resintiera. A pesar de mis negativas para aceptar ese pacto y el deseo de que él rehiciera su vida con otra mujer, Álex se negó hasta que mi madre falleció. Si en ese tiempo, tuvo sus aventuras, ni lo sé ni me importó, al contrario, si las tuvo me alegré por él.

El rostro de Aidan estaba completamente crispado y había perdido todo color.

—Al fallecer mi madre, ya nada nos ataba, y al poco tiempo fingimos pasar una crisis de pareja que nos llevó a la ruptura. Se rompieron los eslabones de una cadena que nunca debió volver a unirse. —Le miré—. Y cada uno, después de eso, seguimos nuestras vidas.

—¿Cómo se tomó Álex la separación? —preguntó Aidan—. ¿Y el separarse de los niños y de ti?

—De la forma más fría que pueda existir en el mundo. De mí, sabía perfectamente que no conseguiría nada en lo referente a lo sentimental, y Emma e Ethan... los visitaba algunas veces, pero tampoco muy frecuentemente.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —volvió a preguntar.

—Pues... al poco tiempo de llegar Emma a casa.

—¿Por qué no me localizaste? —dijo Aidan más bien molesto.

—¿Después de cómo me marché y lo que te hice? —dije alterada—. Nooo, seguí adelante con ellos y con mi propia consulta en Málaga.

—Cada día sin ti y sin saber nada, era un tormento —dijo apenado, recordando aquel tiempo.

—Saber que estaba esperando un hijo tuyo, me causó la mayor alegría de mi vida. Algo tuyo, tu imagen siempre a mi lado —proseguí.

—Has llevado tantas cosas encima... No sé cómo no estallaste y lo confesaste todo.

—Aprendí mucho de ti en ese aspecto. Sabes perfectamente cómo controlar tus emociones. —Sonreí con ironía.

—¡Menos contigo! Contigo sí pierdo todo control. —Rió nervioso, quedándonos los dos en silencio.

Los niños se acercaron a nosotros, pero enseguida volvieron a las andadas.

—¡Son incansables! —exclamé.

—Cris... quiero que Ethan lleve mis apellidos, y también Emma —dijo tajante.

Sentí como una jarra de agua helada cayendo sobre mí.

—¡Ahora no hay nadie ni nada que os separe de mí! —exclamó convencido.

—Pero... ¿y tus rodajes, Aidan? Tú mismo dijiste que te marchas dentro de dos meses a Los Ángeles.

—Nos marcharemos juntos. Los niños tendrían su educación, claro está, con profesores y lo que haga falta. De todas formas, después de esta película me tomaré un tiempo de descanso. Quiero disfrutar de ti, de ellos... no pienso separarme nunca más de vosotros. —Planeaba urgente.

—No puede ser —insistía yo—. ¿Y mi consulta?

—Perfectamente puedes abrir una consulta aquí en Londres. —Me miró seguro de todo lo que decía.

De pronto, y como solía pasar en los Cotswolds y en toda Inglaterra, una tormenta repentina nos hizo salir corriendo con los niños hacia el interior de la casa.

El resto de la tarde se desarrolló en silencio, un silencio entre los dos a veces incómodos, que solo era interrumpido por los juegos de los pequeños. Aidan tenía un gesto sombrío en su rostro, caminando y comportándose como un alma en pena por toda la casa. Me ayudó a hacer la cena de los cuatro y a acostar a Ethan y a Emma.

Aidan se dirigió a la biblioteca como solía ser su costumbre. Me despedí de él con un beso y me fui a mi habitación.

Los niños dormían, y aproveché para darme una buena ducha antes de acostarme. Me relajaban las gotas de agua cayendo sobre mí, mientras recordaba cada palabra que Aidan y yo habíamos compartido aquel día.

De repente, sentí una mano sobre mí, y cómo me tapaba la boca al intentar

gritar. ¡Era Aidan! Seguía siendo un fantasma. ¡Estaba metiéndose en la ducha, completamente desnudo!

—Sssh, que vas a despertar a los niños. —Rió.

—¿Qué haces?

—Compartir una ducha contigo —contestó seguro de sí.

—¿Cuál es el motivo?

—Pues... convencerte para que no vuelvas a España.

—Aidan... no me presiones —insistí.

Pero él insistió aún más.

—Sé que lo deseas, igual que yo. Y te aseguro que ahora que no hay nada ni nadie que lo impida, te vas a quedar a mi lado —dijo acariciándome la espalda con esas grandes manos que tanto adoraba y anhelaba sobre mí.

—Aidan, yo... —Pero no me dejó terminar de hablar, porque comenzó a besarme con pasión, con deseo, con ímpetu.

Y nos dejamos llevar de nuevo por aquello tan fuerte que sentíamos. Allí, bajo el agua tibia de la ducha, Aidan recorría mi cuerpo con sus manos ansioso, volviéndome loca.

El roce de su pecho en el mío, de su sexo erecto sobre mi sexo, hacía que me volviese loca de placer, porque sabía que Aidan lo daría todo, se entregaría por entero, al igual que yo.

Hundí mis manos en su pelo mojado, besándole, apretándome contra él, levantando mi pierna para rodearle con ella la cintura, atrayéndole más hacia mí.

Aidan bajó su lengua hacia mis senos, lamiéndolos y mordisqueándolos, hasta llegar al punto de placer que él solo sabía darme. Aidan me cogió en brazos, y rodeé su cintura con mis piernas, atrayendo más y más su sexo hacia el mío totalmente húmedo, arqueándome hacia atrás, mientras seguía mordiendo mis pezones.

El agua caliente sobre nosotros, no mejoraba para nada la situación, y la temperatura entre los dos seguía aumentando, empañando todos los cristales del baño.

Apremiaba tenerlo dentro de mí, y él lo sabía. Adoraba esa vitalidad que tan bien conservaba como amante. Y allí, de pie, en la ducha, se introdujo en mi sexo tan preparado para recibirlo, empujándome contra la pared de la ducha, sin que quedara un mínimo hueco existente entre nuestros cuerpos, llegando los dos juntos, poco a poco, embestida tras embestida que tan locos nos volvía, al éxtasis que tanto anhelábamos.

Salimos de la ducha. Aidan secó mi cuerpo dulcemente con la toalla, y yo hice lo mismo con él.

Nos recostamos en la cama, desnudos, abrazados. Aidan me acariciaba el pelo mojado, sin parar de besarme. ¡Mmm, y cuánto me gustaba que lo hiciera! Sabía que pasaríamos la noche juntos, no se lo iba a impedir. Ni eso ni nada más.

Aidan comenzó a hablar:

—Mi vida, podemos llevar a los niños a España en las vacaciones y que pasen tiempo con tus hermanas —soltó de pronto—. Y ellas tienen tanto aquí como en Londres, su casa para estar el tiempo que quisieran también —prosiguió.

—Aidan... —comencé—. He tomado ya una decisión.

—¿Sí? —Reposó el brazo sobre la cama, alzando medio cuerpo. Esperaba ansioso mi respuesta.

—Quiero rehacer mi vida aquí, contigo y los niños. No quiero sentirme vacía nunca más. Deseo estar a tu lado para siempre, y no hay marcha atrás. No quiero seguir pensando en ti cada vez que no estoy a tu lado. Nunca debí alejarme tanto, debí volver cuando la situación se normalizó después del fallecimiento de mi madre, ni intentar pasar página a un hecho que estaba marcado en nuestras vidas...

Aidan no esperó a que finalizara el monólogo que había iniciado. Comenzó a besarme, a acariciarme... a llorar.

—¿Estás llorando? —le pregunté.

—Cris, eres lo mejor que me ha pasado en la vida, y no puedes imaginar la de veces que he soñado con este momento. Que me dijeras que sí y no tener que separarme más de ti. Eres mi vida, lo has sido desde que te conocí, y nunca tendré el suficiente tiempo para demostrarte desde ahora cuánto te amo y te he amado.

Los dos lloramos juntos, pero como Aidan decía, a veces las lágrimas son de una inmensa felicidad, y eso era lo que en aquel momento sentíamos ambos.

Me abrazó fuertemente, me besó incansablemente, y me acarició de forma insistente.

—Vas a tener bastante tiempo para acariciarme, me vas a gastar.

Y los dos reímos de buena gana. Pero Aidan contestó:

—Toda nuestra vida, amor. Toda nuestra vida.

—¿Y si te hubiese dicho que no? —le piqué.

Aidan se tornó serio.

—No os habría dejado marchar.

Y sabía perfectamente en mi interior que me decía la verdad. Ninguno de los dos, seríamos capaces de aguantar una separación más. Se recostó de nuevo a mi lado, abrazándome y durmiéndose con el rostro lleno de felicidad como un niño pequeño.

Suspiré. No más miedos, no más temores. Ahora comenzaba mi verdadera vida, a su lado, sin ataduras hacia ninguna situación ni personas... solo mis hijos y Aidan... ¡y qué ataduras más hermosas estas!

Aidan, tomó mi mano y sacó el anillo de mi dedo. Pero, volvió a colocármelo otra vez, y me preguntó:

—Cris Ballester, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí, Aidan, quiero, y esta vez no habrá nada ni nadie que lo impida.

Y así, tranquila, y después de comernos a besos me dormí profundamente a su lado, como no había vuelto a dormir desde que me marché de Cotswolds.

Me desperté en medio de la noche. No sabía si estaba soñando, pero volvía a escuchar notas que provenían de un piano. Pero la melodía era diferente.

Aidan no estaba a mi lado. Bajé hacia el salón donde se encontraba el instrumento, y allí estaba él, mi amor, tocando aquella dulce melodía que me embriagaba en cada nota.

Me senté a su lado, y le pregunté:

—Preciosa melodía... ¿cuál es su título?

Aidan me miró, acercó sus labios a mi oído sin dejar de tocar, y sonriendo, con brillo en sus ojos, me susurró:

—EL CIELO EN TUS MANOS...

AGRADECIMIENTOS

Quiero dedicar estos agradecimientos a todas y cada una de las personas descritas a continuación, que, sin escribir sus nombres, saben quiénes son y a las que, por una razón u otra, llegaron a mi vida para formar parte de ella, de mis alegrías, de mis desvelos, de mis sueños; y que tienen algo en común... ser piezas clave en el puzzle de mi corazón.

A mi marido, por estar siempre conmigo, en los buenos y en los malos momentos, por entender y compartir día a día, mis penas y mis errores, mis vivencias y alegrías, por un siempre juntos y millones de TE AMO.

A mi familia; los que permanecieron, a los que quiero con locura y que me arropan con su comprensión, su amor y su felicidad sin permitirme caer; y los que desaparecieron, porque me hicieron más fuerte ante cada piedra del camino.

A mis peques, a las que amo con locura, con las que puedo ser una niña más y por las que intento superarme cada segundo. Por vosotras, mi imaginación revivió.

A mis amiguísimas, que por tiempo que pase, siempre estamos ahí las unas para las otras; y mis reencuentros, aquellos paréntesis que regresaron para quedarse con más fuerza. Por vuestro apoyo, nuestras locuras y vuestro creer en mí.

A ellos, que son trocitos de mi corazón que el cielo disfruta, y que siguen viviendo en mí cada día. Nunca os olvido. Sobre todo, tú, mamá, por tu espíritu luchador y tus fuertes valores. Te echo mucho de menos.

A la vida, por mostrarme que, en los peores momentos, existe un rayo de luz que ilumina la oscuridad.

A mi amor perruno, mi sombra cada segundo que siempre me trae loca de felicidad con cada una de sus muestras de cariño y lealtad.

Y como no, a ROMANTIC EDICIONES y a todos y cada uno de sus componentes, por confiar en mí y hacer de mi sueño una realidad; y a cada uno de los lectores que otorguen una oportunidad a cada palabra y sentimiento de esta novela, porque para ellos, quedan escritos.